



# *Los pelícanos ven el norte*

Pablo de Aguilar González

Lectulandia

Hércules tiene nombre de héroe pero en realidad ha pasado toda su vida acobardado por sus fobias, alguna de las cuales causaría risa si no le hubiera traído tantos quebraderos de cabeza.

Un día decide romper con su monótona existencia en Albacete y recuperar el norte que perdió tantos años atrás: la única manera de conseguirlo es encontrar a su vieja amiga de la infancia, de acento inglés y carácter extravagante, con la que forjó una protectora alianza frente a las burlas de los compañeros de clase. Y el apocado Hércules se embarca en un agitado viaje tras los pasos de la escurridiza Judit.

Su búsqueda le lleva a atravesar Estados Unidos en coche y vivir un sinfín de peripecias, pero también va a ser un viaje interior hacia sus recuerdos y sus miedos que le hará reencontrarse consigo mismo.

**Lectulandia**

Pablo de Aguilar González

# **Los pelícanos ven el norte**

ePub r1.0

Titivillus 09.06.2019

Título original: *Los pelícanos ven el norte*  
Pablo de Aguilar González, 2010  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## PRÓLOGO

La tercera edición Premio Volkswagen-Qué Leer ha recibido a concurso un total de 174 originales. El jurado compuesto por Ángela Becerra, Alberto García, Antonio Iturbe y Enrique Murillo, reunido en marzo de 2010 en Barcelona, seleccionó la novela «Los pelícanos ven el norte» como ganadora de este galardón que reúne literatura y automóviles.

Volkswagen y Qué Leer pusieron en marcha este certamen literario con la intención de dar a conocer nuevas voces narrativas y apoyar a quienes dedican su esfuerzo a la imaginación a través de la narrativa. Los organizadores desean agradecer a todos los participantes el haber contribuido con sus historias a que las carreteras de la vida se ensanchen y se multipliquen a través de los derroteros de la ficción.

*«La utopía está en el horizonte.  
Camino dos pasos y el horizonte se corre diez  
pasos más allá.  
Entonces, ¿para qué sirve la utopía?  
Para eso, sirve para caminar»*

EDUARDO GALEANO

# 1

Al oeste, el paisaje queda interrumpido por las cumbres nevadas de las Rocosas. Todo lo demás, hasta allí, es un tapiz de piedras, polvo y matojos congelados, excepto por las escasas construcciones de Beo Wawe, por la cruz que dibujan la carretera y la vía del tren, y por el aparcamiento del motel de paso, perdido en las afueras de este pueblo casi fantasma. Es uno de esos hospedajes que, a fuerza de verlos en películas, nos resultan familiares. Contenedores de barco con tejado y ventanas; coches aparcados frente a ellos; un número en cada puerta. Dentro, la moqueta de pelo, mullida, de azul ennegrecido en algunas zonas, descolorido en las más soleadas. El baño huele exterminador de cucarachas y el dormitorio a lavanda sintética. Sólo el rumor del aire acondicionado y el lamento de las ruedas que se desuellan sobre el asfalto atraviesan un silencio tupido, pesado, tan viscoso como un lago de gelatina. Los muebles son de formica blanca, funcionales, fáciles de limpiar. La cama, amplia, como todo en este país. La colcha, del mismo color que la moqueta, cubre los borrones de decenas de amores equivocados, de amores clandestinos, de amores embusteros. Encima de la mesita, un holocausto de colillas y un cigarro todavía humeante esperando su turno; una caja de pastillas para dormir se apoya en la botella de tequila. Al lado, sentado en la cama, un maniquí, con las palmas boca arriba sobre las rodillas, contempla sus recuerdos.

El maniquí soy yo.

Lo que observo es la saliva que humedece mis dedos. Un burbujeo como aquél de hace tantos años.

No creo que transcurra una jornada más sin encontrarla. Esta vez, la persecución ha sido más sencilla. Todo se vuelve más fácil con la práctica y nos hemos convertido en expertos.

Me llamo Hércules, tengo cuarenta y cuatro años, nací y he pasado casi toda mi vida en Albacete. Me dan miedo un montón de cosas absurdas; fobias que, después de tantos años, todavía me ruboriza admitir. Sobre todo, la que

provocó tantas mofas entre mis compañeros de clase; la que dibuja una inevitable sonrisa socarrona en el gesto de quien la conoce; la que desencadena mis ataques de histeria al sufrir esa reacción de mi cuerpo tan natural como la misma vida...

Un desasosiego que me ha traído hasta aquí.

Me encuentro a unos diez kilómetros al sur de la I-80, una de las autopistas que cruzan los Estados Unidos de este a oeste. Conduzco un transatlántico de seis plazas: un viejo Pontiac Bonneville azul con capota negra y un morro descomunal. Es el coche de Juan Alberto, un cocinero excéntrico, padre de Judit, y paisano mío.

Dudo mucho que este depósito de seres humanos sea un local legalizado. No importa. No necesitamos a la gente cerca. La iglesia más cercana se encuentra a unas quince millas al sur, el cementerio, a alrededor de 40 al este. No es demasiada distancia para un último viaje.

El recepcionista es una montaña de manteca, me saca dos cabezas y media; su perímetro no debe de andar lejos del de un buen depósito de agua. Viste un estampado de lamparones grasientos sobre fondo blanco con tirantes; y un sombrero vaquero marrón impregnado de pringue capilar. Al hablar, muestra la parsimonia de un perezoso y la entonación de un cantante de *country*. Mastica con actitud de rumiante; no sabría decir si chicle o tabaco. Su sonrisa es franca, acogedora, como la de alguien que necesita compañía. No me extraña. Debe de disfrutar de poca conversación. Cuando me pregunta qué me trae por este pueblo, no lo hace con la curiosidad que cualquiera mostraría al ver a un manchego perdido al otro lado del mundo, sino con la esperanza de que mi historia consiga que los próximos quince minutos aceleren un poco el paso.

Mixofobia: se define como miedo injustificado a la mezcla interracial, intercultural o a los extranjeros.

O sea, que me aterra cruzarme con un negro, un musulmán o un simple guiri. Incluido este *cowboy*.

Mis fobias no saben de coordenadas geográficas. En Beowave, el extranjero soy yo, sin embargo, a mí me asusta el vaquero de los tirantes. Es un temor controlable, nada que ver con mis ataques de histeria; aun así, prefiero no darle conversación. Cojo las llaves del mostrador y vuelvo en dirección a mi bungalow. El vaquero ladea la cabeza hacia un lado y escupe al entarimado.

Tabaco.

No parece haberle sentado bien mi escasa amabilidad.



Me tumbo sobre el azul mancillado de la colcha y repaso mentalmente el desarrollo de la última captura. Sencilla es la palabra que la define.

Me pregunto si nuestra habilidad ha ido en aumento o que ella se impacienta más en cada ocasión. En realidad, es indiferente. El juego cuenta con escasas reglas: Huyes, te capturamos, y luego...

Así una y otra vez.

Esta noche atraparemos a mi amiga; será, por fin, la tercera vez... Esta noche, traeré aquí a Judit y se completará el ciclo.

Judit...

Judit es una mezcla de La Mancha, Gran Bretaña y América del Norte; tiene mi misma edad y padece un montón de adicciones no menos absurdas que mis fobias.

Si nos detenemos a pensar en ello, ser adicto a un montón de cosas extrañas viene a ser lo contrario a espantarse por otras tantas rarezas.

Un multifóbico, persiguiendo a una multiadicta, en mitad de un pueblo fantasma de Nevada, Estados Unidos...

Sólo se explica sabiendo que Judit es, además, la solución a mis problemas...

Mi protectora.

Cleveland Rd. West, Ohio.

Aparto la mosquitera para poder golpear con los nudillos sobre la puerta de madera blanca de Juan Alberto. Una gigantesca mano invisible me aprieta el estómago. Hace años que no lo veo; ni siquiera sé si se acordará de mí. Es una casa de dos pisos, de madera, lacada en amarillo pálido, rodeada de césped y con un garaje de dos puertas adosado. Juan Alberto, el cocinero de gazpachos manchegos, se ha convertido al American Way of Life.

Juan Alberto debe de ser un poco más joven que mi padre. La primera vez que lo vi, vestía un impecable traje blanco de cocinero. Carol, él y la hija de ambos, Judit, acababan de mudar al piso de enfrente del mío, en el mismo rellano del edificio de Pedro Coca. Habían estado viviendo en Londres los últimos doce años, desde que el cocinero decidió emigrar a Inglaterra a abrir allí un restaurante de gazpachos manchegos.

Destacó pronto por su pericia para cocinar, especialmente los gazpachos. Junto a esta habilidad, podría decirse que innata, su mayor anhelo siempre consistió en ser un excéntrico, salirse de lo común...

Sólo una manera más de distinguirse en medio del rebaño.

El problema estribaba en que al guiso en cuestión, en Albacete, se le consideraba como algo más bien común. Y, por ese lado, lo tenía difícil para ser extraordinario.

Sé que se puede pensar que se es raro sin más, nada que se elija. Sin embargo, Juan Alberto decidió serlo por pura afición. Cada uno teje sus deseos y el padre de Judit se enfundó aquél.

Los apellidos del cocinero, por separado, no dirían nada pero, unidos en el mismo orden de aquella placa azul que da nombre al paseo que bordea el parque, alimentó los sueños de grandeza de quien pensaba que, para sobresalir, sólo necesitaba la mezcla justa de rareza y buen hacer.

Simón Abril. Sus apellidos coinciden con los del popular paseo de Albacete y, Juan Alberto, a menudo, visitaba aquella placa azul, con letras en

relieve blancas; se entretenía en observar su nombre plasmado en una esquina de su ciudad natal. Allí, muchas tardes soñó que, algún día, la gente, al mirar aquella placa, al mencionar aquel paseo, lo rememorarían a él, al mejor cocinero nacido en Albacete en toda la historia de la ciudad. No podía ser de otro modo. Aquel otro Simón Abril, de nombre Pedro, quedaría olvidado en la profundidad del siglo XVI, después de que él cumpliera su plan.

Un día, se levantó, vendió las tierras de su herencia, llenó dos maletas; y, no sin haber pasado antes por la esquina de Simón Abril y Vandelvira para contemplar por última vez la placa azul con el nombre de la calle que bordea al parque, partió en tren a un viaje de tiempo indefinido.

Un viaje que, seguramente, todavía continúa.

Puede que no acabe nunca.

Abrió un modesto restaurante en el East End de la capital inglesa, contrató a una joven camarera espigada, rubia y con los ojos de un azul casi transparente; y abrió las puertas de su gazpachería.

Gaspachos manchegos en Londres...

Un dos por uno.

De un tacazo.

Durante las horas de escaso trabajo del restaurante, la joven camarera y el cocinero dispusieron de mucho tiempo para charlar, para reír, para, de vez en cuando, descorchar una botella de vino...

Para desfogarse en el minúsculo almacén...

Para traer al mundo a Judit.

Juan Alberto no consiguió en Londres fama y dinero, pero volvió con Carol y Judit, que, según sus propias palabras, con las que coincido, eran muchísimo más valiosas que todas las estrellas Michelin.

El día que lo vi en el rellano de la escalera, vestido de cocinero, inauguraba el primer Fish&Chips de La Mancha.

Toda una innovación en aquel Albacete de 1973.

Tras una segunda llamada con los nudillos, escucho unos pasos lentos y arrastrados que se acercan por el otro lado de la puerta. En seguida, ésta se abre y aparece un Juan Alberto canoso, encorvado y acartonado, que me observa con los ojos entrecerrados, intentando recordar dónde ha visto antes mi cara. Intento abrir la boca, pero anticipa la sonrisa que recordaba, aquella sonrisa generosa, noble y soñadora que tanto me acogía de niño. Abre la puerta de par en par; el olor empalagoso de la mantequilla cocinada se escapa

del interior. Me invita a pasar y, después de cerrar, me abraza como al hijo que no ve desde hace años. Su acento suena como el de alguien que haya nacido en el Medio Oeste americano. En realidad, lleva allí casi toda una vida. Ya no le quedan restos del albaceteño que todavía es. Me guía hasta la cocina, donde unas patatas intentan dorarse en un infame baño de mantequilla hirviendo.

—¿Qué ha sido del mejor cocinero de La Mancha?

Juan Alberto se encoge de hombros y esboza una sonrisa mientras meneaba la sartén con maestría para que las patatas se vayan dorando por igual.

Los dos reímos. Él cocina y yo lo observo. No hablamos hasta que la tortilla humea en una fuente redonda y no huele como debería hacerlo una tortilla de patatas.

Juan Alberto extrae varias rodajas de pan de molde de una bolsa, corta unas tiras, y saca dos botellines de cerveza del frigorífico. Descorcha una con un firme movimiento de muñeca y la extiende hacia mí. Después, ambos nos sentamos en su porche trasero a degustar el almuerzo.

La verdad es que la tortilla está rica.

—¿Cómo me has encontrado? ¿Cuánto hace que no nos vemos? ¡Por lo menos treinta años!

—¿Conoces muchos restaurantes en este país cuya especialidad sea el atascaburras? Internet es un medio poderoso. Llámalo intuición si quieres.

—¡Si vendí ese restaurante hará cinco años!

—Todavía queda gente en Cedar Point que no puede olvidar la experiencia de haber comido atascaburras un día con treinta y cinco grados y noventa por ciento de humedad; y, después, haber dado un par de *loopings* en la montaña rusa. ¿Cómo se te ocurrió servir atascaburras en verano?

—El parque no lo abren en invierno... el negocio es el negocio... Además, ¡tendrías que haber visto con qué voracidad engullían ese, como ellos decían, puré! Pero es cierto que la gente empezó a dejar de ir cuando asociaron las vomitonas al atascaburras... Al fin y al cabo, Cedar Point es un parque de atracciones, y en un lugar así, la comida se convierte en algo secundario.

Risas y, después, silencio.

Desde el porche de Juan Alberto, se pueden contemplar las aguas del lago Erie y eso es algo que viene muy bien para superar los silencios incómodos.

—¿Y... qué te trae tan lejos de casa?

El momento ha llegado. Hace dos días que salí de la estación de Albacete con una sola imagen en la mente. Una imagen congelada en el tiempo. Un

cuerpo orondo, embutido en una camiseta amarilla, con los ojos del azul del cielo de La Mancha y el pelo del color de la cebada en junio.

Y mi firma, negro sobre amarillo; mis garabatos estampados a la altura de unas enormes tetas quinceañeras.

Hace veintinueve años que no la veo, puede que haya cambiado mucho, pero el aspecto es algo que nunca me ha importado... La voz me tiembla; el corazón, como los perros que dormitan y, de repente, se ponen en guardia, se activa; el calor sube a mis mejillas. Un trago más a la cerveza.

Le alargo una de las cartas de mi padre. Juan Alberto deposita la cerveza sobre la tarima del suelo y desdobra el papel despacio. Estira los brazos para poder enfocarla y lee en silencio. Después vuelve a plegarla y me la devuelve. Recoge de nuevo la botella mientras asiente.

—Buscas a Judit.

—¿Dónde puedo encontrarla?

La vista del cocinero se escapa tras una bandada de patos en dirección al horizonte azul. Bebe; pasea el líquido de un carrillo a otro antes de tragarlo. Entorna los ojos y desliza una manga de la camisa por ellos. Una lágrima se ha salvado del barrido tras el cobijo protector de su párpado. De repente, me temo lo peor.

—¡No le habrá pasado nada!

—No que yo sepa... Hace dos años que no la veo.

Judit quería a sus padres como si ambos fueran algo extraordinario. Al menos, a los catorce años...

—¿Qué ocurrió?

—Supongo que recuerdas cómo es Judit... Lo de sus... aficiones. En eso no cambió nada al llegar aquí. ¿Sabes? Todo el mundo engorda cuando viene a este país. Pero ella adelgazó; consiguió un tipo de modelo el primer curso. La culpa (o el mérito) la tuvo un *walkman*. Un día vio a alguien corriendo por la carretera del bosque con uno puesto. Se asombró tanto que sus tíos, los que la acogieron aquel primer año, le regalaron uno por su cumpleaños. Yo todavía vivía en Albacete; cuentan que se aficionó tanto al *footing* que ya no pensaba en otra cosa. Siempre que podía, evitaba los vehículos; iba a todos lados al trote. Para el final de curso, ya se había convertido en una chica... —duda—... *foxy*.

—Tía buena —traduzco ante sus dificultades.

—Sí... zorra me sonaba mal.

Afirmo con la cabeza y le invito a continuar.

Pero no puedo quitarme una idea de la mente...

Judit, una tía buena...

Quizá eso me dificulte las cosas. Al fin y al cabo, las tías buenas siempre pueden elegir...

—El día del baile de fin de curso, aquel año, Judit obligó al chico a dejar el coche aparcado a la puerta de casa de sus tíos, le prestó unas zapatillas de mi cuñado y ambos fueron con los zapatos en una mano, el *walkman* en la otra, corriendo hasta las puertas de la escuela. El muchacho no la volvió a llamar y, según me contó Judit, desde el día que le vieron cambiarse las zapatillas por los zapatos de baile en el aparcamiento, hasta el final del siguiente curso, cuando pudo remediar el entuerto acudiendo a la misma fiesta como la reina de la clase, todo fueron carcajadas a su costa.

«Tú ya sabes cómo es Judit cuando se le mete algo en la cabeza...».

Lo sé, claro que lo sé. Por eso mismo la busco. Juan Alberto entra en la cocina y vuelve a salir con otras dos botellas de cerveza, una gorra de béisbol de los Cleveland Indians calada y me ofrece otra de los Browns por si me molesta el sol. Acepto la cerveza y declino la gorra. De nuevo el silencio dirige nuestras miradas en la misma dirección que las velas que surcan las aguas.

—Y, cuéntame... ¿Continúa mi paseo en el mismo sitio?

Evito mencionarle que la placa ha cambiado y que, quizá para evitar futuras confusiones, alguien avisado ha ampliado el nombre de la calle. Ahora se puede leer Pedro Simón Abril...

—No se ha movido ni una pulgada...

¿Para qué romper un sueño?

Juan Alberto deja descansar su espalda en el respaldo de la mecedora, adivino una sonrisa orgullosa bajo la visera de la gorra, bebe un trago más y se limpia con la manga de la camisa.

—Bien... —dice.

Pero a mí me interesa volver al tema que me ha llevado a recorrer más de seis mil kilómetros.

—Entonces... ¿No sabes dónde puedo encontrar a Judit?

—Judit se «aficionó» a un montón de cosas más. La última de la que tuve conocimiento, fue que se convirtió en evangelista. De repente, dijo que había encontrado la verdad en un versículo de Isaías y que se marchaba a defender la Ruta Santa de los impíos junto a su guía espiritual. Sé que ahora recorre la Interestatal 35, la que cruza de norte a sur, desde Duluth a Laredo.

«Interestatal 35, I-35, Isaías 35»... Joder, ¿se están volviendo todos locos?

—Juan Alberto... deberías volver a Albacete. Si convenzo a Judit, volverás con nosotros.

El suspiro del cocinero se escapa, a través del lago, en persecución de las velas; sus ojos contribuyen a aumentar la humedad que nos rodea; su sonrisa agradece que se le haya permitido soñar con contemplar de nuevo la placa azul y letras blancas en relieve que resaltan su nombre. Un trago le ayuda a empujar la emoción hacia abajo.

Es tarde, dice. Descansa aquí el tiempo que quieras y, cuando estés listo, coge mi viejo Pontiac del garaje y ve tras ella. Eres el único que puede sacarla de esa mierda, dice.

Judit, la salvavidas salvada... Ella siempre ha sabido cuidarse sola. Yo no quiero salvarla...

Yo sólo deseo que me salve ella a mí.

Al día siguiente, el viejo cocinero me despide desde fuera de su propio coche, asomándose a la ventanilla.

—Suerte, muchacho... ¿Recuerdas los pelícanos?

Un antiguo fish&chips de Albacete se despereza en un rincón de mi cerebro. Dentro, un Juan Alberto joven y triste nos cuenta una de sus historias a Nina y a mí. Esbozo una sonrisa al tiempo que engrano la marcha atrás. Asiento.

—Pues no dejes que nadie te haga perder tu norte.

Mi norte...

No se puede perder lo que nunca se ha tenido.

### 3

El reverendo Johnson tiene nombre de champú pero su cabeza no está limpia.

Al menos, no por dentro.

Es un pastor evangelista de casi dos metros de alto por otros tantos de ancho. Si no logra imponer con sus palabras, lo consigue con su tamaño. Supongo que más de uno se ha convertido por miedo a la ira de ese gigante. Si todas las partes de su cuerpo guardan la proporción, creo que encontrarlo en la ducha provocaría uno de mis ataques de histeria... Actúa y habla con el ímpetu de la treintena y la convicción de que ha sido tocado por toda la mano de Dios. No por Su dedo índice, por toda la mano. Acariciado por completo. Ese cuerpo forma una enorme caja de resonancia que provoca una voz grave de gran intensidad que emite hasta el último rincón de la iglesia su acento de Minnesota, tan distinto al de Judit cuando me enseñaba inglés para que nadie pudiera entendernos.

Para un católico de La Mancha, el oficio del reverendo Johnson, más que a una misa, se parece al espectáculo de un charlatán. Un coro vestido con túnicas azules y amarillas llena las pausas del barítono y afirman su discurso con expresiones de fe ciega. Es una misa participativa. Algún feligrés en trance salpica repetidamente el sermón con la palabra Jesús, con la palabra Señor, con la palabra hermano.

El orador comienza en un tono leve, pausado, como si hablara para una clase de escolares en su primer año. Explica la palabra de Dios como si se tratara de un cuento. Poco a poco, después de pronunciar por primera vez el nombre de Jesús, empieza a apresurar el habla. El nombre del Hijo de Dios actúa de catalizador, cada vez que es utilizado, el sermón acelera más y más, la voz aumenta el volumen, las venas del reverendo se hinchan, las exclamaciones «Oh yes my God», «Yes Lord» se disparan desde cada rincón. Una atmósfera de excitación beatífica se extiende por todo el local. Los feligreses se convierten en metrónomos que balancean sus cuerpos a un lado y



a otro indicando el compás al ritmo del góspel. Hasta que todo llega al momento culmen, al clímax, a la última sonora voz del gigante y, de repente, se hace el silencio.

Como un día se hizo la luz.

Como si se hubiera pulsado el resorte de un gran mecanismo, un interruptor, el botón de un mando a distancia, todos callan, se serenan, abren sus libros y un rumor de oraciones cuchicheadas invaden el recinto.

Al finalizar, el pastor recuerda que hace falta contribuir al mantenimiento de la iglesia para que sus fieles no olviden rascarse las carteras y que la próxima semana es el día de la celebración especial de cada mes. Se prometen milagros.

Los feligreses, al oírlo, entusiasmados, sacan un billete más de lo que habían pensado.

... ¡Oh sí, Señor!...

Después, el reverendo y su mujer despiden a cada uno de los asistentes a las puertas de su templo, agradeciéndoles la visita.

Atención al cliente, servicio post venta.

Yo no he venido por cuestión de fe; ni siquiera por curiosidad antropológica. Yo he acudido porque está al lado de la I-35.

Isaías, capítulo treinta y cinco:

«Habrá allí un camino allanado, se le llamará la Vía Santa, ningún impuro pasará por él, ni a él irán a parar los insensatos».

«Ya no habrá allí león, ni bestia feroz pondrá los pies. Sólo los redimidos caminarán por él».

»Por él volverán los liberados de Yavé, llegarán a Sion entre gritos de júbilo, una alegría eterna transformará su rostro, júbilo y alborozo les acompañarán, pena y llanto se habrán ido» (Isaías 35).

Isaías-35, I-35...

De una simpleza tal que hasta asusta pensarlo.

Me pregunto si Isaías pensaba en los pies como metáfora u olvidó mencionar las ruedas...

Miles de vehículos cruzan la I-35 a diario, y me cuesta creer que, entre todos ellos, ningún ocupante cometa impureza alguna.

Con los tiempos que corren...

Al verme salir, la ya de por sí amplia sonrisa del reverendo Johnson efectúa un despliegue de dientes blanquísimos y encías sonrosadas. Siempre es un placer conseguir nuevos clientes...

Cuando le digo que me gustaría hablarle unos minutos, el acariciado por Dios cree ver la oportunidad de explicar Su Palabra a alguien que se muestra interesado. Pero pronto se da cuenta de que no es Consuelo Divino lo que pretendo y su gesto se muestra incapaz de disimular cierta decepción.

Le enseño una fotografía reciente de Judit que su padre me ha proporcionado y creo que la reconoce; aunque leo en su rostro cierto signo negativo, no ya de decepción por no haber conseguido un nuevo feligrés que engrosara su concurrencia y, de paso, su cepillo; sino algo más. Como la inquietud que se apodera de uno cuando se cruza con alguien a quien no desea ver y ya es demasiado tarde para cambiarse de acera sin que se note. Cuando por fin es capaz de enderezar los labios torcidos y vuelve a mostrar su gran sonrisa beatífica, me dice que sí, que cree saber de quién se trata; aunque, al frecuentar otra iglesia, no puede estar seguro.

Ahí radica el problema...

La competencia.

El gran pastor (grande por su tamaño), no parece muy dispuesto a enviar a un posible nuevo cliente a un rival. Sin embargo, cuando se resigna a que lo único que sacará de mí será el billete de veinte dólares que deposito en el cepillo, me informa de la dirección de la parroquia del reverendo Stevenson.

Hacia allá me dirijo en el coche que Juan Alberto me ha prestado.

Un gazpachero manchego en Ohio... Sólo se puede entender conociendo a la familia de Judit.

Recorrer amplias e interminables rectas, a cincuenta y cinco millas por hora, en un viejo Pontiac Bonneville automático, es algo que propicia que el pensamiento y los recuerdos revoloteen por la cabeza de uno.

Los lunes por la tarde, Juan Alberto nos cogía de la mano a Judit y a mí con la excusa de llevarnos al parque infantil, situado bajo los pinos, al lado de «su» paseo. Compraba un merengue para cada uno y disfrutaba, ensoñador, observando las nuevas construcciones, los árboles, los coches... todos ellos unidos a su nombre para siempre. Los tres nos parábamos en la esquina, con la vista alzada hacia la placa azul que resaltaba su nombre con letras blancas en relieve que, por nuestras miradas, bien podrían haber sido de oro. Se trataba de un acto litúrgico antes de empezar el juego en los columpios. El padre de Judit nos daba una mano a cada uno y nosotros, con la que nos quedaba libre, sujetábamos el merengue de fresa que menguábamos a base de lametazos acompasados. Jamás he vuelto a probar merengues como los de

Herco... De todas las confiterías, de todas las ciudades que he visitado...  
Ningún merengue supo jamás tan dulce como aquéllos.

La iglesia evangelista de Willow River es una estructura de madera de dos pisos con un tejado negro que cae a dos aguas; la fachada, pintada de blanco. Una cruz preside el frontal. En uno de los laterales, se extiende un amplio aparcamiento ahora vacío; un cartel luminoso presenta versículos de la Biblia cada pocos minutos e informa de los horarios de los servicios. Explanadas de césped salpicadas de distintos artefactos para uso y disfrute de los feligreses rodean el resto del edificio. Columpios, un tobogán, porterías de fútbol, varias canastas de baloncesto e, incluso, algunas barbacoas y mesas de campo alrededor.

Tres chavales espigados juegan a encestar el balón en uno de los aros. Me acerco a preguntarles por el señor Stevenson y el que parece mayor toma la voz cantante para indicarme que el reverendo ha salido a su sesión de *jogging* vespertina y que no tardará en volver. Decido sentarme en uno de los bancos adyacentes al campo de juego a esperar y, de paso, entretenerme con las evoluciones de los muchachos.

El que me ha hablado es alto, de unos catorce años, y, seguramente, a juzgar por los bíceps que luce, ya practica habitualmente con las pesas que guarda bajo su cama. Los otros dos juegan contra él. Uno de ellos, también delgado, aunque más bajo, podría ser su hermano porque se dan un aire en los gestos. El tercero, un gordito sudoroso que corre con más voluntad que acierto intentando interrumpir el *dribling* del mayor.

Finta, reverso... canasta.

El hermano menor no parece gozar de buen perder y la cólera que enciende su cara se le escapa por la boca en forma de quejas amargas. Es imposible, grita, jugar con una bola de sebo por compañero.

Tal exabrupto activa mis recuerdos: los niños evangelistas norteamericanos no parecen más sutiles que los católicos de Albacete...

Es rubia, es gorda y es rara.

En 1973, Albacete no es mucho más que un pueblo grande, en medio de la llanura, que quizá no llegue a los cien mil habitantes. Todos nos conocemos y salirse de los patrones establecidos provoca un sinfín de comentarios.

Si a eso se le añade la saña y la crueldad que todavía no ha dado tiempo de pulir a base de hipocresía en los niños, seguir la conducta habitual es, además de una señal de buenas maneras, una forma de autodefensa.

Al otro lado del rellano se han mudado nuevos vecinos. El padre, exceptuando la redondez de su cuerpo y la ropa blanca con la que se le ve entrar o salir cuando va o viene del trabajo, es alguien nada fuera de lo común. La madre, alta y esbelta, de un rubio poco habitual, la piel blanca con ciertas zonas sonrosadas por las mejillas y ojos azules, casi transparentes. Y la hija, con la cara de la madre y el cuerpo del padre.

Son los Simón.

Como señal de buena vecindad, mi madre se ha ofrecido a que yo acompañe a la niña al colegio por las mañanas; así, le resultará más fácil integrarse.

Mi vieja ha olvidado lo que es una clase con cuarenta críos desprovistos de falsedad...

Judit se presenta el primer día ante mi puerta, viste unos vaqueros que no bajan mucho más allá del final de sus nalgas, prestos a reventar si se les exige un poco más de elasticidad, y una camiseta amarilla tan llena de carne como una salchicha alemana. Yo llevo los bermudas que tanto gustan a la señora Llanos, mi (excepto por su gusto para los pantalones) muy querida madre; repeinado con una rectísima raya a un lado; y una camisa de pequeños cuadros blancos y azules.

Curiosamente, ahora puedo recordar con nitidez todos aquellos detalles en los que uno, a los diez años, no suele fijarse. El estilo al vestir todavía no era algo sobre lo que ensañarse, exceptuando el hecho de ir con pantalones bombachos durante el largo invierno manchego, cosa que solía sufrir en mis carnes todos los años. Pero, si el de los bermudas invernales, además, llegaba acompañado de la que, sin duda, aquel curso iba a ser la gorda de la clase...

*A la gorda a la gorda le pica el culo  
y su madre le rasca con un tarugo...*

Lo que cualquier crío del mundo ha querido siempre ha sido divertirse.  
Y la continencia verbal, en realidad, nunca ha sido divertida...

Al llegar a la puerta del cole, Judit atrae todas las miradas curiosas. Yo intento separarme un poco de la pequeña ballena rubia, lo bastante lejos como para que parezca casualidad que hayamos llegado al mismo tiempo y lo justo para que Moby Dick no crea que no quiero que nos vean juntos.

No funciona ni una cosa ni la otra.

A uno, a esas tiernas edades, lo que más le gustaría es ser uno de los chicos guays. No hace falta destacar con grandes logros; simplemente, ser parte del rebaño.

Parece que este curso, tampoco lo voy a conseguir.

Las mentes infantiles no tardan, más allá de la hora del recreo, en inventar canciones apropiadas.

*¡La gorda y el bombacho se quieren un capacho!*

El único verso se repite una y otra vez al ritmo del «Me lo dijo Pérez»...

Sí, el que estuvo en Mallorca, ese mismo, el que cantaba Carina en todas las radios.

A Judit no parecen importarle las burlas. Quizá sea porque está acostumbrada o, quizá, porque no los entienda. En ese momento, caigo en la cuenta de que no ha pronunciado ni una sola palabra desde que nos hemos visto en la puerta de casa. Pero ir a preguntarle si entiende algo de lo que hablamos sería echar un poco más de leña al capacho de la canción de nuestros amables compañeros. Por otra parte, conozco de sobra el interrogatorio que me espera al llegar a casa sobre las cualidades intelectuales y sociales de mi nueva vecina. Debo fijarme y retener en la memoria detalles como cuánto habla, cuánto come en el recreo, cuántas preguntas del maestro contesta acertadamente, cuántas no, cuántas amigas ha conseguido en su primer día e, incluso, en cuántos lápices lleva en su estuche (por si acaso). Mi madre piensa que las virtudes y defectos de los padres siempre se reflejan en los hijos. De ahí el «buen gusto» con que visto, calzo, como, y me comporto...

Al menos, eso es lo que ella cree.

Puede que el hecho de haber sufrido burlas en mis propias carnes haga que, a mi corta edad, ya empiece a sentir empatía por los demás.

Esa palabra que es imposible que conozca todavía, pero no que pueda empezar a afectarme...

La observo en el recreo. Toma su pequeño bolso inglés, una especie de merendera, lo abre y descubre que sólo contiene aire. Ahora sí que parece desolada; debe de haber olvidado el bocadillo en casa. Yo sujeto entre mis manos el trozo de pan con una morcilla de orza de la última matanza. Un perrito caliente manchego. Nunca he sido de mucho comer y es una oportunidad única de librarme del almuerzo del día y, además, quedar ante mi madre como un auténtico caballero español que salva a la súbdita de Su Graciosa Majestad de morir de inanición.

Demasiado Capitán Trueno...

Pero mi madre estará orgullosa de mí de todos modos.

El problema es que los demás esperan cualquier oportunidad para llenar el capacho. Y, a falta de que a algún genio se le ocurra mejor rima, mis oídos van a hartarse de escuchar la cancioncilla hasta las vacaciones de navidad.

El orgullo de una madre contra la mofa de unos colegas...

¿Qué pesa más?

Efectúo una aproximación cautelosa. Un acecho disimulado, sutil, como el leopardo de Félix Rodríguez de la Fuente. Compruebo que las hienas emplean sus carcajadas en combas gomas elásticas, luchas libres y algún balón de papel arrugado. Me adentro en los Emites del territorio de mi objetivo: lo tengo al alcance. El enemigo continúa ajeno a la maniobra. Llegado el momento, con un ágil movimiento, extendiendo el brazo con el bocadillo entre mis dedos y gesticulo para indicarle a la hambrienta vecina que es suyo si lo quiere.

El universal idioma de los gestos...

El aspaviento llama la atención de Chonín, una de las habituales víctimas de las hienas. La depositaría, hasta hoy, del tarugo rasca culos.

La oportunidad es inmejorable para pasar el testigo; el pasaporte al rebaño guay. La presa convertida en depredadora.

La humillada pudiendo humillar...

¡*May day, may day*. El enemigo ha detectado nuestra posición! Al Capitán América no le hubiera ocurrido...

La decepción es mayor cuando compruebo que el gesto mímico ha sido inútil. Judit me da las gracias con un ligero seseo y, en un perfecto español, alaba la morcilla que guarda el pan. Sus grandes ojos azules se abren como el cielo del patio del colegio. Y su asombro hace caso omiso de las burlas de Chonín, que se emplea con el dulzor de la venganza en chillar, una y otra vez, una rima en la que, además, intenta encajar mejor la letra y la voz de Carina.

*Me lo dijo Pérez  
Que estuvo en Mallorca.  
La gorda y el bombacho  
se quieren un capacho.*

Chonín no lleva camino de convertirse en letrista de canción ligera.

El deslumbramiento de Judit no se debe a mi loable gesto altruista sino, según me cuenta, al hecho de que ella, en Londres, siempre llevaba al colegio un bocadillo de morcilla de orza. Tal revelación, me pone en conocimiento de que, primero, la pequeña rubia procede de Londres y, segundo, que allí también existen las morcillas de orza. Dato este segundo que no tardo en reconocer como falso cuando mi oronda vecina sigue contándome que a sus compañeros de clase, esa especie de salchicha negra y apestosa, les parecía algo repugnante y que no sabían cómo era capaz de tragársela. Cuando cometió el error de explicarles que no era más que sangre coagulada con cebolla y especias, el asunto empeoró y las mofas acerca de la vampiresa del East End fueron constantes hasta su marcha.

Parece que los niños ingleses no son mucho más delicados que los de Albacete.

Todo esto me lo cuenta Judit con el soniquete de fondo liderado por Chonín:

*Me lo dijo Pérez  
Que estuvo en Mallorca.  
La gorda y el bombacho  
se quieren un capacho.*

La pequeña pepona infantil a la que acabo de ceder el almuerzo no parece afectada por el coro que, desinteresadamente, nos brinda su tonadilla. Parece que la situación no le pilla de nuevas. Se introduce en la boca el último trozo de pan y morcilla, de un tamaño tal que yo hubiera necesitado tres mordiscos; y, con el moflete hinchado y moviéndose en acompasada masticación; sin prisas, pero sin pausas, como si aquello fuera lo más natural del mundo; lo que hay que hacer y, para qué darle más vueltas al asunto, terminar cuanto antes; se acerca a Chonín y le propina un directo de derecha que la deja sentada en el suelo sangrando por la nariz y gritando histérica entre lágrimas.

Ha sido un buen puñetazo. Eso siempre ha infundido respeto entre el rebaño.



Quizá el tarugo termine quedándose en el mismo culo que el año pasado...

Es el primer día de curso y ya esperamos, sentados en el despacho del director, a nuestros padres.

La letrista de la comezón en el trasero, la morsa rubia y el bombacho.

Los chicos guays han vuelto a librarse.

Va a ser un curso muy largo...

Casi oscurece. Los jugadores toman sus bicicletas y se marchan calle adelante. Los observo alejarse hasta que desaparecen al girar la curva. Me he quedado solo, sentado en un banco del jardín de la iglesia de Willow River; la claridad del día toca a su fin y allí no acude un alma. No dispongo de un lugar donde alojarme y no me apetece dormir en el Pontiac. La posibilidad de encontrar por fin a Judit me ata a este sitio a pesar de que la oscuridad y el canto de las lechuzas me llenan de inquietud. Nunca fui un valiente; no tengo por qué empezar a serlo ahora. Decido que será mejor hablar con Stevenson por la mañana y me marcho en busca de las cuatro paredes de la habitación de cualquier motel de carretera.

Es la primera vez que visito este pueblo, no conozco la zona, el mapa es difícil de leer a oscuras y conduciendo. Y, por desgracia, no he comprado un navegador. Quizá me pasé la incorporación a la carretera general en el primer cruce, quizá no he llegado todavía. El camino asfaltado por el que circulo es negro como la entrada a una gruta. No hay luna, no puedo ver más allá del alcance de los faros del coche. No me he cruzado con nadie en varias millas ni se distingue lugar habitado alguno. El Bonneville bebe gasolina como un soldado de Moscovia haría con el vodka. Si me quedo sin combustible, sí que voy a tener un problema, pero no se me ocurre más solución que continuar carretera adelante. Parece que no ha sido buena idea dejar Willow Street y adentrarme en este bosque, pero la razón y el nerviosismo es algo que, dentro de mí, se llevan fatal. Como me temía, la pavorosa lucecita amarilla de la reserva se ha encendido. No podré seguir mucho más allá.

Perdido del todo.

Aparco en un claro, al lado de la carretera, apago el motor, enciendo la luz interior y despliego el plano que había abandonado en el lado del copiloto. Me doy cuenta de lo inútil que puede llegar a ser un mapa cuando uno no sabe dónde está. Al final, se ve que voy a tener que pasar la noche en el Pontiac.

Suerte que estos coches americanos son amplios.

Salgo del vehículo, respiro el aire puro. Demasiado oxígeno. Enciendo un cigarrillo y dejo descansar mis nalgas sobre el capó caliente del coche. Entonces, diviso una lucecita muy tenue frente a mí. Ahora que mis ojos se han acostumbrado a la oscuridad, creo adivinar la silueta de un coche al otro lado de la explanada. Parece como si alguien hubiera encendido un mechero dentro. Una brisa de alivio quiere llenar mis pulmones pero, inmediatamente, vuelvo a desconfiar. ¿Y si se trata de algún loco? ¿Y si es un cabrón que me deja sin pasta y tirado?

Joder.

¿Y si es una pareja de jóvenes retozando?

Me armo de valor y me acerco a la ventanilla. Efectivamente; aunque no tan jóvenes. El humo de dos pitillos se escapa hacia el cielo por el hueco que dejan los cristales a medio bajar. La mujer brinda los senos al aire y la falda por encima del ombligo. Al hombre no quiero ni mirarlo, no vaya a ser que tenga el pene erecto. Me disculpo antes de llamar con los nudillos en el techo del coche. Ambos saltan sobre el asiento como si el corazón tirara de ellos hacia arriba. Mirando discretamente hacia otro lado, les pido disculpas y les explico que soy extranjero, que estoy perdido y que apenas me queda gasolina. Escucho movimientos de ambos recomponiéndose las vestimentas y, entonces, las luces del coche penetran la oscuridad del bosque que se extiende delante de ellas. Yo me coloco frente a los faros con la intención de que el hecho de ver mi cara les inspire un poco de confianza. Entonces, el hombre sale del vehículo. Es canoso, más alto que yo, aunque no tanto como para que tenga que levantar la cabeza para mirarlo. Viste un chándal blanco que le hace resaltar con un halo especial ante la luz. Los faldones de la camiseta todavía cuelgan por fuera del pantalón. Me pregunto si ese tipo no tendrá dinero suficiente para pagarse un motel. En todo caso, agradezco que no lo tenga. Me explica que estoy muy cerca de una gasolinera que, además, alquila bungalós. Sólo tengo que seguir unos quinientos metros en línea recta, después girar a la izquierda y, en el siguiente cruce, otra vez a la izquierda. No tiene pérdida. Eso dice él, claro. Le agradezco la amabilidad y vuelvo a disculparme por la interrupción.

Arranco el Pontiac de nuevo. Al salir de la explanada, echo un último vistazo al retrovisor. Atrás se quedan el par de tórtolos maduros. Por lo poco que he podido ver, la mujer tenía buenas tetas. La sangre empieza a removerse entre mis piernas. En un gesto automatizado hace tiempo, pienso en alicates de hierro, pienso en aparatos de radio, pienso en cementerios de coches.

La medortofobia...

Una fobia es una aversión obsesiva. Es algo compulsivo, uno no puede racionalizarlo. La medortofobia es el miedo a las erecciones, propia o ajenas.

Maneras de suavizar lo que no se quiere decir...

Parece una tontería, lo sé, pero el pánico no se controla. Y eso es algo con lo que tengo que vivir. Jamás veo una película porno, jamás acudo a clubs de alterne, jamás intento ligarme a una mujer y jamás permito a mis pensamientos que acudan a lugares que puedan provocarme una excitación.

Si el sexo no es el centro de tu vida, lo puedes soportar.

Pero no es sencillo controlar a la naturaleza.

Con la claridad del día, las cosas se ven de otro modo. Un bosque espléndido rodea el motel en el que he pernoctado. Los castaños, con su incipiente amarillo, anuncian la llegada del otoño; entonces terminarán teñidos del rojo del atardecer y, después, todos calvos. Todavía no sé con certeza dónde me encuentro, pero el encargado de recepción me muestra el punto exacto en el mapa. Le pido que marque la iglesia del reverendo Stevenson y me responde que no hace falta, que saliendo a la calle y atravesando el pequeño camino asfaltado que parte de entre los bungalós cuatro y cinco, podré llegar a ella en un agradable paseo de cinco minutos entre árboles.

Mientras camino protegido por la sombra, me pregunto si el recepcionista habrá descubierto en mi cara la vergüenza por el ridículo de la noche anterior. En cuatro minutos y treinta segundos, he alcanzado el banco al lado de la pista de baloncesto, en el lateral de la iglesia.

La puerta, abierta, invita a entrar a la casa del Señor. Me acerco a ella, soñando que, al atravesarla, encontraré dentro a Judit, probablemente rezando ante una cruz. Pero lo que hallo es a un hombre, de espaldas, preparando unos papeles en el púlpito. Es fornido, de pelo cano, se da la vuelta al oír mis pasos y su mirada, tan abierta por el terror, me confirma que las luces del coche, la noche anterior, no mintieron: tiene los ojos claros. Por una de las puertas laterales aparece una mujer madura, entrada en carnes, con una taza de café americano entre las manos. Me ve en el mismo momento de entrar y se excusa diciendo que no sabía que hubiera alguien más a esas horas en la iglesia. Me ofrece una taza de café que acepto gustoso y, cuando vuelve con el líquido humeante, se presenta. Somos el señor y la señora Stevenson. Mi marido es el pastor de esta iglesia. ¿Es usted nuevo en el pueblo?

El reverendo calavera todavía no se ha atrevido a abrir la boca. Ahora me explico por qué no hacer uso del cercano motel. Doy un sorbo a ese

aguachirle que los americanos se empeñan en llamar café y les explico que busco a alguien y que sólo estoy de paso. Maggie, la señora Stevenson, al igual que anteriormente le pasara al reverendo Johnson, parece llevarse un chasco por no contar con un nuevo feligrés; sin llegar a pasársele por la cabeza que una decepción mucho mayor acecha su tranquila y beatífica existencia.

A mí, los problemas sexuales y matrimoniales de los señores Stevenson me traen sin cuidado y espero hacérselo saber al reverendo en la primera ocasión, no vaya a ser que la preocupación le juegue una mala pasada a su caja torácica. Saco la foto de Judit de mi cartera y se la enfrento a ellos dos.

—Es la chica que estoy buscando —les digo.

La reverenda (si es que la esposa de un pastor ostenta tal título) despide una sonrisa luminosa al verla.

—¡Pero si es Judit! —exclama.

Ahora, la caja torácica que corre peligro es la mía. La oronda señora parece haber recibido una inyección de pilas alcalinas y, de repente, su boca dispara palabras casi sin pausa:

—Es la mejor feligresa que jamás hayamos tenido, ¿verdad, querido? Se empleaba en nuestras actividades como nadie antes lo había hecho. Es la mejor conversión que ha realizado mi marido. ¿Verdad, querido? ¡Tendría que haberla visto a las puertas de aquellos lugares de perversión! Rezando por su clausura con una devoción que nadie antes había mostrado. Estaba convencida de que la profecía de Isaías ya había llegado. Jamás vi tanta fe en otra persona. Además, claro, del reverendo. ¿Verdad, querido? Un día dejó de venir a los oficios y, exceptuando alguna actividad conjunta con otras iglesias en los lupanares que profanan La Profecía, no volvimos a verla... Nunca entenderé qué le pasó.

No sé si seré muy ligero de imaginación, pero podría llegar a suponer que quizá, sólo quizá, el reverendo Stevenson pretendió dar con ella un paseo en coche por los bosques cercanos... ¿verdad, querido?

De todas formas, Judit parece encontrarse cerca, atacando burdeles...

Las adicciones de Judit...

Con lo fácil que es comprar tabaco. Pero, claro, eso no supone ningún reto.

Estoy seguro de que, al saber que mi única intención es buscar a mi vieja amiga y que no pretendo permanecer mucho más en este pueblo, el pastor estará muy complacido e interesado en ayudarme a encontrarla cuanto antes.

El domingo, después del servicio, acudirán todos a Walters Road, a menos de ciento cincuenta metros de la I-35, a manifestarse contra Sodoma y Gomorra, a las puertas de un club ligero de moral. Seguramente, allí podré encontrar a mi vieja hermana.

Willow River no debe de superar los quinientos habitantes y, sin embargo, dispone de un buen número de iglesias.

No me extraña que la competencia sea tan dura.

El reverendo Stevenson conduce su Cadillac Seville negro del 87 a treinta y cinco millas por hora por Willow Street. Me habla de las bondades de este coche, motor 4.1 V8. Tapicería de piel de vaca texana, adornos de madera de pino de Oregón. Un auténtico coche «made in USA». Nada que ver, según el conductor, con los cacharros importados de oriente que devoran el mercado y dejan sus excrementos en forma de miles de buenos obreros, padres de decentes familias americanas, en paro.

Me pregunto cómo es capaz de hablarme de decentes familias americanas...

Yo observo el paisaje por la ventanilla: casas desperdigadas, árboles que despliegan la policromía del otoño; y agua en lagos, agua en arroyos, agua en cascadas... Mucha, muchísima agua para alguien que está acostumbrado a la aridez manchega. El acento chicloso de Stevenson continúa colmando el ambiente del coche, mezclándose con el rumor del motor. Creo que aún habla de las bondades de la industria automovilística americana. Y yo pienso en si acaso habrá olvidado que, en ese mismo asiento, una mujer intentaba cubrirse las tetas mientras yo les pedía ayuda desde el exterior.

Las tetas de la mujer... en el sitio que yo ocupo ahora...

Imagino un legón de albañil, imagino hormigoneras girando, imagino ladrillos del ocho...

La sangre vuelve a su sitio.

Antes de terminar Septiembre, ya habíamos visitado cinco veces el despacho del director. Chonín no parecía querer renunciar a la oportunidad de librarse del tarugo del culo, de entrar en el rebaño guay, de pasar de humillada a humilladora.

No se rendía.

Intentaba, sin conseguirlo, progresar como letrista:

*Me lo dijo un guacho  
que vino de Honrubia  
la gorda la rubia  
quiere al bombacho.*

Tres semanas, tres versiones, tres puñetazos.

Oí una vez que si te fumas tres cigarros ya estás enviciado. Quizá sea exagerar, o quizá fuera la experiencia de alguien que se engancha a todo fácilmente. Yo aún no lo sabía, pero Judit ya mostraba signos de sus múltiples adicciones: La morcilla de orza, las camisetas amarillas...

Y, ahora, había probado tres veces el placer de estamparle los morros a Chonín.

Inevitable.

Chonín le cogió el gusto a la música de «Me lo dijo Pérez» y, parece, que a que le partieran la boca de vez en cuando. Y Judit ya no le hacía ascos a propinar puñetazos a la portadora del taco en el culo o a cualquiera que estuviera dispuesto a la mínima provocación.

Empecé a aprender inglés gracias a mi vecina, para que los compañeros no entendieran nuestras conversaciones. Judit siempre me anticipaba cómo iba a atizarle a Chonín y nadie del corro cantor se enteraba de una palabra. A pesar de mis progresos en lengua extranjera, mi madre, que nunca antes se había visto obligada a acudir para recibir llamadas de atención por mi comportamiento, pronto se dio cuenta de que la pequeña ballena rubia no ejercía una buena influencia en mí. Sin embargo, su pudor, sus buenas maneras, su hipocresía tan bien cultivada desde niña a base de hacer lo que se debe hacer, le impidieron durante bastante tiempo pedirle a Carol que su hija y yo dejáramos de ir juntos al colegio.

Hasta dos cursos después, cuando lo de la leche.

Ya contábamos con doce años y los dos habíamos crecido algo. Judit más. Me sacaba media cabeza y, aunque su cuerpo se estilizó un poco, todavía parecía una salchicha amarilla; sólo que, ahora, con tetas.

Chonín, al final, siguió siendo la dueña del tarugo, aunque cada vez menos. Las hormonas comenzaban a preparar lo que pronto sería la invasión definitiva. Los muchachos se preocupaban más por destacar ante la parte femenina del rebaño; y, las niñas, que siempre van por delante de nosotros en esas cosas, se arrinconaban, en corros, en el patio, explicándose las unas a las

otras los misterios que sus cuerpos empezaban a desentrañar y que, nosotros, todavía inocentes, éramos incapaces de concebir siquiera.

Excepto la Moby Dick con pechos, la del tarugo rascaculos, y el Bombachos, que seguíamos apartados como ovejas negras. A esas alturas, más por decisión propia que por exclusión de los demás. Chonín se había olvidado de sus horribles rimas y, cada vez más, renunciaba a la compañía del resto para quedarse a nuestro lado. Nosotros la admitimos con naturalidad; quizá sin olvidar los dos años de variaciones de la letra de «Me lo dijo Pérez», pero tampoco se lo echábamos en cara. Al fin y al cabo, fue recompensada generosamente con los puñetazos de Judit.

Empezábamos todos a entender, aunque muy ligeramente, el tema de la hipocresía y, aún con amplias lagunas, a ponerlo en práctica.

Un día, buscando un sitio tranquilo para deglutir su cotidiana morcilla de orza y la mía —los dos sabíamos que, después de habérsela ofrecido tres veces, sentía tanta adicción por mi bocadillo como por el suyo—, mi vecina encontró una puerta que daba acceso al almacén del comedor. Allí encontramos apiladas un montón de cajas de botellines de leche. Aún hoy, un sabor suave y dulce parece invadirme el paladar al recordarlos. Eran unas botellitas de cuarto de litro, con el cuello alargado y un tapón azul. Aquél día robamos dos. Aprendimos a abrirlos apoyando el borde de la chapa sobre un canto duro y propinándoles un golpe seco con la mano. Los bebimos con la prisa del temor a ser descubiertos, después los volvimos a colocar en el hueco que habían dejado en la caja y salimos de allí con la excitación de haber vivido una aventura. Una semana después, al recordar la hazaña, todavía nos invadía un temblor de miedo y emoción. Decidimos repetirlo.

El problema fue que hubo una tercera vez...

Y Judit se enganchó a la leche Puleva en botellines de cuarto tanto como a la inyección de adrenalina que suponía robarlos. Y yo, pues la seguía sin rechistar. Al fin y al cabo, para mí también era una aventura, aunque, la mayoría de las veces, sólo probaba un trago y mi estimada vaquilla rubia se tragaba el resto.

Pronto no fueron dos botellines al día, sino tres, cuatro... hubo veces que Judit se echaba al gañote un par de litros. Y, claro, las existencias empezaron a menguar. Hasta que José, el bedel, que como terna la casa en el mismo colegio, fue indirectamente acusado de utilizar la leche del comedor para uso propio de su familia, decidió lavar su honra encontrando al ladrón. Se escondió detrás de unas cortinas que separaban las cajas de botellines de la parte donde se guardaban sartenes, ollas, y demás enseres y esperó



pacientemente a que nosotros, cándidos, con la confianza que da la habitualidad, entráramos a por nuestra ración.

El camino del comedor hasta el despacho lo anduvimos de puntillas, con las manos ásperas, duras y con olor a lejía de José tirando de nuestras orejas.

Allí estábamos otra vez, sentados, esta vez sin Chonín. Mi madre, Carol, Judit y yo. El director nos acusaba de ladrones, de pendencieros; clamaba que ya estaba harto de nosotros y nuestras correrías y que empezaba a plantearse la expulsión. Su cara brillaba con el rojo del capote de un torero, como la sangre que mana de las heridas que provocan las banderillas. Resoplaba y removía el culo sobre el asiento de un lado a otro. La indignación le impedía contenerse.

—¡No me extraña que esta vaca lechera tenga ya las tetas que tiene!

Carol, ante la mirada boquiabierta de mi madre, sin decir una palabra, se levantó de la silla, estiró su minifalda con pausa, rodeó la mesa despacio hacia el lado del director, y le plantó una bofetada en la cara que hizo que la sangre que había acumulado en su mejilla izquierda, huyera despavorida y dejara cinco líneas blancas marcadas en ella; luego cogió a su hija de la mano y ambas abandonaron del despacho con la cabeza muy alta. Cuando salieron, el tortazo todavía resonaba en nuestros oídos. Mi madre, sin ser capaz de decir una palabra o, más bien, sin saber cuál utilizar, también me dio la mano y nos fuimos cabizbajos a casa. Una vez allí, la bofetada me cayó a mí.

—¡Qué vergüenza me has hecho pasar! ¡Qué vergüenza!

Aquella frase desafortunada del director fue nuestra salvación: no nos expulsaron. Y, consciente como era de en qué medida se había excedido, intentó por todos los medios reparar su error con una benevolencia hacia nosotros inusitada en él hasta entonces. Pero mi madre si se armó del valor necesario para pedir a Carol que dejáramos de ir juntos al cole «porque, total, ahora ya son mayores y pueden ir muy bien solitos».

No lo consiguió. Judit y yo nos habíamos hecho inseparables y, poco después, se vio obligada a abandonar la idea de que me buscara amistades más acordes con lo que ella pensaba que eran las buenas maneras.

Giramos a la izquierda por Main Street; enseguida a la derecha, por Cross St., hasta llegar a la cuarenta y tres, donde volvemos a torcer a la izquierda; el reverendo Stevenson se percató de que los coches americanos no son artículos que me interesen demasiado. Si hay algo de lo que un pastor evangelista jamás carece, es de conversación. Sólo que éste no quiere abordar el único

tema que tenemos en común. De repente me pregunta si creo en Dios y yo me encojo de hombros. No es que no quiera contestarle, es que no sabría qué decir. Entonces descubre la oportunidad de abordar un tema que domina. Intenta convencerme de que Jesús nos ama, que la vida es plena cuando lo abrazamos, que somos más felices con Él. Que Su compañía nos hace buenos y honestos.

Honestos...

La figura de Stevenson me interesa sólo en cuanto que es mi nexa con Judit. Lo que diga o deje de decir, lo que haga o deje de hacer, no es de mi incumbencia; pero cuando escucho de su boca que estar cerca de Dios nos hace honestos...

—Dígame, reverendo, ¿cuánto hace que se alejó usted de Jesús?

Me mira como si fuera un enviado que viniera a pedirle cuentas, puede que realmente lo crea. Así son estos tipos, si no piensan que la suya es la única verdad posible, si no se creyeran a sí mismos, ¿cómo iban a sugestionar al resto?

El temblor de sus manos se deja notar en unos ligeros vaivenes del coche.

—Cuidado, tiene usted que hacer milagros hoy. Agarre bien el volante.

El pastor aparca a un lado de la cuarenta y tres de un volantazo, para el motor y me mira con ojos de hielo.

—Hable de una vez: ¿Qué es lo que quiere?

Yo continúo admirando el paisaje por la ventanilla, ahora quieto. No vuelvo la cara hacia él; el calor de mi aliento empaña el cristal.

—Mire, reverendo Stevenson, yo lo único que quiero es encontrar a Judit y largarme de aquí. Las mentiras que usted y su bragueta quieran contar a su parroquia me traen sin cuidado. En cuanto dé con ella, desapareceré de su vida.

No me cree. Aun así, vuelve a arrancar el coche y cruzamos sobre la I-35 por el puente de la cuarenta y tres. Yo observo los coches que van y vienen, que atraviesan el país de norte a sur o de sur a norte, desconocedores, casi todos, del pasaje de Isaías. Sin saber que si están circulando por esa autopista, es porque son puros...

Aunque se esté tirando a su secretaria o al reparador del lavavajillas, aunque haya pasado al gato del vecino por la trituradora de carne para convertirlo en la cena de su dulce retriever sólo porque le ensuciaba el césped con sus cagadas, aunque esté planeando utilizar la motosierra en la cabeza de Mr. Smith porque no existe otro modo de tener el seto mejor recortado que él... el tipo del Corvette azul que se aleja en dirección sur es puro.

Vaya si lo es.

Isaías lo dice.

Dejamos el coche en la explanada anexa al aparcamiento del objetivo. Stevenson abre el maletero del Cadillac y aparece un arsenal de pancartas que dicen: fuera los impuros; dicen: no a la prostitución; dicen: la I-35 terminará con vosotros. Varias personas se acercan al coche y hacen cola para conseguir uno de los carteles. Cada uno la que más le gusta; excepto los últimos, que se tienen que conformar con lo que queda. Oigo a mi acompañante saludar con protocolo de colega a la reverenda Mary Jane. Levanto la vista y descubro unos aterrorizados ojos azules clavados en mí; bajo un poco la mirada y vuelvo a distinguir esos pechos, los veo como si todavía estuvieran desnudos.

Y pienso en el Cadillac Seville del 87, en un Mustang del 74, en el viejo Pontiac Bonneville de Juan Alberto...

Mary Jane no mueve ni siquiera un párpado, el reverendo la lleva un poco aparte y le explica la situación. Los dos me lanzan miradas de soslayo. El resto del grupo los reclama. El acto de sabotaje contra el vicio ha de comenzar ya.

Los manifestantes circulan en corro por el aparcamiento del club «Pink drink» gritando frases contra el establecimiento, gritando consignas puritanas, gritando pasajes de la Biblia, gritando llamadas a Jesús. Los posibles clientes que planeaban un rápido relax a esta hora, al ver la fiesta que hay montada, apagan el intermitente que encendieron unos metros antes y siguen Walters Road adelante, esperando que la lucecita que indicaba giro a la derecha no haya delatado sus intenciones.

Al encargado del local no parece hacerle mucha gracia la merma que esos mojigatos van a producir en su caja y sale al aparcamiento acompañado de dos matones con sendos bates de béisbol. Se produce una reunión a alto nivel entre gentes de bien y comerciantes del vicio. A mí no me interesa. Yo no he parado de buscar entre todas las caras, entre todas las melenas rubias, la única que me ha llevado hasta allí. Cuando estoy a punto de desistir, vuelvo a fijarme en los negociadores. El jefe de los gorilas les invita, todo lo amablemente que la amenaza de unos bates de béisbol permite, a abandonar su propiedad; y los buenos cristianos, huyendo de la violencia, empiezan a dispersarse; menos una mujer.

Se acerca al matón de la izquierda, que la mira como si deseara convertirla en una de sus empleadas ligeras de ropa. Con la cabeza muy alta, con una dignidad propia de sangre real, planta una bofetada en la cara del gorila que marca su mejilla igual que aquella vez de hace años.

Es rubia, es alta, sigue siendo rara y ya no es gorda...

Es la hija de Carol, sin duda.

Sólo que este gorila no está dispuesto a aguantar con el estoicismo del director de nuestro colegio. Agarra a Judit por la muñeca y arma el brazo dispuesto a estamparle un puñetazo que, muy probablemente, volverá la cabeza de mi vieja amiga del revés. Por suerte, antes de que dispare el misil de cinco dedos, un palo de pancarta se parte contra su coronilla y, si no el dolor, el picor le pilla desprevenido. Judit consigue zafarse. Por la puerta del local, acude todo un equipo de béisbol dispuesto a usar a los evangelistas como pelotas. La batalla campal está servida, conmigo en medio. Intento llegar hasta Judit. Se ha encaramado a la grupa del matón. Golpea su cabeza una y otra vez mientras él intenta descabalarla y defenderse de los palos a un tiempo. La batalla es desigual: bates de béisbol contra delgados palos de pancarta; gorilas contra simples feligreses. Estos últimos terminan por salir huyendo fuera de los límites del aparcamiento. Vuelven al descampado donde dejaron sus vehículos. Yo corro de un lado a otro, busco a Judit de nuevo. Agarro el hombro de cada melena rubia que encuentro. Ha vuelto a esfumarse.

Lejos del alcance de los gorilas, se ha formado un corro; se pueden escuchar murmullos de rezos sobre los que se alza una voz femenina con un familiar acento británico muy erosionado ya. Me abro paso a codazos entre la gente que reza al compás que marca Judit y por fin me sitúo frente a ella. Detiene sus rezos, con la mirada muy abierta, sus ojos clavados en los míos. De repente, como una exhalación, extiende su brazo hacia mí; sus ojos, desorbitados; su boca, ahogada; su grito, apremiante. Por desgracia, el aviso apenas alcanza mi cerebro antes de que todo se oscurezca...

Antes de saber lo que siente una pelota de béisbol.

## 6

No recuerdo cuándo descubrí la sexualidad, ni tampoco mi primera erección. Pero soy capaz de visualizar, como si me encontrara en el cine, el primer día que me mostraron una fotografía porno.

Jugábamos al balón o, en mi caso, más bien simulaba jugar; simplemente rondaba por allí. De pronto, todo se detuvo: se formó un corro y el recién llegado sacó del bolsillo un papel que empezó a desdoblar y desdoblar y desdoblar... Supongo que a todos se nos hizo eterno. Cada pliegue desvelaba una promesa de matices de color carne que nos agitaba la excitación como la coctelera de un barman profesional. Hasta que la fotografía se extendió en el suelo ante nosotros. Todos, en silencio, quietos, hipnotizados.

Ninguno pestañeaba ante la escena de una pareja en una actitud, es fácil imaginar, poco decorosa. Todos mirábamos a la chica; y, alguno, por eso de las comparaciones, también al hombre, esquivando los nervios a base de bromas acerca del «pedazo tranca»...

Sin saber qué me estaba ocurriendo, empecé a temblar, cada poro de mi cuerpo despedía gotas de sudor, era como si mi tráquea se hubiese aplastado y no dejara pasar el aire, la parálisis se apoderó hasta del más insignificante de mis músculos y no era capaz ni siquiera de cerrar un párpado. Mis puños se contrajeron de modo que las uñas se me clavaban en las palmas hasta hacerlas sangrar y, una vez desatascada la garganta, un tremendo y aterrado alarido se extendió en todas direcciones. Le siguieron más gritos que no pararon hasta quedarme afónico y ni aún entonces.

Los demás, alarmados y preocupados por si alguien descubriría aquel tesoro reprográfico tamaño extra, intentaron hacerme callar mientras el dueño se afanaba en volver a doblar sin que se rompiera, pero con la urgencia del ladrón que teme ser descubierto, el tesoro que guardaba el objeto de su recién conquistada popularidad.

Tras poner el póster a salvo, desistieron de silenciarme. Yo continuaba rígido, aullando sin voz, temblando como un bebé helado.

—Joder con el Bombacho maricón... casi nos pillan.

Así fue la primera vez.

La primera vez que sufrí de medortofobia...

Aunque yo aún no lo sabía.

La imagen de aquella revista empezó a perseguirme desde entonces porque, poco después, cuando desperté con una natural erección adolescente, se dibujó en mi mente qué es lo que cubrían las sábanas. Y otra vez el sudor, los puños, los gritos...

Mi madre acudió alarmada pero... ¿cómo explicarle qué es lo que me pasaba?

—Ha sido un sueño, mamá...

Desde aquel día, orino sentado, pongo el despertador varias veces durante la noche para evacuar y evitar, dentro de lo posible, una erección; e intento esquivar por todos los medios el erotismo... Pero no soy un santo y, la verdad, las mujeres me gustan tanto como a cualquier otro heterosexual del planeta...

La vida es dura.

Esa fue la primera de mis fobias, la más espectacular, la que menos puede entender la gente... Y menos si la gente son críos de catorce años.

El incidente de Parque Sur se extendió muy pronto entre todos los alumnos de mi colegio y parte de otros centros. Sobre todo, entre el género masculino. Se escuchaban risas burlonas a mi paso, y el sobrenombre de «el Bombacho» no tardó en mutar por otro bastante más hiriente: «el Marica». Por supuesto, me evitaban antes de compartir cualquiera de las fotos eróticas que eran capaces de conseguir, y cuando nos reuníamos en pandilla, los avanzados que ya disfrutaban de pareja, me provocaban con cosas así como: «Mira, marica», antes de proceder a juntar sus bocas abiertas y sobar los incipientes pechos de la chica por encima de su jersey de punto.

A Judit nunca le importó que la llamaran gorda o rara. Ni que a mí me llamaran bombacho. A ella le traía sin cuidado y yo crecí con ello. Pero el rebautizo no nos hizo demasiada gracia. A mí me entristecía; a ella la soliviantaba.

Todos conocían la afición de Judit a soltar el puño cuando los demás se pasaban y muchos se guardaban de meterse conmigo delante de ella. Pero una de las tardes en la que matábamos las horas sentados en uno de los rincones del parque —muy cerca de, donde no hacía tanto, el padre de Judit nos llevaba a jugar con los columpios y a ver la placa de «su calle»— el aburrimiento provocó que, sin otro objetivo a la vista, me convirtiera en el

destino de las risotadas y las burlas de los demás. Por supuesto, ellos no se imaginaban que lo que a mí de verdad me daba miedo eran los penes. Ellos sólo alcanzaban a intuir que, después del numerito, yo era un marica y punto.

Las bromas pueden ser divertidas... siempre y cuándo no sea uno el destino de todas ellas... Y yo, que hubiera preferido el aburrimiento al escarnio, agaché la cabeza y me di la vuelta dispuesto a alejarme en dirección a casa. Pero Judit, harta de aquello, me agarró de la mano antes de que diera el primer paso, me atrajo hacia ella y me estrujó contra todas sus redondeces. Me pilló de improviso. De repente, la lengua de Moby Dick exploraba todas las cavidades de mi boca; y mi mano, guiada por la suya, se deslizaba bajo su jersey en busca de una de sus enormes tetas. Se hizo el silencio a nuestro alrededor, y yo disfrutaba con el calor de aquella lengua jugando con la mía. Mi primer morreo, con el sabor de la boca de Judit, con el olor de la saliva compartida, con el tacto de lo que intuía que debía de ser un pezón...

De repente, todas las sensaciones quedaron interrumpidas por un ligero e incontrolable parpadeo de mi ojo izquierdo, y por la toma de conciencia de mi propia erección. Mis músculos se tensaron; era como si la piel de la rubia tetona ya no se encontrara en contacto directo con la mía. El pánico intentaba abrir la puerta para invadir todos mis sentidos y yo traté de separarme; pero ella volvió a apretarme contra su enorme pecho...

Y me sentí protegido, me sentí bien...

Ni un asomo de miedo...

Una cosa era morrearse delante de todos y otra muy distinta meterse mano... El apodo de «El marica» me duró hasta aquel momento en que Judit me libró de él.

Y yo, que me creía curado, dejé de poner el despertador varias veces por las noches...

Hasta la siguiente ocasión en que desperté erecto...

Y el pánico, libre de mi protectora, sí consiguió abrir la puerta.

Y así surgió mi primera fobia...

Las demás, las descubrí poco a poco, con el paso de los años...

Con el paso de las sesiones con el doctor Alfonsín...

Se acercaba el verano y, con él, llegarían dos vuelcos inesperados en mi vida. Por una parte, se podía ver a mi madre cada vez más preocupada con mis gritos matutinos, sin explicación aparente, y no tardaría en llevarme a la consulta del doctor Alfonsín, el sicólogo argentino, quien me trataría durante

años y descubriría que, aunque yo no lo supiera, también me daban pánico los cambios...

Metatesiofobia: Persistente, anormal e injustificado miedo a los cambios.

Y, curiosamente, también empieza por eme.

El segundo hecho que iba a cambiar mi vida sena el fin de la escuela y el instituto en el horizonte otoñal. Nuevos profesores, nuevo director con distinto despacho, y, lo mejor, nuevos compañeros...

Quizá el Bombacho pasara a la historia y por fin saliera a la luz mi nombre. Hércules no es uno muy habitual, sin embargo, cuando alguien me llamaba en voz alta por la calle, yo jamás volvía la cabeza a no ser que el grito fuera algo así como: «¡Eh, Bombacho!».

Los últimos días de clase de aquel octavo curso transcurrían entre los nervios de los exámenes y la excitación de un futuro nuevo y desconocido. Todos cultivábamos nuestros anhelos...

Instituto nuevo... vida nueva...

Sueños nuevos...

La tribu guay soñaba con nuevos ligues; Chonín, con dejar el tarugo rasca culos olvidado en el despacho del director de la EGB. Y yo... con vestir pantalones largos el próximo invierno. No era mucho pedir.

No imaginaba la sorpresa que Judit me iba a proporcionar el día que nos dieron las notas.

Judit: todo sobresalientes. Yo: todo bienes.

A la pequeña ballena rubia se le ocurrió estudiar para los tres primeros exámenes de octavo y...

Pues eso, que le pilló el gusto. Adicta a estudiar...

Llevábamos nuestros boletines entre las manos, yo mirándolo con el alivio de ningún cate; ella, con indiferencia: no eran las notas lo que la animaban a estudiar a todas horas.

Sin levantar la vista, me lo dijo:

—Me voy mañana a América.

—¿A pasar el verano?

—A vivir... a estudiar allí.

Volví a contemplar mi boletín, luego dirigí la vista al suyo, tan lleno de dieces...

—Claro, con tan buenas notas...

—No es por eso. Voy a casa de mi tía Cathy que vive allí. Mi madre quiere que estudie en Estados Unidos. Dice que será mejor para mi futuro y que tendré más oportunidades.



No contesté. ¿Qué iba a decir? ¿Que temía que no me siguiera protegiendo? ¿Que, desde la primera vez que lo hice, estaba deseando volverle a meter mano y sentir junto a ella una erección que no me pusiera histérico...?

Callé y agaché la cabeza. Mi amiga, la única, me abandonaba. Siempre confié en que entraríamos juntos el primer día de instituto como aquél ya lejano en que yo disimulé para que no me vieran junto a ella. Esa puerta, ahora sin Judit, parecería mucho más amenazadora. Mi querida morsa rubia se iba para mucho tiempo...

Al final, Chonín, pareció tener más dotes de adivina que de letrista.

*La gorda y el bombacho  
se quieren un capacho.*

Judit también guardó silencio. Deambulábamos por la calle, boletines en mano, sin rumbo fijo, sin saber muy bien qué hacer, sin importarnos tampoco. Los dos guardábamos los mismos pensamientos, los regurgitábamos, los rumiábamos, y los tragábamos de nuevo sin decir una sola palabra. Fue un silencio eterno durante el que miles de recuerdos desfilaron por mi mente. El bocadillo de morcilla, los botellines de leche de cuello alargado y tapón azul, el despacho del director, mi primer morreo, mi primera teta... Todos pasando, al principio, como una de esas viejas primeras películas, que se exhibían en un rodillo, antes del cine de verdad. Después, otra vez, desfilando ante mis ojos (¿O debería decir tras ellos?) marcialmente. Y, más tarde, recuerdos mezclados, desordenados, caóticos saltando arriba y abajo, a izquierda y derecha.

De repente, los sudores y otra vez los gritos...

Mnemofobia, lo llamó el doctor Alfonsín.

Persistente, anormal e injustificado miedo a los recuerdos... Al escuchar los gritos, Judit volvió a abrazarme y no tardé en recobrar la serenidad. Aunque, esta vez, nada de morreo, nada de teta; nada de una anestesiada, tranquila y excitante erección...

Sin darnos cuenta, habíamos llegado al parque y permanecíamos quietos, con los boletines en una mano y cogidos de la otra, contemplando el cartel azul de letras blancas de Simón Abril, como cuando Juan Alberto nos llevaba a los columpios. Casi llegamos a lamer las papeletas de las notas instintivamente, recordando los merengues de fresa con los que el padre de Judit nos obsequiaba los lunes por la tarde. Y, al otro lado de la calle, entre

los árboles que rodean el templete de la música, el banco escenario de aquel primer beso. Lo observábamos todo callados, con nuestras manos unidas, como si despidiéramos a un viejo amigo. En realidad, los dos lo hacíamos. Judit tardaría mucho tiempo en volver a ver Albacete, el parque, a mí. Y yo no podría contemplar todo aquello a solas con los mismos ojos sin saber que faltaba algo...

Al rato, tiró de mí para llevarme a uno de los bancos ocultos tras una plazoleta de setos. Pensé que ya estaba, que, como regalo de despedida, repetiría el morreo, que de nuevo volvería a sentir una erección sin ser presa del pánico... Entonces, la pequeña Moby Dick rubia, sacó una navaja del bolsillo de su bien relleno pantalón. Yo la miré sin pestañear, con la boca entreabierta.

—Hércules, esto es Albacete... ¿De qué te asombras?

Desplegó la hoja y siguió hablando:

—No podemos olvidarnos, Hércules... ¡Hagámonos hermanos de sangre!

Observé la amenazadora hoja de la navaja y lo siguiente que recuerdo es abrir los ojos y ver la cara de Judit por encima de la mía. Mi cabeza se apoyaba sobre su mullido regazo y me acariciaba el pelo mientras esperaba, con toda la paciencia del mundo, a que me reanimara.

El doctor Alfonsín diagnosticó un extraño caso de Hemofobia, muy probablemente, debido a mi inclinación a las fobias que empiecen por eme, tendiente a mezclarse con Metalofobia. «Porque, en realidad, según sus propias palabras, el paciente jamás llegó a ver la sangre, sino una proyección mental de la misma sobre la hoja metálica de la navaja. Lo que podría darse en llamar con una mezcla de ambos términos como Metalohemofobia, vocablo que se ajusta a la perfección al patrón multifóbico del paciente... etc.».

El doctor Alfonsín... un crack.

Mi amiga se dio cuenta en seguida de que yo no sería capaz de cortarme una mano, ni siquiera un dedo. Pero lo de hermanarse no era una opción. Había que hacerlo de un modo o de otro.

—Si no podemos ser hermanos de sangre...

Judit se escupió un salivazo en la mano, observó el espumarajo evolucionar en la palma y, después, la extendió hacia mí:

—¡Seremos hermanos de saliva!

Yo también escupí en mi mano y ambos las chocamos y así las dejamos un rato, hasta que la saliva de ambos se hubiera secado junta.

Ninguno de nosotros, en aquel momento, cayó en la cuenta de que ya habíamos mezclado la saliva antes... Y, para ser sinceros, yo hubiera preferido el primer método.

—¡Pues ahora ya somos hermanos de saliva para toda la vida!

El entusiasmo de Judit... Si lo repetíamos un par de veces, ya no podría dejar de hacerlo.

Yo le cogía miedo a todo...

Judit se enganchaba a todo...

«La actitud forma parte de la aptitud...». El doctor Alfonsín era aficionado a los aforismos.

El tren salía a las nueve de la mañana del día siguiente. Yo corría por el túnel que cruza los andenes bajo tierra, paquete en mano, en dirección al andén tercero donde Judit ya debía de estar subiendo al talgo, cuando oí un grito:

—¡Eh, Bombacho!

Gritarme eso en aquella época surtía el mismo efecto que las bridas a un caballo. Me detuve y me di la vuelta; a la altura de la escalera del primer andén, vi aparecer a Chonín, con otro paquete en la mano, haciéndome gestos para que la esperara, casi suplicándome que no la hiciera correr tanto.

—¿Qué haces aquí?

—Pues lo mismo que tú. Despedir a Judit.

La pequeña ballena rubia tenía una hermosa sonrisa que, además, mostraba con asiduidad. Supongo que ese fue siempre el encanto de Judit. Vestía una de sus peculiares camisetas amarillas que remarcaba cada uno de los pliegues de su abdomen y unos mínimos Levi's recortados, con la cremallera a punto de saltar por los aires. Como la primera vez que la vi. Permanecía de pie, entre la puerta del tren, sus padres, y sus maletas. Al llegar a su altura, Juan Alberto y Carol, discretamente, se separaron un poco y allí nos quedamos los tres que tantas veces habíamos visitado el despacho del director: la morsa rubia, el bombacho y la gorda del prurito en el culo.

Chonín le alargó el paquete que llevaba en una mano, mientras sacaba un rotulador Edding con la otra. Judit rasgó el papel con delicadeza y dejó al descubierto un tejido gualda. Se trataba, claro está, de la prenda preferida de Judit. Una vez sin el papel, Chonín se lo arrebató de las manos, extendió la camiseta a su espalda y, apuntándome con el rotulador, me dijo:

—¡Venga, Bombacho! ¡Firmasela!

Ambos escribimos nuestros nombres y, una vez terminado, Judit, ni corta ni perezosa, se despojó de la prenda gemela que vestía, dejando al aire sus enormes pechos, bajo el yugo del sostén, y se vistió rápidamente con mi nombre sobre sus senos y el de Chonín y su pésimo verso a la espalda: «La rubia y el bombacho, se quieren un capacho. Para que te acuerdes de nosotros. Chonín».

Después de aquello, me sentí ridículo, pero Judit me preguntó qué era lo que yo le había llevado. Extendí mi pequeño paquete hacia ella y lo rasgó con el mismo esmero que lo había hecho con el anterior.

—Es para que te entretengas durante el viaje...

—Una comuna en Madrid... ¿Tu madre te deja leer estas cosas?

—De Martín Vigil, sí. Es cura.

Judit abrió la portada y nos extendió el libro:

—¿Me lo firmáis?

Un torrente de agua salada pugnaba por abandonar mis lagrimales cuando nos quedamos mirando cómo se alejaba el tren por la larga recta en dirección a Madrid. Juan Alberto me agarraba por el hombro, apretándome contra él; con una especie de camaradería, dándose cuenta de que aquellos tiempos en que acudíamos a contemplar con deleite la placa con su nombre, se alejaban a la misma velocidad que aquel Talgo.

Después de que el último vagón desapareciera, Chonín y yo nos encaminamos hacia el centro, cabizbajos, por la avenida de la estación. Yo no tenía nada que decir, y ella intentaba aligerar tensión.

—¿A qué instituto vas a ir?

—Al masculino...

—Yo también... ¿Por qué los llamarán masculino, femenino y mixto si todos son mixtos?

—¿También vas al masculino?

Chonín asintió con la cabeza.

—Menos dos o tres, creo que toda la clase vamos al mismo.

—O sea, que seguiré siendo el bombacho... Aunque consiga que mi madre me compre pantalón largo este invierno.

—No... Tú, este año, serás Hércules. Y yo voy a ser Nina. Se acabó el Chonín.

—¿Nina?

—Chonín es de cría; Chon, me suena mal; Ascensión, muy largo; Ascen, común; Chonina, cursi... Pues Nina, de Chonina. ¿Querrás llamarme Nina, Hércules?

—Claro, Nina.

Me dedicó una amplia y agradecida sonrisa. Pero yo no tenía claro que, siendo los mismos, fuéramos a tener tan fácil cambiar el rol con un simple cambio de denominación.

El clan guay encontraría el modo de discriminarnos. Siempre lo hizo.

—Es temprano. ¿Te apetece dar una vuelta?

—Gracias, Ch... Nina, pero mi madre me espera para ir a la consulta del doctor Alfonsín.

—¿Te pasa algo?

—Eh... no... eh... nada.

Un martillo neumático sobre mi cabeza consigue que despierte. Dos enormes esmeraldas me sonríen desde lo alto. Dirijo la mano hacia la fuente de la jaqueca, palpo el vendaje que la cubre; la dueña de esos ojos brillantes sisea suavemente mientras acaricia mi antebrazo para tranquilizarme, sin ocultar la sonrisa en ningún momento. Empiezo a creer que Stevenson tenía razón, que existe el paraíso y estoy en él; un ángel me cuida.

Pero me equivoco. El ángel es de carne y hueso. Lo ojos, verdes, mestizos, entre orientales y caucásicos; el pelo, del color del maíz dulce, liso, roza su nuca con las puntas; las cejas del mismo tono, delgadas; la nariz, fina, respingona, como la de las estatuas de alabastro de los griegos o, quizá, los romanos; los labios, como esponjas coralinas, con unos dientes blanquísimos tras ellos. Sujeta la melena en uno de los lados detrás de la oreja, de la que cuelga un aro dorado. Más abajo, un cuello que, aunque liso y atrayente, delata algunas huellas de la madurez; y, aún más abajo, una camiseta de finísimos tirantes cubre un cuerpo de curvas discretas y al mismo tiempo maliciosas.

Atrapa otro mechón rebelde tras su oreja, arruga la nariz. Bienvenido al mundo, me dice. Alguien, a su espalda, reclama su atención; ladeo la cabeza y distingo a un ropero calvo en la puerta. Mi memoria comienza a poblarse con imágenes de un bate de béisbol en las manos de ese sujeto, un misil de cinco dedos a punto de ser disparado, palos de pancarta contra su calva; una batalla campal entre gorilas y evangelistas.

¡Judit!

Intento incorporarme como un resorte; mi cráneo protesta amenazando con estallar. El ángel posa sus manos delicadas sobre mis hombros; la sonrisa, tranquila; la respiración, pausada; me chista de nuevo, suavemente. Intenta calmarme con su voz sedosa. Percibo el olor liviano de un perfume con reminiscencias a corteza de limón. El mechón rebelde vuelve a librarse de su yugo. Tranquilo, dice el ángel, aún no estás bien. Se da cuenta de que recelo

del gorila. Gira la cabeza hacia él y, con un movimiento de cuello, ordena que se largue. El caniche de dos metros obedece de inmediato.

Observo la decoración de la estancia: mucho terciopelo rosa y fucsia; me doy cuenta de que un tío con la cabeza vendada me mira desde un sinfín de espejos repletos de ribetes dorados. En una esquina, un lavabo y un bidé.

Parece la habitación de un...

Es la suite romántica, dice; el Pink Drink, dice; sí... estás en uno de esos lupanares que tanto odias, dice. ¿Crees que te condenarás?

Intento incorporarme de nuevo.

—¿Qué habéis hecho con Judit? —grito. Y la cabeza, en ese momento, querría reventar—. ¿Dónde está Judit?

—Tranquilo... Todos los demás se fueron a casa. Tú no estabas en condiciones. Además, te dejaron tirado en el suelo; nadie se ocupó de ti.

Me deshago de las sábanas, dispuesto a incorporarme. Distingo mi desnudez reflejada desde todos los ángulos posibles. Vuelvo a cubrirme.

—¿Dónde está mi ropa?

—No puedes irte... necesitas descansar y recuperarte.

No hago caso, intento levantarme cubierto por el edredón; una especie de remolino revuelve mis sesos y se traga todo mi equilibrio. El ángel me obsequia con más caricias tranquilizadoras.

—Tranquilo... espera a ponerte bien. Tus amigos no se van a ir a ningún lado. Seguro que regresarán pronto y podrás volver a gritar con tu pancarta en la mano.

Los susurros y el mareo ayudan a que el sueño vuelva a hacer presa en mí. Duermo durante el resto del día. A la mañana siguiente, el ángel se acerca con una bandeja y un bol con sopa caliente. Me sonrío mientras emite un suavísimo buenos días que relaja a mi embotado cerebro. Se sienta al borde de la cama, con la bandeja en el regazo. Su sonrisa es inmortal, jamás abandona sus labios; trajina entre las almohadas para acumular dos o tres más sobre la que he estado utilizando hasta ahora, me ayuda a incorporarme un poco, se lleva la cuchara a los labios y sopla como si besara el contenido. Después, la acerca a los míos.

Es una especie de sopa americana precocinada que ella consigue que sepa a gloria.

Una semana más tarde, los cuidados de Nicole surten efecto. Me encuentro bastante más fuerte. Sus ojos ofrecen todo su brillo verde cuando se

les mira a la luz natural. Disfrutamos del calor del sol y dos Bloody Marys en la terraza. Nicole se ha portado conmigo como hubiera hecho con un amigo, con un novio, con un hermano... Desde nuestras tumbonas, se puede distinguir el aparcamiento de la batalla campal donde vi a Judit; y, más allá, los bosques de castaños. Un maravilloso día de otoño se despliega ante nosotros; el sol calienta nuestras caras; es agradable sentirlo en los párpados, en el pecho, en los brazos. No recuerdo el tiempo que hacía que no me encontraba tan bien, tan tranquilo... puede que jamás haya disfrutado de tanta paz. Quizá mi norte esté aquí, en la terraza de un club de carretera, dejando que el sol invada mi piel, saboreando zumo de tomate con vodka, contemplando los ocres del bosque, aspirando un aire tan puro que casi quema, escuchando el siseo de la brisa entre las hojas... Éste bien podría ser el norte que llevo buscando toda la vida...

Si fuera un pelícano, lo sabría con certeza: vería el puntito azul.

Nicole quiere aprovechar el regalo que nos ha obsequiado hoy el clima, captar toda la vitamina D posible antes de que llegue la lluvia, la nieve, la oscuridad del invierno... Se deshace de la blusa y deja a la vista, a mi vista, unos senos a los que ni el tiempo, ni la gravedad, han conseguido doblegar todavía.

Dos Bloody Marys, el calor del sol, la visión de toda esa carne perfectamente distribuida... Mi corazón empieza a bombear sangre más aprisa y, lo malo, es que mi entrepierna se empeña en retenerla toda...

Y yo pienso en trapos del polvo, en fregonas amarillas, en cubos de basura repletos...

Vistazo inevitable al cuerpo de Nicole.

Pienso en óxido de zinc, en nitrato potásico, en purinas diluidas...

Pero, ante el cuerpo de Nicole, nada funciona y el bulto dentro de mi pantalón crece hasta hacerse notar... Sé que espera ahí dentro, intento evitar mirarlo, quiero contenerme, puños apretados...

Nicole advierte mi estado, achaca la tensión a mi timidez, o a mi supuesto evangelismo; se ladea sobre la hamaca, divertida. Su sempiterna sonrisa es ahora más amplia, más franca, más picante. Recoge el mechón eternamente rebelde detrás de su oreja; dirige la vista hacia mi pantalón. Se ve que sí que estás mejor, dice. Se despereza, coqueta y picara, asegurándose de que yo la vea... Y entonces no puedo aguantar más. Mi garganta se convierte en una catarata de alaridos; me acurruco contra un rincón, en el suelo, no paro de gritar. Pronto acuden tres de los gorilas al servicio de Nicole y me encuentran hecho un ovillo, con ojos de haber visto al diablo. El ángel de ojos verdes, sin



perder la calma, ha vuelto a cubrirse, despide a los matones con voz suave, apaciguada, como la de una madre durmiendo a su bebé; se acerca despacio a mí, susurrándome, como la primera vez que la vi. Mi erección comienza a retraerse, trato de recuperar el control; la voz siseante de Nicole me ayuda. Llega hasta mí, muy despacio, desliza la mano sobre mi pelo. Cierro los párpados, los aprieto, un par de lágrimas se desprenden de mis ojos...

Echo de menos a Judit.

Hércules, Hércules, Hércules..., dice Nicole sin dejar de rozarme el pelo como haría con un asustado hámster. Tu Dios te va a convertir en un ser muy desgraciado..., dice mientras continúa acariciándome. No sé qué le veis a esa religión... Los evangelistas, dice, sois un hatajo de integristas que no vivís ni dejáis vivir... No os dais cuenta de que..., dice; pero no la dejo terminar.

—Medortofobia.

Me incorporo todavía temblando, Nicole me abraza para calmarme, como entonces Judit...

La echo de menos. Desde los catorce años, la echo mucho de menos...

Sin embargo, dentro de este abrazo, me encuentro bien, tranquilo, a salvo de cualquier peligro...

Nicole me escucha con atención mientras le imparto un curso acelerado de fobias que empiezan por eme y dejo caer mi opinión acerca de cierto falso psicólogo argentino con nombre de presidente del que fui víctima. No entiende la comparación; no conoce a ningún presidente argentino.

—¿Y qué hacías con esa banda de talibanes?

—Buscar el norte...

Los dos permanecemos callados, sentados en el suelo; nuestras espaldas, apoyadas contra la pared. Contemplamos en silencio las copas de los árboles mecerse despreocupadas, seguras de que ahí abajo, sus profundas raíces se encargan de sujetarlas. Los árboles son muy afortunados..., pienso.

Si pudiera enfrentar mis ojos a los de Nicole en este momento, sería capaz de distinguir un racimo de destellos verdes.

El ángel del Pink Drink y un falóforo... Un auténtico reto profesional.

A veces, pensamientos como éste, me convierten en un cretino.

—Quédate el tiempo que necesites... Te ayudaré a encontrar tu norte.

Mi norte...

Lo tuve frente a mí hace unos días, justo antes de que mi cabeza detuviera la trayectoria de un bate de béisbol.

Deslizo la palma de la mano por la mejilla de Nicole, acaricio su pelo, coloco de nuevo el mechón rebelde en su sitio y tomo su mano mientras clavo

mis ojos en su magnética mirada verde. Sonreímos... Por un momento, me gustaría que éste fuera mi norte, haberlo encontrado; poder dejar de buscar.

Pero no lo es.

Mi norte se llama Judit.

—¿Cómo puedo agradecerte todo esto?

A un gesto de la jefa, el calvo de dos metros regresa con otro par copas que deposita sobre la mesa del jardín. Nicole le pide que traiga una botella de tequila.

Me alegro de que no seas uno de esos talibanes, dice, y golpea el chupito de tequila y Sprite sobre la mesa antes de llevarse a los labios un geiser de alcohol. Después, me invita a imitarla.

Media botella de géiseres después, los dos reímos como niños pequeños con cada golpe. La blusa del ángel del Pink-Drink se desliza hombro abajo, deja entrever el inicio de un seno perfecto.

Y no necesito pensar en chatarra, ni en productos químicos, ni en basura orgánica...

Yo sólo necesito un geiser más...

Y otro...

Para cuando la botella se ha vaciado, Nicole vuelve a lucir todos sus encantos al sol otoñal, y yo los contemplo, los deseo...

Sin miedo.

Se da cuenta de mis miradas. Toma una de mis manos, como aquel día que lo hizo Judit, y la acerca despacio a su pecho. Mis dedos se abren, receptores; las yemas se deslizan por sus pezones rosados que reaccionan al paso de mi tacto.

Nicole se aproxima despacio, su boca encarnada, sus ojos verdes, sus pezones rosados...

Besa la comisura de mis labios. Besos breves, cortos, lentos, tiernos... Enreda sus dedos entre mi pelo, dirige mi cabeza hacia su pecho, eleva la mirada al cielo benévolo del otoño...

Y yo no pienso en cebollas tiernas, ni en zanahorias, ni en patatas nuevas...

Me aparto... ella parece decepcionada... Un geiser más, directo al gazon y... vuelvo a sumergirme dentro de esos pechos perfectos...

Nicole se levanta y me invita a que la acompañe. Los dos, enredados en besos y bamboleos éfilicos, alcanzamos la suite romántica. Nos despojamos de la poca ropa que todavía nos cubre. Puedo distinguir desde un millón de

ángulos el cuerpo de la madame del Pink Drink sobre mí. Descubro mi erección... Y no grito. Simplemente me abandono a su experiencia.

Hasta que ambos caemos en un sueño profundo, reconstituyente, necesario. Satisfechos de sexo... desbordados de alcohol...

Podría ser un norte tan perfecto...

Tan sólo si pudiera repetirlo sobrio...

Los días adquieren una rutina de baños de sol otoñal, inmersiones en geiseres de tequila y siestas en la suite romántica. Nicole y yo disfrutamos de nuestra mutua compañía. No abandonamos el «Pink-Drink», no hace falta. Allí disponemos de todo cuanto podamos necesitar. Por las mañanas, ella se ocupa de las cuentas de la noche anterior en una de las mesas del local; yo, a su lado, observo cómo gobierna al resto. Da órdenes, organiza a los camareros y a las chicas. De vez en cuando, entre gestión y gestión, me envía un pícaro guiño de ojo. Todo el mundo se somete a su autoridad innata. Después, al terminar con sus obligaciones, me sonrío y salimos a la terraza a disfrutar de la primera copa del día. Yo necesito unas cuantas antes de atreverme a besarla. Ella, prudente, ha aprendido a no desnudarse antes de que yo me sienta preparado. Mientras, charlamos. A veces, del tiempo; o me cuenta cómo se le ocurrió abrir un local como el «Pink-Drink» en Willow River. No le preocupa hablar de lo que fue, de lo que es ahora. Se siente orgullosa de lo que ha conseguido y nadie, y mucho menos una panda de fanáticos, va a conseguir la más mínima mella en su manera de ser. Yo la contemplo con veneración. Nicole es una mujer excepcional. Me pregunto por qué no ha echado ya a la calle a un tipo como el que se sienta a su lado y no encuentro respuesta. Le hablo de España, de Albacete; sobre Juan Alberto y sus platos, sobre el paseo Simón Abril, sobre todo lo demás... En poco tiempo, Nicole sabe de mi vida más que yo mismo. Cuando siento que el tequila ya ha adormecido mis neuronas, disparo la señal de salida. Me acerco a su hamaca, ella abre los brazos para recibirme; la beso en el cuello, en sus preciosos labios rojos, en los senos. Después, nos dirigimos a un cielo lleno de espejos con ribetes dorados.

Dos semanas más tarde, corro el peligro de convertirme en alcohólico.

Las dos semanas más felices de mi vida.

—Hércules... háblame de lo que te gusta —dice Nicole mientras juguetea con la lata de Diet Pepsi sobre la barra.

Pienso durante unos segundos, observo la media sonrisa que adorna sus labios, devuelvo el mechón de pelo rebelde a su lugar.

—Tus ojos... —empiezo a decir.

—No seas adulator. Hablo de las cosas que siempre te han gustado, de las que ya te gustaban antes de llegar aquí.

—Me gustan... los árboles —comienzo dubitativo—, los merengues de fresa recién hechos de Herco; observar cómo, los días gélidos de Albacete, el humo de las chimeneas de leña se precipita hacia el suelo al entrar en contacto con el aire frío antes de remontar el vuelo. Me gustan los idiomas, me gustaría poder hablarlos todos, ser capaz de entender a toda la gente. Estoy descubriendo que me gusta viajar, recorrer el mundo, observar paisajes distintos. Me gusta Juan Alberto y hasta su tortilla de patatas con mantequilla. No sé... podría decirse que siempre me gustó el parque de mi ciudad. Me gustan las puestas de sol de La Mancha, los amaneceres junto al Mediterráneo, los cielos nubosos y la lluvia fina de Ohio. Me gustaba salir a cenar los viernes cuando...

Me quedo unos segundos en silencio, la imagen de Nina en la mesa de un merendero regresa a mi mente.

—¿Cuándo qué?

... Me gustan las patatas fritas, el fútbol, todo tipo de música. Lo había olvidado, pero me gustaba enseñar inglés; me gustan los alumnos que se esfuerzan aunque no lo consigan. Me gusta el Pontiac Bonneville de Juan Alberto... Lavarme la cara con agua muy fría y ducharme con agua muy caliente.

Nicole levanta sus ojos y me observa sonriente.

—Me gustan los ojos verdes, los mechones de pelo que jamás permanecen donde deben.

—¿Olvidas tu norte?

Bajo la mirada.

—Me gusta sentirme seguro, excitarme sin sentir miedo... Me gusta una habitación llena de espejos y los geiseres de tequila.

Las pupilas de Nicole se clavan en la botella que sostengo. Creo, dice, que lo estás borrando con alcohol. Esa botella te está apartando de tu camino, dice. Puede que me arrepienta de esto, pero te prometí que te ayudaría a encontrar tu norte y el tequila no lo es... Quiero que dejes ese vaso y te acerques a mí, dice. Si pretendes seguir conmigo, tendrás que dejarlo. No sé si lo que te ayuda a permanecer a mi lado soy yo o es el tequila. No... no puedo creer que yo esté diciendo esto... lo hemos pasado muy bien, dice, no me

importaría continuar haciéndolo; pero deseo disfrutar contigo, no con el Hércules que despierta el alcohol.

Observo la botella que me espera sobre la barra, el pasaporte al paraíso. Ella ordena al calvo que la retire y yo contemplo cómo mi valor se aleja en manos del gorila.

Al ángel de ojos verdes no le faltan dotes de seducción. Nunca le ha sido necesario el alcohol.

El orgullo de Nicole...

Se inclina para besarme; yo la sigo, como he hecho hasta ahora. Sin los efectos del licor, mi sangre circula menos perezosa, más eficiente.

Y yo lo siento dentro de los pantalones...

Y me sorprende a mí mismo pensando en máquinas de coser automáticas, agujas de punto de cruz, acericos repletos de alfileres...

La lengua de Nicole en mi boca...

Y el sudor brotando de mi frente, de mis axilas, de mi pecho...

Saltos de *puenting*, bajadas de *rafting*, vuelos de *parapenting*...

La mano de Nicole en mi erección...

El alarido consigue que los pocos clientes del Pink Drink aparten sus caras de las pechugas de las empleadas y se claven todas en el loco que se acurruca en el suelo contra la barra. Nicole tensa el gesto, apura la Pepsi, se aleja escaleras arriba, clava sus preciosos ojos verdes sobre mí desde el descansillo, como si acabara de insultarla; y desaparece durante el resto de la noche.

Yo continúo en el suelo, apagando con mis alaridos la voz sensual de Shivaree cantando a todos sus miedos. El barman me arroja el agua de la cubitera desde lo alto de la barra. El bajo insistente de Goodnight moon vuelve a oírse. Escucho como la cantante anhela que regrese la luz del sol mientras el agua helada recorre todo mi cuerpo. Levanto la mirada hacia el lugar por donde ha desaparecido Nicole.

—No es buena idea enfadar a la jefa —dice el camarero.

A mí también me gustaría que regresara la luz...

—¿Me sirves un tequila?

Contra lo que se puede pensar, antes de conocer a Nicole, yo no era virgen.

El instituto no se convirtió en el paraíso que había previsto Chonín. Aunque a ella pudiera habérselo parecido al principio. En efecto, dejó de aliviarse el trasero con el tarugo; aunque le costó más, también pasó a ser Nina; sin embargo, la adolescencia no es menos cruel que la niñez.

Quizá un pelín más hipócrita.

La mitad de los compañeros del colegio continuaron compartiendo clase con nosotros. Lo cual, viéndolo como el vaso medio lleno, nos daba opción a explorar amabilidades más dispuestas entre los chavales que no conocían nada de nuestro pasado.

Llegaron las salidas nocturnas, las fiestas de discoteca, los cubalibres, el colegio... y las dificultades para ser miembros de pleno derecho del rebaño.

Y todo ello, sin Judit.

El fish&chips —con la única excusa de la subsistencia— no tardó en convertirse en un bar donde se servían los más afamados gazpachos manchegos de toda la provincia; y, eso, lejos de henchir el orgullo de Juan Alberto, lo fue sumiendo poco a poco en una humillante derrota. Yo prefería pasar el tiempo con el padre de Judit antes que con la gente de mi edad; muchas tardes, después de las clases, lo visitaba en la casa de comidas en la que había convertido el local; Nina solía acompañarme, y los dos, seguramente yo más que mi amiga, esperábamos a que el cocinero nos proporcionara noticias de su hija. Los dos percibíamos que algo no funcionaba en la dejadez de su barba, en las miradas calladas entre Carol y él, en su sonrisa perdida. Un día, encontramos a una joven sirviendo las mesas. Chonín y yo nos limitamos a encogernos de hombros; y hubo de ser el cocinero el que, sin pedírselo, empezara a darnos explicaciones:

—¿Sabéis que los pelícanos ven el norte?

Nos gustaban las historias de Juan Alberto. Nos acomodamos en unos taburetes dispuestos a escuchar un nuevo cuento.

El cuento de su vida.

—Hace muchos años, un pelícano hambriento voló y voló en busca de pesca. Aunque se sumergía una y otra vez sin conseguir nada, nunca desistía. Sin darse cuenta, se alejaba más y más hacia el sur, persiguiendo al pez que le devolviera las fuerzas. Cuando la debilidad apenas le permitía batir las alas, decidió posarse en el agua a descansar un rato y, tan extenuado y hambriento se encontraba que, sin proponérselo, durmió durante veinte días con sus veinte noches. Y hubiera seguido durmiendo si no se hubiera topado con el banco de arena de una pequeña isla a donde la corriente lo había llevado. Nada más abrir los ojos, descubrió un pez que nadaba frente a él. El pelícano, con las pocas fuerzas que le quedaban, sólo tuvo que abrir el pico y el pez saltó dentro sin vacilar. Descansado y con el estómago lleno, decidió explorar el lugar en el que se encontraba. Remontó el vuelo y observó desde lo alto el pequeño atolón redondo, las palmeras en el centro, arena blanca alrededor y un banco de peces que debía de ser infinito. Creyó haber llegado al paraíso. Durante semanas, no se ocupó de otra cosa nada más que dejarse flotar sobre un benigno mar, comer sin necesidad de esfuerzo y sestear sobre el agua o la arena, según le apeteciera. Sin embargo, transcurrido algún tiempo más, nuestro pelícano comenzó a sentirse solo. Recordaba a su bandada, los vuelos en formación, las divertidísimas peleas por hacerse con el pez más grande. No pudo evitar la nostalgia; sobre todo, al recordar a la hembra a la que, en la siguiente época de cría, tenía intención de cortejar.

»Hacía ya tanto tiempo que llegó a ese atolón, que apenas recordaba cómo eran los parajes por los que había volado junto a los suyos. La necesidad de retornar a su bandada lo invadía cada vez más aprisa; el problema era que no tenía ni idea de cómo poder regresar.

»El pelícano languidecía de tristeza. Ya ni siquiera abría el pico para que los peces se introdujeran en él; apenas volaba; y, casi todo el tiempo, se dejaba llevar por las olas que lo devolvían a la arena una y otra vez.

»Hasta que una vez, tras una de esas indolentes siestas marítimas, despertó con el pico apuntando al norte. Fue entonces cuando se fijó en ese puntito azul tan molesto, el que siempre se encendía con máximo resplandor al mirar en una dirección concreta. Recordó cómo él solía volar en sentido opuesto al puntito azul para no sentir la molestia en la vista. Se planteó que, si aquel día había seguido el rumbo habitual, muy probablemente, volando hacia el puntito azul, terminaría encontrando a su familia de nuevo. Y, de todas

formas, excepto por los peces suicidas que hacían cola junto a su pico, nada le retenía en aquella isla.

»Durante días comió para coger fuerzas y aumentar sus reservas. Cuando hubo acumulado grasa en una cantidad suficiente como para aguantar un esfuerzo prolongado, aunque no tanta como para que le impidiera levantar el vuelo, emprendió el viaje en dirección al punto azul.

»Él no lo sabía, pero volaba hacía el norte.

»Transcurrieron tres semanas en las que el pelícano escrutaba el paisaje que se extendía bajo sus alas, intentando encontrar un lugar que le resultara conocido, algún indicio que le permitiera regresar a su hogar; siempre sin perder de vista el puntito azul. Pero sus alas empezaban a agarrotarse; las fuerzas, a flaquear; el hambre y el cansancio a provocarle calambres; y nada de lo que veía le resultaba familiar. A punto de desfallecer, descubrió una silueta sobre el agua: un ave muy parecida a aquella a la que un día había soñado cortejar. Con el último esfuerzo que su esperanza y sus músculos le permitieron, se posó sobre el mar rizado. Una vez sobre el agua, el otro pájaro había desaparecido. Quizá se hallaba tras una de las grandes olas que el viento levantaba o, puede que se tratara sólo de una alucinación. El pelícano graznó todo lo alto que fue capaz mientras sus gastadas fuerzas se lo permitieron hasta que, al fin, se dio por vencido y cerró los ojos, como aquella vez que se dejó llevar por la corriente, sólo que ésta vez era consciente de que ya no llegaría a otra playa.

»Lo último que vio antes de perder el sentido, fue un remolino de plumas marrones como las suyas revolotear a su lado.

»Despertó en la costa, rodeado de congéneres. Su antigua bandada lo contemplaba expectante. Se les veía famélicos, las plumas habían perdido su brillo y elasticidad, era como si hiciera siglos que no comían nada. Le contaron que la pesca no se recuperaba y que cada vez capturaban menos comida. Muchas crías morían antes de aprender a volar y los jóvenes no compartían el escaso alimento que conseguían. El pelícano, repuesto después del sueño, feliz a pesar de las malas noticias que escuchaba, no se preocupó. Escuchad, dijo. Yo sé dónde podemos conseguir tantos peces como seamos capaces de comer. Lo único que tenemos que hacer es prepararnos para un largo vuelo. Que las crías coman todo lo que sea posible, que empiecen a volar cuanto antes y que todos los adultos disponibles acudan esta tarde al acantilado. Yo os mostraré cómo saber en qué dirección viajar.

»El pelícano enseñó a toda su bandada a orientarse gracias al resplandor azul que tanto les molestaba al dirigir la vista en una dirección que ellos no



sabían que era el norte. Y les contó que, hacia el lado contrario al puntito, a varias semanas de vuelo, encontrarían el paraíso del pescado.

Juan Alberto detuvo el cuento, permaneció un rato en silencio, con la mirada puesta en la chica que servía las mesas. Luego, suspiró y, tras descubrir que Nina y yo seguíamos allí, aceleró el final mientras pasaba un trapo húmedo por la barra.

—Llegaron al sur, todos comieron hasta hartarse, la bandada prosperó y pronto su habilidad para emigrar se fue extendiendo a las demás. Así fue cómo, desde entonces, los pelícanos emigran todos los años, sin perderse: gracias a su puntito azul.

Volvió a quedarse callado, mirando más allá de la puerta de salida.

—Los pelícanos ven el norte —dijo—. Joder... todos deberíamos verlo... así no sería tan difícil encontrarlo.

Entonces se dirigió de nuevo a nosotros:

—Carol se ha marchado a Londres. El lunes se levantó, se cepilló los dientes, y me dijo que ésta no era su vida ni éste su lugar. Que debía ir donde le correspondía... En realidad, yo nunca fui su norte... Lo malo es que, desde que entró por aquella puerta pidiendo el puesto de ayudante que anunciaba el cartel, siempre creí que ella era el mío.

»Y, ahora...

»Ahora me he convertido en un cocinero de gazpachos en La Mancha... Uno intenta remar y remar en la dirección en la que intuye que encontrará su sueño y la corriente se empeña en llevarte donde se le antoja... ¡Si al menos pudiéramos ver el norte como los pelícanos! Sabríamos dónde estamos y cuánto nos falta...

Juan Alberto se secó una lágrima con el trapo siempre dispuesto sobre su hombro y abrió dos botellas de coca cola frente a Nina y a mí.

—¿Tienes patatas?

El hambre incontrolada de Nina... huellas irreductibles de Chonín.

El cocinero, sin parar de hablar, llenó un plato con el único vestigio que le quedaba a aquel local de sus antiguos sueños: las patatas fritas.

—Judit en América, Carol en Londres... Mis ilusiones en... ¿Qué me queda aquí?

Una semana más tarde un cartel de «se traspasa» adornaba la persiana del fish&chips donde se degustaban los mejores gazpachos de La Mancha. Nina y yo no volvimos a ver a Juan Alberto, ni a Carol, ni a Judit...

Pero yo continué acudiendo a la esquina de Simón Abril con Arquitecto Vandelvira. Mi oronda compañera me acompañaba, aunque ella siempre se

concentró más en el merengue que en aquella placa azul y letras blancas que tantos recuerdos me traía.

Nina...

Aparte de su peso y su hambre, Nina sólo tuvo un problema...

Que no era Judit...

Con el tiempo, fuimos olvidando a la pequeña Moby Dick rubia. En realidad, la fueron olvidando los demás y yo me quedé sin nadie con quien hablar de ella. Poco a poco, los amigos cambiaron por otros que nunca la conocieron y, sin entonces darme cuenta de por qué, para el último año de instituto, la antigua arreglista del «me lo dijo Pérez» se mostraba huraña y distante cuando la mencionaba.

Fue por esa época cuando Nina empezó a acercarse a mí más de lo que el espacio vital de cada cual aconseja, cuando sus roces se tornaron habituales, cuando aprovechaba cada ocasión para arrimar sus orondas curvas a mi costado...

Cuando el doctor Alfonsín me enseñó a distraer mi mente con asuntos ajenos a la carne...

Pero las hormonas cabalgaban a pelo por mi sangre; la llamada del sexo era cada minuto más eficaz; los gritos matutinos, cada día más embarazosos; y las preocupaciones de mi madre ante el doctor Alfonsín, cada semana más intensas.

—Nina... hace años que voy al sicólogo.

—¿No vas a comerte esas patatas?

—Medortofobia...

Desde que Burguer King abrió en Albacete, Chonín no echaba de menos las patatas de Juan Alberto y, teniendo delante de ella uno de esos sobres repletos de succulentos sucedáneos fritos... no era cuestión de pararse a pensar en vocablos desconocidos.

—Nina... sufro de medortofobia...

Paró de masticar el bolo dentro de su carrillo hinchado, abrió la boca de manera que se podían distinguir las patatas machacadas en su interior, y fijó la vista en mí:

—¿Es grave?

—Depende de cómo lo mires... Me impide las relaciones sexuales.

—¿Eres impotente?

—No, no... es algo sic...

—¿Algo venéreo?

—No, Nina, es sicológico. Una fobia... Me dan miedo los... las erecciones.

—¡Ah, bueno...!

Nina siguió engullendo como si nada. Yo bebí un trago de mi refresco y no dejé de mirarla, esperando a que terminara de embucharse las últimas cinco patatas que se había llevado a la boca.

—Entonces... No te puedes... tu cosa no...

—Mi «cosa» funciona bien... a veces demasiado bien... Por eso he sacado el tema. Cuando me... ya sabes, se me... sube, me pongo histérico y no me puedo controlar. Tengo que evitar todas las situaciones excitantes...

—¡Ahora lo entiendo todo! Por eso no vas tan salido como los demás tíos —dijo mientras se llevaba otras cinco o seis patatas a la boca—. Mejor, Hércules, tanto mejor...

Desde aquel día, Nina, aquella Chonín del taco en el culo, dejó a un lado las insinuaciones sexuales; y, alegre porque podría abandonar la estrategia de la aproximación provocativa, se convirtió la persona más tierna que había conocido hasta entonces.

Incluso contando a Judit...

Los dos acabamos Magisterio, ella aprobó la oposición, yo abrí una academia de inglés y...

¿Qué otra cosa podría pasar?

Nos casamos un veinte de febrero. Nina embutida en gasas blancas y yo con traje negro. Celebración en Casa Tonín para ciento noventa y tres invitados. Risas, música, alcohol... muellísimo alcohol, bailes... Quizá era la primera vez en la vida de Chonín en que disfrutó el centro del corro sin que nadie le recordara, con soniquete cadencioso, el prurito en el trasero... Por una vez en nuestras indas, fuimos protagonistas de honor.

Por fin, la hipocresía...

¿Qué importaba lo que comentaran después detrás de nosotros sobre la morcilla blanca? ¿Sobre el calzonazos que se esconde en el armario?

¿Qué más daba...?

Lo disfrutamos, lo gozamos como jamás hubiéramos imaginado que fuera posible. Bailamos, reímos, saltamos, brindamos, brindamos, brindamos...

Tantas veces brindamos a la felicidad esquiva, que no pudimos ni encontrar las llaves de nuestro piso a estrenar. Al final, en estado de semiinconsciencia, nos alojaron en el hotel Los Llanos...

Chonín y el bombachos, en el hotel Los Llanos...

Protagonistas por un día...

Felices...

Borrachos...

Nos abrazamos, nos besamos, volvimos a reír...

Después... lo que tenía que suceder, sucedió.

Una gran jaqueca y dos meses más tarde, a Nina seguía sin bajarle la regla.

Sé que ha llegado la hora de abandonar la playa donde los peces esperan su turno para entrar en mi pico. Es la hora de emigrar y salvar a mi bandada, de salvarme a mí. Debo volar hacia el norte...

Hace dos días que Nicole desapareció por la escalera y, desde entonces, no he vuelto a saber nada de ella. El personal me ha tratado como si nada ocurriera. He dispuesto de todo lo necesario; he seguido ocupando la Suite Romántica, aunque a solas.

Me apetece echar un último vistazo a la terraza, al pequeño atolón donde Nicole me ha alimentado. La maleta espera a mis pies. Enciendo un último pitillo y contemplo el paisaje que me rodea. El otoño ha dejado de ser benévolo; es una mañana gris, la bruma difumina los colores ocres del bosque del fondo; huele a hojas mojadas, a lluvia, a nostalgia. El recuerdo de un Bloody Mary recorre mi paladar y no tarda en convertirse en un regusto amargo. Aun así, todo sigue siendo bello... La humedad fresca acompaña al humo a través de mi garganta en dirección a los pulmones...

¡Hubiera sido un norte tan hermoso...!

Me agacho a coger la maleta y escucho la voz del ángel de ojos verdes detrás de mí.

—¿Volveré a verte?

La abrazo e inhalo por última vez el perfume con esencia de limón en su cuello suave, aspiro su pelo de heno. Juntamos nuestras mejillas. Descubro la tristeza fluyendo por su cara. La limpio con un beso. Recoge el pelo detrás de su oreja; se escapa de nuevo; esta vez soy yo quien vuelve a recluir al mechón rebelde. No he cumplido mi promesa, dice. No te he ayudado a buscar tu norte. Quizá porque temía que lo encontraras lejos, o porque, en el fondo, deseaba que te olvidaras de seguir buscando, dice.

—Muy pocas personas me han ayudado como lo has hecho tú... Nunca podré agradecértelo lo suficiente.

—Me conformaré con saber que te va bien.

Salgo al aparcamiento y empiezo a desandar por la 43 el camino recorrido unas semanas atrás en el coche del reverendo Stevenson. Oigo el runrún de un motor a mi lado. Es el gorila calvo.

—Sube, tardarás una eternidad en llegar a tu coche.

Cruzamos sobre la I-35. Observo el tráfico constante, coches en ambas direcciones, como si fueran las gotas de un río, como las lágrimas de Nicole... Todos distintos, todos individuales; todos juntos, formando una corriente. El fluido que transporta la ruta santa de Isaías, la vena a la que parece haberse unido mi leucocito, mi salvación, mi norte...

Mi Judit.

El Pontiac Bonneville de Juan Alberto permanece intacto en el aparcamiento de la iglesia de Stevenson. Paseo la mirada por los campos de juego, por la fachada blanca, por la senda entre árboles que va a parar al motel. Parece que haya transcurrido una eternidad desde que salí de allí en el coche del reverendo. Me gustaría pensar que me he convertido en alguien diferente; sin embargo, sigo siendo el mismo falóforo de entonces.

La puerta de la iglesia, abierta, invita a entrar. El olor del barniz de las paredes, de los bancos, del suelo, activa en mi memoria los recuerdos de la última vez que estuve en este lugar; cuando Stevenson casi se ahoga con su propia congoja y la reverenda pareció comerse una sopa de pilas alcalinas. No hay nadie en la nave. Me siento en la primera fila, aprieto los párpados y recuerdo el verde de los ojos de Nicole, el azul de los de Judit convertida en una santurróna de figura excitante, el plateado del pelo del reverendo Stevenson, el negro del descampado nocturno, el sonrosado de la desnudez de la pastora de las buenas tetas...

Y no pienso en el blanco sucio del moho del queso viejo, no pienso en el marrón apestoso de las lechugas podridas, no pienso en el amarillo diarreico de una cuña de hospital...

La pastora de las buenas tetas no soportaría la más benévola de las comparaciones al lado de Nicole... Gracias al ángel del Pink Drink, me he vuelto inmune a su desnudez.

Los pasos cortos y la voz aguda de Maggie, detrás de mí, me devuelven al presente:

—¡Vaya! Usted por aquí de nuevo...

Dirijo la vista a su espalda, ha entrado sola.

—Mi marido no vendrá hasta la noche, después de su sesión de *jogging*.

*Jogging*... En el descampado del parque, supongo.

Maggie Stevenson es una mujer rechoncha; de cara amplia con forma de pan y sonrisa fácil. La candidez le rebosa por los ojos, la amabilidad por los

gestos, y la educación por sus palabras.

—¿Quiere usted un café?

—¿Qué fue de Judit después de la batalla del Pink Drink?

—Le atizaron a usted una buena... ¿verdad, joven?

Poso instintivamente la mano en la zona de la cabeza que me curó Nicole. Recuerdo al ángel de ojos verdes y el pecho se me aprieta.

—Vi a Judit allí. ¿Salió ilesa?

—¿Qué piensa que somos? ¿Unos camorristas? En cuanto esos energúmenos se ponen violentos, nosotros nos retiramos. No sin defendernos, claro. Tenemos nuestros derechos. Pero la violencia no es nuestra fuerza, nuestra fuerza es...

Horror... Las pilas alcalinas se han recargado.

—¿Dónde está ahora?

La ingenua esposa hincha su amplio pecho y, antes de que ese par de globos salgan volando, suelta el aire en un gran suspiro.

—Ya se lo dije: en su sesión de *jogging*.

No sé si no me entiende, no quiere entenderme o es tonta hasta la exasperación...

—¡Me refiero a Judit!

—Creo que iré a por unas tazas de café...

La señora Stevenson desaparece por la misma puerta por la que apareció el día que la conocí. Regresa al poco rato con dos tazas humeantes precedida del aroma de ese aguate que llama café.

—Usted también me ve como una paleta de pueblo que no se entera de nada, ¿verdad? —dice al alargarme la taza.

—Un café delicioso...

—Cuando usted apareció, mi marido se puso muy nervioso. Se volvió esquivo y malhumorado... Por ahí dicen que ha estado usted alojado en ese lugar...

Doy un sorbo a esa cosa amarga y parduzca de mi taza.

—¿Es lo único que busca? ¿A Judit? ¿No lo han traído esos pervertidos para algo más?

—Señora Stevenson, yo no...

—No sé qué amenazas ha lanzado contra el reverendo; pero el día que usted llegó, podría decirse que se quedó como si hubiera visto al diablo. Desde entonces, no es el mismo. ¿Por qué no nos deja en paz? Sólo somos gente que lleva la Palabra del Señor a las personas que lo necesitan.

—Escúcheme bien, señora... ¡Yo sólo quiero encontrar a Judit! ¿Es tan difícil entender eso?

Abandono la taza sobre el banco y me dirijo a la salida. Entonces me topo con los ojos aterrados del reverendo. No me había dado cuenta de que fuera tan tarde como para que Stevenson hubiera terminado con su sesión de *jogging* sobre la reverenda de las buenas tetas.

—¿Qué hace usted aquí? —dice.

Intenta deducir, en los gestos de su mujer, si he soltado la bomba que llevo dentro.

—Lo mismo que el otro día, reverendo. Busco a Judit.

—Desapareció después de lo del Pink Drink. Creí que se había largado con usted. Sin embargo, veo que los rumores de dónde se ha alojado durante este tiempo parecen ciertos.

A pesar de que le tengo cogido por los huevos, no puede evitar el reproche.

¡La pureza ante todo!

Y, dónde va a parar, siempre es más puro que contemplan tus nalgas desnudas e indignas las bucólicas hojas de un árbol del bosque a que lo hagan decenas de espejos en la Suite Romántica de un lupanar. Se trata del mismo culo patético; lo que cambia es quién mira.

La viga en el ojo...

—¿Cómo es que ves la paja en el ojo de tu hermano, y no adviertes la viga en el tuyo? San Mateo.

El reverendo Stevenson se queda boquiabierto, sonrojado hasta las orejas mientras Maggie sonrío benévola y sacude la cabeza. Creo que ni siquiera se había planteado que pudiera conocer la Biblia.

—Mi marido, señor mío —dice—, tiene el ojo limpio como un manantial. Sí... como un manantial de mierda, pienso.

Pero guardo silencio.



Judit ha desaparecido de nuevo.

El reverendo Stevenson, con tal de verme partir lejos de su parroquia, de su pueblo... de su estado, me ha facilitado un listado de todas las iglesias evangelistas que siguen la profecía de Isaías; además, para que no vuelva a perderme, las ha marcado en mi mapa con minuciosidad de cartógrafo profesional.

Conduzco sumergido en la música *country* que emite la radio. Minneapolis se extiende a un lado y a otro de la carretera, y provoca que el enjambre que acude a esta hora a los panales de oficinas del centro se pose en la I-35W. No me importa el atasco, no tengo prisa. Delante de mí, un autobús amarillo lleno de chiquillos aguarda a que se reanude la marcha. Los críos saludan y me hacen muecas desde el cristal trasero mientras esperamos parados en un puente sobre lo que, según mi mapa, debe de ser el río Misisipi. Nunca dejará de asombrarme la cantidad de agua que encuentro por todos lados en este país.

Busco otra emisora en la radio, algo que me acompañe más que la música *country*, cuando, de repente, el viejo Pontiac se bambolea como si una mano gigante lo sacudiera. La carretera y el autobús amarillo de delante han desaparecido. El asfalto se inclina, la parte trasera de mi coche se eleva y me permite distinguir de nuevo el autobús, abajo, sobre un fragmento de hormigón que pronto arrastrará la corriente. Todo ha ocurrido en décimas de segundo. Nadie parece reaccionar todavía, como si viéramos una película, como si no fuera con nosotros. Hasta que se abren las compuertas que los contenían y un millón de gritos se escapan del autobús, saltan de los otros vehículos, huyen de las cabinas de los camiones. Salgo del Pontiac y, sin que me dé tiempo a pensar en las posibles consecuencias, gracias a que no lo hago, salto al escalón que ha quedado a ras de las aguas; sobre él, un contenedor amarillo lleno de angustia infantil. Los niños lloran, los mayores que viajan con ellos apenas pueden calmarlos. Todo son gritos, llantos,

quejas, súplicas. Por suerte, no ha volcado y no parece que se hayan producido heridos graves. Uno a uno, extraigo a los críos del autobús y los encaramo al nivel donde he dejado el Pontiac. Después de salvar al último de ellos, escalo yo. Me incorporo, levanto la vista y todos, rodeándome, sonrían con gestos agradecidos. Todos aplauden, todos me abrazan. La profesora de gimnasia aprieta sus curvas contra mí y me besa los labios.

Y yo no necesito pensar en riadas de barro, no pienso en lluvias de granizo, no pienso en tormentas de arena...

Ahora me he convertido en un héroe que no necesita toda esa falsa mierda argentina.

Pero todo es mentira...

Los bocinazos de detrás consiguen que vuelva a la realidad, el autobús amarillo hace rato que desapareció de delante y ahora soy yo quien provoca el atasco.

Han transcurrido ya dieciocho meses desde que ocurrió todo aquello. Lo leí en su día en el periódico, a miles de kilómetros de aquí, cuando este paraje me resultaba tan lejano como cualquiera de los demás planetas del Sistema Solar: el puente se desplomó entonces; los críos fueron salvados entonces; los héroes, condecorados entonces; y la carretera, reconstruida después. Exactamente en el mismo punto en el que me encuentro, el de la fotografía en la portada de La Verdad de Albacete.

Me pregunto qué se sentirá al conseguir salvar a un crío.

Me pregunto cómo será eso de ser un héroe.

Si será igual que en los sueños.

Igual que en el que yo los salvo...

Por cada cien mil nacidos vivos, mueren siete madres y pico.

Nina jamás jugaba a la lotería. Alegaba que las posibilidades eran tan pequeñas, que no merecía hacer ricos a otros con el dinero de uno. Yo siempre insistí en que por qué no, que a alguien le habría de tocar...

A Nina le gustaron las matemáticas de primero, cuando estudiamos la teoría de probabilidades. Desde entonces, siempre andaba calculando qué opciones eran más factibles. Por eso, cuando le diagnosticaron un embarazo arriesgado, ella cogió su calculadora y me hizo ver que no pasaba nada...

Me pregunto si hizo trampas.

Daba igual. Con tan sólo una posibilidad a su favor entre mil, entre un millón, ella hubiera seguido adelante. Aquella fue su única apuesta.

Si no fuera por la muerte, decía, cualquier nacimiento se convertiría en una tragedia.

Así pensaba la antigua gorda del prurito en el culo.

Le hubiera prestado el tarugo a cualquiera; así que, si hacía falta, le prestaba la vida a su hija, a mi hija... A nuestra hija.

Se llamaría Mélani. Nina tomó la decisión con la esperanza de que la pequeña tuviera la misma suerte que la actriz. Quizá, así, se evitaría cancioncillas alusivas a su trasero. Creía firmemente que los nombres marcan las vidas, y, según sus propias palabras, el de Chonín venía con el tarugo de serie. Mélani, además, rimaba fatal... tanto mejor.

A la pequeña no pude echarla de menos... Igual que apareció en mi vida de modo sorprendente, salió de ella. Y Chonín, que ya no era Chonín, ni Nina, sino la madre de Mélani, no la dejó ir sola. La acompañó para que nadie, fuera donde fuese, se atreviera a cantarle la canción del picor en el culo.

A ella no...

Jamás a Mélani.

Siento no haberla querido mejor. Supongo que Nina siempre sospeché que, a pesar de los años, nunca olvidé a Judit. Pero la portadora del tarugo, igual que el Bombachos, supo conformarse con las pequeñas cosas que la vida le ofrecía. Y nuestra breve convivencia fue el mejor de los regalos, coronado por siete meses de una ilusión desconocida hasta entonces por ambos. Si me paro a pensarlo, tampoco está tan mal terminar en el mejor momento... Aunque uno nunca esté preparado para morir.

Me pregunto qué sentiría si los hubiera podido salvar...

Si cualquiera de mis órganos hubiera servido...

Me pregunto qué se sentirá siendo un héroe...

Con Chonín y Mélani no hubiera sido heroísmo. Sólo amor. Y eso, la verdad, no tiene mérito.

Stevenson me habló del movimiento *Light the Highway*. Ilumina la autopista. Claro, que también se podría traducir como alumbrar la autopista, y, así, parecería el lema de un cartel de la DGT. Aquí, en Minneapolis, es donde todo comenzó: los evangelistas de la I-35. No se me ocurre mejor sitio para empezar a buscar a Judit Detengo el coche y observo la callejuela estrecha en la que me he metido.

Tengo que dejar de pensar en otras cosas mientras conduzco... No sé a dónde he llegado. Mirando hacia afuera, podría pensarse que he conducido hasta Japón. Suerte que existe un océano por medio y no puedo albergar dudas al respecto. La mayoría de la gente que circula por la calle es de ojos rasgados y pelo negro y lacio. El ambiente expele una especie de optimismo colectivo. Parece que todos se dirigen a un mismo punto. No tengo otra cosa que hacer, o sea, que no encuentro motivos para no indagar a qué viene tanta alegría. Y, quién sabe, quizá se me contagie un poco; no me vendría mal. La gente comienza a apelotonarse en la acera de una calle, todos miran en una dirección, como si esperaran a un desfile. Una niña que vende caramelos tira de mi chaqueta desde abajo; compro uno, más porque me deje en paz que porque me apetezca; desenvuelvo el papel, mirando en la misma dirección que todos los demás; y, cuando voy a propinarle el primer lametón, veo a una joven japonesa —o china, o coreana, no sé— que camina por el centro de la calle, chupando un pirulí con la forma perfecta de un pene erecto. El instinto provoca que me fije en mi caramelo y descubro entre mis dedos una irreprochable reproducción a escala de una minga de fresa cuya punta ya toca mis labios. Como si hubiera metido los dedos en un enchufe, sacudo la mano y el cilindro de azúcar sale volando al centro de la calzada y desaparece bajo el pie de un oriental de ciento diez quilos.

Y yo pienso en zapatos de tacones rotos, en deportivos All Star con agujeros, en botas de Cow boy malolientes...

A pesar del sudor y los temblores, puedo distinguir una carroza que se aproxima. Las voces que la preceden, las voces que la portan, las voces que la siguen con devoción, crecen a ritmo de paso de Semana Santa. Se puede percibir el soniquete. Algo así como Kanamara Matsuri. La gente a mi alrededor inicia un movimiento pendular que intenta seguir el ritmo de la cantinela. Cientos de ojos rasgados esperan, algunos occidentales, también. Por el centro de la calle, una mujer enorme, casi esférica, y pelo lacio de rata grasienta, chupetea otro pirulí que sería la envidia del más dotado de los actores porno en ejercicio. Un escalofrío recorre toda mi columna vertebral y, después, se extiende por el resto del cuerpo.

Por fin, puedo divisar la carroza. Unos quince costaleros pasean el trono.

Me froto los ojos. Vuelvo a mirar. Compruebo que no me he equivocado: se trata de un enorme... ¡falo erecto! Un miembro de dos metros moviéndose arriba y abajo, al ritmo monótono que marca la música de los sonrientes costaleros. Sólo se escucha el Kanamara Matsuri de la gente. El sudor empapa mi ropa al instante. Las manos me tiemblan. Mi pulso se convierte en una

pelota de *squash* que rebota entre mis sienes. Kanamara Matsuri. Quiero huir, salir por donde vine, pero la multitud no me permite desandar un solo paso. Empujo, esquivo. Kanamara Matsuri. Es imposible. Todos gritan sonrientes y fervorosos Kanamara Matsuri. Todos desean aproximarse al falo santo. Kanamara Matsuri. Todos vitorean al dios de la fertilidad. Kanamara Matsuri. Kanamara Matsuri. Kanamara Matsuri...

Me resulta imposible evitar que mi garganta estalle.

De repente, sólo soy un grito empapado en sudor y lágrimas. La gente se aparta temerosa del loco y por fin alcanzo un rincón lejos del cántico. Me acurruco, escondo la cara entre las piernas, me protejo la cabeza con los brazos...

Y lloro...

Lloro sin poder controlarlo...

Lloro y pienso en Judit.

¡La echo tanto de menos!

El falo gigante pasa de largo y la fervorosa procesión lo sigue devota. Poco después, la calle se despeja. Me seco las lágrimas con el borde de la manga y vuelvo a incorporarme con las piernas aún temblorosas. Encuentro un cartel frente a mí que anuncia habitaciones en alquiler. No parece el barrio más apropiado para mis fobias, pero mi exhausto cuerpo no va a conseguir andar una manzana más. Necesito un colchón y una botella de tequila; cerrar los ojos y recordar a Nicole... a Judit... a Chonín... a Mélani...

A todas ellas...

A ninguna...

Entro a una sala recargada de granates y dorados. En el mostrador, junto a un dragón de cerámica y un expositor de postales, otro de pequeños pirulís fálicos erectos amenaza con romper de nuevo mis nervios. Le doy la espalda e imagino cagadas de perro pisoteadas en la acera, cagadas de paloma en el hombro de un abrigo de cachemira, cagadas de cabra en un bol de cereales achocolatados... Un enorme alarido me saca de mi ensimismamiento escatológico. Miro hacia la trastienda y una puerta entreabierta me permite distinguir a un niño de ojos rasgados grande, inflado, redondo como un globo aerostático; un luchador de sumo infantil. Grita al oído de una niña de no más de un año. La pequeña rompe a llorar con el mismo desconsuelo con el que lo hacía yo unos minutos antes en la calle. Conozco bien esa reacción, ese miedo incontrolado. Aunque me cueste varios huesos rotos, acudo en amparo de la japonesita; en auxilio de la joven Chonín, de la pequeña Mélani... Totalmente dispuesto a endosarle dos sopapos, tres si el factor sorpresa me lo permite, al

pequeño gorila oriental; pero, en ese mismo instante, aparece una mujer sonriente y solícita detrás del mostrador. Tiene la cara llena de arrugas, los ojos con forma de cejas y tres o cuatro dientes amarillos que podrían servir perfectamente para abrir latas de sopa, queriendo escapar de su boca. Se da cuenta de mi preocupación y sonríe. No inquietar, dice. Practican concurso llanto bebé, dice. Todas las fiestas Dios Fertilidad hacen. Seguro que ha podido disfrutar procesión, dice mientras toma un pirulí fálico por el palo y me lo ofrece con generosidad, animándome con movimientos de cabeza a que lo coja.

Lo rechazo con un gesto de la mano, sin querer mirarlo directamente.

Es gratis, dice. Fiestas comunidad Japón. Sintoístas, dice. Hace tres años japoneses emigrantes fundamos templo. Es bueno traer religión. Ande, tome, hoy felices. Es gratis, tome.

—¿Tiene una habitación?

La vieja japonesa guarda los abrelatas detrás de un morro plagado de arrugas. Sus estrechos ojos ya no muestran amabilidad. Cincuenta dólares más diez por sábanas, dice. Parece disgustada porque seguramente, ha adivinado que su Dios de la Fertilidad me causa cierta repulsa. Alarga el llavero llamándome antipático con la mirada. Por esa escalera, dice. Primera planta, derecha, dice. No permitido molestar, dice mirando a la botella que sujeto en la mano. Si mucho ruido, a la calle, advierte. No hago caso, desaparezco escaleras arriba con mi macuto y mi botella de tequila. Necesito un relax. Mañana decidiré mi próximo paso. Este barrio necesita evangelización.

Con suerte, Judit no andará lejos...

Por la mañana, la calle parece distinta. Sigue imitando a una del centro de Tokio; pero, ahora, los coches circulan a un lado y a otro, los comercios han abierto sus persianas, la gente anda por las calles como un día de trabajo cualquiera.

El luchador de sumo infantil se divierte con la pequeña a la que ayer hacía llorar. Ambos juegan en la acera, abrazándose, riendo, disfrutando. La escena contrasta con la de la noche anterior en la trastienda. Se les ve felices, quizá consiguieran el primer premio, no sé. No obstante, si yo fuera esa niña, huiría despavorida del pequeño globo aerostático japonés.

Minneapolis es una ciudad grande y no se me ocurre por dónde empezar. Los dos niños detienen su juego para observar al extraño. Seguramente la vieja ya los haya prevenido contra mí: infiel e irrespetuoso. Los miro desde mi altura y le pregunto al gorila púber hacia dónde cae el norte. Señala calle arriba sin pronunciar una palabra; echo a andar sin más, sin rumbo determinado; o, mejor pensado, con rumbo fijo, el único posible: el norte. Mi norte.

Tras recorrer un par de manzanas, encuentro dos templos compitiendo por feligreses puerta contra puerta. Uno a cada lado de la calle. En el oeste, una pulcrísima iglesia evangelista de fachada blanca invita con una gran pancarta sobre la puerta a conocer a Jesús. En el este, algo más colorido y, por qué no decirlo, festivo, el templo del Dios de la Fertilidad no invita a nada que no sea a...

Cactus de enormes púas, matas de esparto secas, diente de león pisoteado...

Alguien que debe ser un monje me toca en la espalda y me sonrío. Al mismo tiempo, mueve la cabeza arriba y abajo como si su cuello fuera un muelle. Con un gesto amable, extiende la palma de su mano hacia la puerta del templo.

—Todos son bienvenidos al templo.

Declino la invitación. El monje insiste, yo continúo negándome. Por fin, parece ceder, pero no pierde su sonrisa.

—Sólo quería ser amable —dice con una perfecta pronunciación—, no vaya a creer que quería convertirle. Eso lo dejamos para otros... —dice mientras no puede evitar un ligero vistazo a la acera de enfrente—. Para nosotros es una alegría mostrar nuestro modesto templo. Lo construimos por suscripción popular de la comunidad sintoísta. Todos nos sentimos muy orgullosos de él.

El tipo tiene un don. Su mirada y su sonrisa son limpias; atraen. De repente, me descubro a mí mismo explicándole cuál es el motivo por el que no deseo, no puedo, entrar en un templo donde se adora a un gran falo erecto. Me observa atento. Ni siquiera ha esbozado esa media sonrisa socarrona que se le dibuja en la cara a casi todo el mundo cuando conocen mi fobia principal. Cuando termino, baja la vista al suelo, luego la vuelve a elevar a mis ojos, extiende una mano hacia mí y me dice:

—No existe mejor Dios que éste para rezar por su mal. Comprendo que usted no pueda hacerlo. Le tendré en mis oraciones.

Se lo agradezco y el monje desaparece dentro del edificio de la acera este.

Yo cruzo la calle en dirección al recinto evangelista. Una iglesia como todas las que ya he visto hasta ahora. Puede cambiar el tono de la madera, el color de algún pequeño adorno, la especie de flores que adornan el púlpito; pero no difiere de los demás.

Los reverendos deben de ser gente poco ocupada, o es que acechan a los visitantes para captarlos como clientes. El caso es que nunca faltan de su iglesia. Excepto algunos, para sus «sesiones de *jogging*». Este pastor parece algo distinto a los anteriores. Sonríe, me saluda con un discreto gesto de la cabeza, y continúa con sus oraciones sin levantarse del banco en el que permanecía sentado hasta que se da cuenta de que no he entrado a meditar, sino a hablar. Se acerca a mí con la mano extendida para presentarse.

—Soy el reverendo Lance. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Busco a alguien que sigue el movimiento *Light the Highway* y no sé por dónde empezar...

Lance tuerce el gesto. O bien es el mismo fastidio de los anteriores al oír a la competencia, o no le gusta tal movimiento.

—Esta iglesia no participa de ese movimiento...

—¿Podría indicarme cómo llegar a alguna de ellas?

—Puede dirigirse al sur, cruzar Central Avenue y seguir por la 5 hasta que la I-35 le corte el paso. Allí encontrará la iglesia de la reverenda Stacy. Estoy



seguro de que ella estará encantada de informarle.

Quiero agradecerle la información —y el hecho de que no haya intentado convertirme a su causa— con un billete de veinte dólares para el cepillo, pero él lo rechaza amablemente. No se preocupe, joven, dice. Si vuelve usted para el servicio, dice, le aceptaré ese dinero para ayudar a la parroquia.

Me gustan el reverendo Lance y el monje sintoísta. Los dos hablan de modo pausado, sin levantar la voz, sin falsas alharacas. Me los imagino a los dos sentados ante dos tazas de café, o de té, o lo que sea, charlando sobre sus religiones. Sin intentar convencer al otro, sino aprovechando lo bueno que tienen enfrente... Estoy seguro de que Lance tiene mucho más en común con el japonés que con el reverendo Johnson. Será cosa de la vecindad.

Cuando alcanzo el quicio de la puerta, lo oigo a mi espalda. Joven... dice. Vuelvo la cabeza para escucharlo. A Dios no se le encuentra en una autopista, dice, sino en nuestros corazones. Ten eso en cuenta, dice. Asiento y salgo de la iglesia. La voz de Lance posee un efecto apaciguador, como si ralentizara la sangre. Ahora, sin saber muy bien por qué, me siento más tranquilo, andando de nuevo calle abajo. Hacia el sur.

A Dios no se le encuentra en una autopista...

Ni al norte, en el Ártico.

Quizá fijamos nuestros objetivos en un punto físico para mantenerlos enfocados. Quizá, mirar dentro de nosotros mismos sea tan difícil como divisar el infinito. Quizá, por eso, existan tan pocos Lances en este mundo.

Mi norte se halla en Judit... donde quiera que ella esté.

El norte de Nina fue Mélani. Y, al final, se fue tras él, como todos deberíamos hacer. Ellas dos ejercieron un poder magnético que consiguió que mi brújula se engañara durante aquellos meses. Después de enterrarlas, la aguja se volvió loca. Sin el magnetismo cerca, no sabía hacia dónde apuntar; no podía guiarme a puerto. De manera que llegué a asumir que lo que ocurría realmente es que no existía un puerto al que arribar y dejé pasar los días, los meses; los años...

He alcanzado el cruce de la cinco con la novena avenida y lo único que he encontrado ha sido un puesto de perritos calientes que le viene muy bien a mi estómago vacío, pero ni rastro de la iglesia de Stacy. A mi derecha, la I-35, indiferente, conduce a cada cual a su norte. Me dispongo a preguntar, cuando diviso a un grupo haciendo corro, a la sombra de uno de los árboles que cobijan la valla que guarda la senda profética. Al acercarme, escucho con

claridad algo que empieza a resultarme familiar. Es el ritmo y la cadencia evangelista. Las mismas palabras, idénticas expresiones, lugares comunes a una religión. Frases que, al menos, consuelan a unos pocos. Es el corro de siempre, el de Willow River, el de tantos otros sitios. Todos clónicos. Alaban al Señor y a su profeta Isaías. Dan gracias a Dios y prometen librar Su camino de impurezas.

Me alegro de oír eso...

Judit debe de andar cerca.

Espero con paciencia a que acaben, a cierta distancia, saboreando mi perrito caliente. Intento mantener a raya los nervios que se producen cuando uno intuye su norte cerca. Mi cuerpo recurre a todos sus tics para aplacarse. Me mancho de mostaza, me rasco la cabeza, me rasco la barba, me rasco la entrepierna... Esto último sienta mal a uno de los oradores. ¡Eh tú!, grita. ¿Qué coño crees que haces? ¡Te vas a descojonar de tu puta madre, hijo de puta!, grita, de modo muy evangélico, eso sí. Intento disculparme, dar una explicación, pero el tío ya me ha enseñado la placa y las esposas y me aplasta la cara contra la santa valla de metal que protege la I-35 mientras me cachea. Los demás le apaciguan, pero él, dice, está harto de gracioso. No debimos salir por la tele, dice. Entonces, escucho de nuevo ese lejanamente familiar acento inglés erosionado. Mis manos, en la espalda, se tensan, las venas podrían hacer saltar las esposas.

—Déjalo, Joe —dice—. Es un viejo amigo. No pasa nada, sólo me esperaba.

Las orejas de Joe parecen enrojecer aún más, aunque obedece sumiso, me suelta las manos, se agacha y recoge del suelo el trozo de perrito caliente que me quedaba mientras intenta esbozar una disculpa. Algo que debe de resultarle muy difícil a este evangelista con forma de armario.

—Lo siento, tío.

Pero no le escucho; no hago caso a cómo intenta limpiar los restos de tierra de la salchicha con mostaza.

Mi brújula ha encontrado dónde apuntar y por fin lo tiene al alcance.

Justo frente a mis ojos.

Los ojos del azul del cielo manchego de Judit.

—¿Qué te trae a este lado del mundo?

La misma pregunta que me formuló su padre. Querría contestar, pero apenas puedo articular una palabra. Han pasado treinta años por nosotros y ni un solo minuto por esa pregunta. Judit es la misma de entonces; es cierto que ahora, contradicciones de la vida, está más buena; pero sigue siendo mi

pequeña ballena rubia. Confiada y segura de sus actos, de cada sílaba que pronuncia. No digo nada. Sólo levanto una mano, despacio, para evitar temblores; la palma mirando hacia mi cara. Me la acerco a la boca y escupo sobre ella. Después, todavía en silencio, la extiendo hacia Judit. Joe vuelve a tirar el perrito, no puede evitar que el asco le rebose el gesto. Mi pequeña morsa rubia observa mi mano, esboza una sonrisa y escupe sobre la suya. Cuando ambas salivas se unen, Joe es incapaz de aguantar un ¡Oh, Dios...! Me voy a trabajar...

El apartamento de Judit se compone de un salón que cumple con la función de comedor, cocina y dormitorio; y un baño que, por suerte, se encuentra aparte. La ventana, junto a la puerta, se asoma a al mismo balcón que las entradas del resto de los vecinos. En el interior, un sofá cama, cubierto con una colcha de cuadritos de punto cosidos que parece confeccionada de retales. Delante, una pequeña mesa y un televisor minúsculo. Al otro lado de la cocina, una estantería sostiene un buen número de tomos. Me acerco a echarles un vistazo: varias biblias, un par de catecismos, «la psicologización de la Iglesia», «La imposibilidad del agnosticismo»... Cuando estoy a punto de renunciar a encontrar nada interesante, un viejo lomo azul con letras blancas llama mi atención. Lo abro con cuidado, como temiendo romper un incunable. Por mi cabeza desfilan imágenes de pantalones cortos, Chonín, las camisetas amarillas de Judit, deliciosos botellines de leche. Casi siento vergüenza al recordar mis lecturas de adolescencia. Mientras leo la dedicatoria, me doy cuenta de que Judit ha salido del baño y permanece quieta, junto a la puerta, observándome.

Es agradable volver a ver esos ojos azules, cristalinos. Ninguno pronunciamos una palabra.

—¿Hablamos en inglés o en español?

Me encojo de hombros, con esa sonrisa boba de lector de Martín Vigil.

—¿Quieres tomar algo?

—Una cerveza no me vendría mal.

Nada de alcohol. Tengo que conformarme con una botella de R&C. Ambos miramos al suelo, miramos al techo, miramos tras los cristales de las ventanas. A todos lados menos a los ojos del otro.

—Te preguntarás qué hago aquí...

—Estás aquí porque es designio de Dios.

—También podría ser del diablo, ¿no crees?

Se santigua, las manos le tiemblan. Algo le ha hecho perder toda la energía desplegada instantes antes, frente al rebaño evangelista; la que mucho

antes mostró frente a Chonín y el coro cantor del patio del colegio.

Le pregunto por qué huyó de mí en Willow River. Ella sonríe y saca unas patatas fritas de la parte de la pared que cumple con la función de cocina. Aquí no se pueden conseguir morcillas de orza, dice, pero la leche es mucho mejor. El silencio es embarazoso; en realidad, hace casi treinta años que no nos vemos. Observo la palma de mi mano, ahora seca. Recuerdo aquel escupitajo, aquellas salivas mezcladas, aquel primer morreo; la seguridad junto a Judit. Levanto la mirada y la descubro releiendo la dedicatoria del libro. Parece que la hubiera escrito unas horas atrás. «A mi hermana de saliva, para que no me olvide nunca. Hércules». Pasa la página y vuelve a leer. También sé lo que hay escrito, aunque aquel día no me permitieron leerlo: «A la rubia. El Bombacho y yo no te olvidaremos. Gracias por dejármelo. Chonín».

—¿Qué ha sido de ella?

—Se casó, quedó embarazada y murió de parto. Hace años.

Dibuja un gesto de dolor, casi de culpa, como arrepintiéndose de todos aquellos puñetazos.

—¿Y tú?

—Me casé, mi mujer se quedó embarazada y murió en el parto. Hace años.

Judit se queda con la boca entreabierta, acariciando con la yema de los dedos las firmas del viejo libro. Sus ojos se inundan, la barbilla inicia un leve temblequeo hasta que no aguanta más y se abraza a mí. Lo siento, solloza. Lo siento muchísimo. Chonín era una buena chica. Mi hombro, empapado, sujeta la barbilla de mi norte. Mi mejilla recibe el consuelo de mi norte. Mi cuerpo entero, abrazado por mi norte. Aparto la cabeza, enfrento su mirada con la mía. No puedo aplazarlo más. Mi boca se funde con la suya. Es un beso silencioso, tan largo como todo el tiempo que ha pasado desde la última vez que lo hicimos, loco por recuperar todos los años perdidos.

Por fin nos separamos y continuamos mirándonos. Yo no podría separar mi mirada del azul de mi tierra que guarda la suya.

Por esto, dice. Por esto huí, dice.

—¿Qué tiene esto de malo?

—Yo, ahora... Tú... Contigo no podría... Hércules, tú...

Eso de la I-35 es una gilipollez, digo. ¿No te das cuenta?, digo...

Intento abrazarla de nuevo. Pero el error ya se ha cometido. Me empuja contra el respaldo del sofá y se levanta hacia la puerta. La abre y me espera. Será mejor que te vayas, dice. Disculpas de todas las formas y colores salen

de mi boca, pero no llegan a su destino. Judit no quiere que siga allí. Alcanzo la puerta y acaricio su mejilla con el reverso de mis dedos.

—Lo siento, Judit, no quería ofender a...

—No es por eso, Hércules... Es mejor que los dos reflexionemos esta noche y hablemos mañana. ¿De acuerdo?

Me alejo del apartamento de Judit como quien se aleja de su norte. Sé que es por poco tiempo, que en unas horas volveré a tenerla delante, que mi brújula sabrá a dónde apuntar.

Sé que estoy salvado.

Duermo como alguien que no hubiera descansado durante días... durante años, y esa noche no me levanto a orinar y siento una erección, pero no me veo obligado a pensar en pequeñas víboras, ni en alacranes, ni en arañas venenosas... Mi norte se encuentra muy cerca.

Ella me protegerá...

Una sacudida violenta y unos vozarrones ásperos me despiertan. Consigo abrir los ojos y veo sobre mí la furiosa mirada de Joe, justo antes de que me dé la vuelta sobre la cama para esposarme de nuevo. Bocabajo, con la cabeza de lado, distingo a la dueña japonesa de la pensión, con la llave maestra en la mano, asintiendo; confirmándose a sí misma que alguien que falta al respeto al Dios de la Fertilidad rechazando sus caramelos fálicos no puede ser fiable.

—¿Qué es lo que ocurre, Joe?

—¿Dónde está, desgraciado? ¿Qué has hecho con ella?

—Tranquilízate. No sé de qué me hablas. Yo he pasado aquí toda la noche, ella puede decírtelo.

Señalo a la dueña de la pensión. La vieja asiente. No oculta su decepción cuando ve que gracias a su testimonio, Joe me suelta las esposas.

—Vístete, te espero abajo.

Judit ha desaparecido, dice. Esta noche ha cogido su ropa y sus libros y ha dejado el apartamento. Tiene que haberle ocurrido algo, dice. Ella no se iría sin despedirse de mí...

Ahora entiendo la irritabilidad de Joe...

—¿Cuánto llevabais juntos?

—Unos meses, pero es como si la conociera de siempre. Ella...

Observo de nuevo la palma de mi mano. Comprendo a la perfección lo que Joe no sabe explicarme.

—La conocí en Willow River, en una convención. Esos ojos azules... El púlpito del reverendo Stevenson pareció convertirse en el cielo. Algunos aseguran haber percibido el aura de Judit y los ángeles iluminando sus palabras. Después del servicio la invité a cenar sin esperanza alguna. Imagina cuál fue mi sorpresa cuando accedió. Luego, la llevé a un local de música *Country*, pareció muy complacida, así que, volvimos la semana siguiente, y la siguiente...

Tres veces...

Judit se aficionó al *Country*, a Joe, a sentirse, por una vez, protegida por ese hombretón.

—Se ha ido, Joe... es sólo que la llevaste a bailar tres veces y ella...

Entonces, dos lágrimas inician un camino descendente desde seis pies de altura, dejando un rastro húmedo en unas enormes mejillas sonrosadas. Un pudor tímido me invade al ver llorar a un grandullón vestido de uniforme; me doy cuenta de que este tío tiene por corazón algo más que la placa que adorna su camisa; sujeta el sombrero tímidamente con las dos manos... Aparto la mirada, disimulo, intento dejarlo a solas con su intimidad.

A la japonesa no parece haberle hecho mucha gracia. Murmura unas palabras de enfado indescifrables y nos clava su mirada de desprecio. Imagino que para ella, ver a un policía de uniforme llorar como un chiquillo es una deshonra merecedora de haraquiri.

Yo, sin embargo, entiendo. Joe necesita tanta protección como yo; tanta como cualquiera. El grandullón también tiene un norte.

Y coincide con el mío.

## 12

La radio del Bonneville deja escapar la voz de Eric Clapton cantando a su hijo, cuestionándose las mismas preguntas que yo me cuestiono todos los días, casi a todas horas. Y recuerdo a Chonín, recuerdo a la niña que nunca conocí, la que jamás sería portadora del taco rasca culos. Recuerdo a madre e hija como si hubiera convivido con ellas una vida entera.

En realidad, aquellos siete meses, fueron mi vida.

Nunca me he cruzado con Eric Clapton; sin embargo, algo más allá del contacto físico nos une. Creo que, si un día nos encontráramos cara a cara, nos reconoceríamos sin presentarnos. Agudizo el oído, aumento el volumen, escucho la música y pienso en Nina...

¿Sería lo mismo si te viera en el cielo? ¿Sabría Mélani mi nombre si me viera en el cielo?

Quizá todos los padres nos preguntemos lo mismo...

O quizá yo haya escuchado esta canción demasiadas veces.

*Would you hold my hand  
If I saw you in heaven?*

¿Lo harías, Nina? ¿Me tomarías de la mano? ¿Me enseñarías el camino?

No pude volver a dormir en el piso en el que Nina y yo habíamos compartido ocho meses de ilusión, de miedos, de esperanza. Después del entierro, abrí aquella puerta, pesada como la de un castillo, y observé todas nuestras cosas, tal y como las habíamos dejado antes de salir hacia el hospital. El mando de la televisión sobre el brazo del sofá, unos vasos usados en la cocina, la cama deshecha, el pequeño moisés esperando a un huésped que nunca llegaría... No fui capaz de resistirlo. No pude perdonar que la felicidad durara tan poco. Envidié a Nina por haber sido ella la que se marchara; casi la odié por haberme abandonado allí, solo.

*Would you hold my hand*

*Would you hold my hand  
If I saw you in heaven?*

¿Sería lo mismo, Nina, si te viera en el cielo?

Debo ser fuerte, dice Eric, y seguir adelante porque sé que mi lugar no está en el cielo, dice.

Ser fuerte...

Volví a casa de mis padres. A los pobres tampoco les duró demasiado la libertad... Toda una vida preocupándose por este hijo raro que les había tocado en suerte. Ocho meses para ellos solos en toda una vida... Tampoco estaban preparados para volver a atarse. Pude distinguirlo claramente en sus caras. Vi la resignación de mi padre al retirar sus libros y sus cuadros de mi cuarto. La de madre al volver a vestir la cama que había reconvertido en sofá. Todo en silencio, sin reproches, intentando hacerme sentir bienvenido... Acababa de perder a una familia; a una hija que no conocí. Por eso pude entender por qué lo hacían.

Ese fue el momento en el que más eché de menos a Mélani, en el que más extrañé a Nina...

¿Sabrías mi nombre, Mélani, si te viera en el cielo?

Cuando dejé caer la bolsa en el suelo de mi cuarto y salí al comedor, los dos aguardaban de pie, sin saber qué decir. Los tres nos fundimos en un abrazo, los tres derramamos las lágrimas que habíamos acumulado. Los tres reforzamos el vínculo que nos unía; ése que parece diluirse con el día a día y, sin embargo, cuando hace falta, aparece de nuevo.

Todavía no había cumplido los treinta. Viudo, profesor de inglés con academia propia y solitario... Aparte de mis padres, no deseaba cerca a nadie más. El contacto con la gente se me hacía más y más cuesta arriba. Dirigía la academia pero, cada vez, impartía menos clases. Hasta que las abandoné por completo. Los días, todos iguales, formaron semanas, meses, años...

De repente, como si hubiera ocurrido en un pestañeo, habían transcurrido casi dos décadas, disponía de un montón de pasta en el banco y mucho... demasiado tiempo. Tanto, que pude pararme a pensar y darme cuenta de que, en realidad, lo único que poseía era un apartamento que no utilizaba, un Mercedes que no deseaba, un reloj de oro parado y un enorme televisor que no encendía...

O sea, nada.

Mi brújula se hizo notar, había pasado los últimos años buscando el norte sin molestar... pero ahora necesitaba de mi ayuda. Y yo sólo conocí un norte



en mi vida. Hacía de eso tanto tiempo...

Ocurrió después de que llegara el inevitable momento en el que, de verdad, me quedé solo. Ley de vida.

¿Me reconocerías si me vieras en el cielo, madre? ¿Sería allí lo mismo, padre?

Ocho meses de felicidad en cuarenta y tres años... No se trataba de una gran cosecha...

Atiendo a la voz de Clapton. Asiento con la cabeza mientras conduzco. Si no supiera que compuso la canción para su hijo muerto, pensaría que lo hizo para mí. Es cierto, Eric, debe de haber algo más, algo detrás de la puerta, un sitio donde no hubiera más lágrimas en el cielo. Tiene que existir ese sitio para mí o, si no, Nina no me hubiera abandonado aquí. Quizá exista, pero... ¿dónde?

Mi lugar no pertenece al cielo, dice. ¿A dónde pertenece, Eric? ¿Dónde se encuentra nuestro norte?

El norte de los pelícanos, Eric. El de Juan Alberto. El de Carol. El norte de Nina, tan cerca, dentro de su vientre...

¿Habría encontrado Judit su norte también?

Suelto la mano del volante y escupo sobre ella... Hermanos de saliva. La seguridad junto a Judit, la protección.

¿Por eso te fuiste, Nina? ¿Porque sabías que Judit era mi norte? ¿Por qué no me preguntaste antes? Te hubiera elegido a ti, Nina... Aunque no fueras Judit. Me hubiera quedado contigo y con Mélani...

¿Me crees, Nina?

La academia funcionaba sola, todo mi pasado había desaparecido. Y lo echaba de menos. ¡Lo echaba tanto de menos!

Paseé por el parque, cotemplé aquel banco cerca del templete, donde acaricié el pecho de Judit, donde nos convertimos en hermanos de saliva. Me descubrí a mi mismo observando el espumarajo en la palma de mi mano. Entonces, me acerqué a Herco a comprar un merengue de fresa y lo degusté despacio, en la esquina de Vandelvira y Simón Abril, con lametazos cortos, acompasados, evocadores; mirando la placa azul de letras blancas. Una placa nueva, mucho más limpia, más luminosa; en la que alguien había añadido el nombre de Pedro.

*I'll find my way, through night and day  
cause I know I just can't stay  
here in heaven.*

Encontraré mi camino...  
Yo no pertenezco al cielo... No me lo permitisteis, Nina...  
Me hubiera marchado con vosotras.  
Sin dudarle un segundo.

*Barcelona a 18 de Diciembre de 1938.*

*Querido Laureano:*

*Espero que al recibo de la presente te encuentres bien. Aquí bien, a pesar de todo.*

*Mis padres están cada vez más convencidos de que tendremos que huir a Francia. Dicen que la guerra va mal y que no podremos volver a Albacete. Y yo, cada vez que lo dicen, me acuerdo de ti y me pongo a llorar como una Madalena. Mi padre intenta convencerme de que Francia es un país muy bonito y donde viviremos bien. Y, entonces, yo lloro más fuerte. Y él no entiende qué es lo que me pasa. A mí me gustaría poder decírselo, porque querría hablarle a alguien de ti y así parecería que estás más cerca.*

*Mi madre me obliga a salir con mis primas, y hasta la he oído, a escondidas, pedirles que me presenten a chicos para ver si me animo. Pero no te preocupes, ellas me presentan a alguno, aunque yo no les hago ni caso. Siempre te voy a esperar, como nos prometimos en la huerta de don Jesús aquella tarde. ¿Te acuerdas?*

*Ahora tengo que dejar de escribir, mi madre me espera para ir a ver si encontramos algo en el mercado.*

*Te quiero mucho, Laureano. Y nunca te voy a olvidar.*

*Besos de tu novia.*

*Uael.*

*Yael.*

Leí la carta con la ternura apretándome en la garganta. Acababa de descubrir un amor de juventud de mi padre.

La casa de mis padres, mi casa, se había convertido en un lugar extraño, tan vacía. Sin la atención al buen comportamiento de doña Llanos, sin la presencia silenciosa de padre, sumergido en uno de sus libros. Nunca fue un tipo demasiado hablador, incluso algo huraño para alguien que se dedicó al comercio durante toda su vida. Entonces, cuando faltó, me di cuenta de lo poco que conocía al viejo. Lo recuerdo sentado en su sillón, con sus gafas de concha, su vaso de tinto de barril y su libro. En realidad, él nunca pareció necesitar más.

Deslicé la yema de los dedos por varios de los tomos que guardaba en su vitrina, la que no permitía que nadie tocara ni para limpiar el polvo, su única posesión privada, su tesoro. Tomé al azar un viejo volumen del estante, el primer tomo de una antigua edición de *Ana Karenina*. Mientras lo hojeaba, pude sentir la pacífica satisfacción de mi padre cuando se aislaba dentro de sus libros. Entonces, el pasado, en forma de cuartilla amarillenta, cayó al suelo como si hubiera decidido que había llegado la hora de despertar.

Se trataba de la carta de Yael.

Exploré en el resto de volúmenes y encontré otras. Cada una en un libro distinto. Así que, en eso consistía su tesoro... en recuerdos...

Dediqué el resto del día a leer la correspondencia romántica entre mi padre y una muchacha de nombre Yael. El viejo nunca hablaba de la guerra. Supongo que mi madre jamás conoció la existencia de Yael; y, si lo supo, ambos decidieron enterrar los recuerdos entre las hojas de aquellos libros.

En *Guerra y Paz*, apareció un sobre con la letra de mi padre. Era una carta dirigida a Yael Picazo Contreras, dentro de otro sobre con una dirección en Francia. La carta permanecía cerrada y, junto a ella, una nota guardada.

*Lyon, a 10 de Mayo de 1940.*

*Querido Laureano:*

*Espero que estés bien. Aquí las cosas se han puesto difíciles.*

*Te ruego que no escribas más a Yael, ya que nos pones en serios aprietos. Ella, cuando pueda, se pondrá en contacto contigo. Por favor, no escribas más, te lo ruego.*

*Antoine. (Amiga de Yael).*

No abrió el sobre que él mismo había enviado. Supongo que sabía demasiado bien qué contaba dentro. Dudé durante unos instantes. Un sobre cerrado tantos años... ¿Sería violar la intimidad de mi padre ya difunto? ¿Tendría derecho a desvelar algo tanto tiempo guardado? Ya había contemplado su tesoro... leer aquella carta, quizá, me ayudara a entenderle mejor, a comprender sus silencios.

*Albacete a 20 de Abril de 1940.*

*Mi queridísima Yael.*

*Estoy preocupadísima porque no recibo noticias tuyas. ¿Qué es lo que ocurre? Temo por tu salud. Espero que la guerra en Francia no haya afectado tanto a tu familia como sucedió aquí. Ya es mala suerte que hayáis parado de una guerra a otra. Pero, al fin y al cabo, vosotros no tenéis nada que ver entre alemanes y franceses y espero de verdad que por fin os dejen en paz.*

*Por favor, escíbeme pronto. No puedo continuar sin noticias tuyas.*

*No hago otra cosa que pensar en ti.*

*Laureano.*

Pobre padre... pobre generación. ¿Fue Yael tu norte perdido? ¿Fue madre tu Chonín? Tan distante que parecías, padre... y tan similares que fuimos... Extrañé tu presencia silenciosa, sentado en tu sillón; tu comprensión sin palabras. Entendí tus ojos extraviados en lo que parecían infinitos inabarcables y que no eran más que pasados dementes, cicatrices dolorosas, ilusiones perdidas; tu despiste que nunca fue confusión, entonces lo supe; tus pupilas, a veces acuosas, sumergidas en sueños viejos... Mamá siempre

atribuyó tu comportamiento a que tenías tus manías y me enseñó a respetarlas. Seguramente, la impoluta, cariñosa, correctísima señora Llanos también entendía. Pero no se trataba de nada raro... ¿Verdad que no, padre? Callaste, recordaste y nos quisiste. Siempre sentí tu cariño, padre; no era necesario expresarlo con sonidos; siempre sentí tu comprensión... Lamento no habértelo dicho antes. Espero que, de todas formas, te dieras cuenta. Nos quisimos; lo hicimos a nuestra manera. Fuimos una buena familia; la única que se me permitió disfrutar, la mejor.

Entre los tres supimos crear nuestro norte.

Fue un buen norte...

Supuse que así acabó todo, que la pobre chica, con un nombre judío, sufrió lo que tantos otros, que mi padre enviudó antes de casarse. Comprendí que su herida nunca cerraría, ni siquiera tras haber conocido a mi madre.

Aunque me equivoqué.

*Kansas City, 12 de Marzo de 1969.*

*Querido Laureano:*

*Imagino tu sorpresa cuando recibas esta carta. Supongo que me has creído muerta durante todos estos años. Lo siento de veras, Laureano. Espero que comprendas todo lo que pasé. Fue tan duro que no se puede ni imaginar. Perdí a mi familia y, cuando todo terminó, no sabía qué hacer. Me casé con un soldado norteamericano que me trajo a vivir a Kansas. Todo es muy complicado, Laureano, no pude escribirte, eso es todo. Sin embargo, sí que cumplí mi promesa: nunca te olvidé. Sólo que no fui capaz de mandarte ni una nota.*

*Han pasado muchos años, sé que rehiciste tu vida. Yo todavía duermo mal, pero estoy viva y sigo adelante. Ahora, después de tanto tiempo, he vuelto a pensar en ti a menudo. Gracias a que tu madre continúa viviendo en la misma casa, he podido dar contigo. Me ha escrito una carta muy amable, y me ha pedido que no te molestara, que ahora vives bien, que tienes una mujer y un hijo de tres años nada más. Nunca es tarde si la dicha es buena, ¿verdad? Pero no he podido hacerle caso,*

*aunque sé que tiene razón. Como te he dicho, nunca te he olvidado. Y eres otro capítulo que quisiera cerrar. Pronto voy a Madrid y, quizá, visite Albacete. ¿Querías tomar un café conmigo? ¿Sólo un ratito para decirnos adiós como es debido?*

*Tu vieja amiga que no te olvida.*

*Yael.*

¿Fuiste a la cita, padre? ¿Me lo contarías ahora, si te viera en el cielo?  
¿Hubieras buscado tu norte si no te hubiéramos retenido madre y yo?

Os debía tanto a madre y a ti... Todavía seguíais aconsejándome desde donde estuvieseis...

Gracias por el mensaje, padre.

Juan Alberto Simón Abril... Cocina manchega... Don Quixote cooking...

Google no podía fallar.

Encontraré mi camino, a través de la noche y el día porque sé que, simplemente, no puedo permanecer aquí en el cielo...

Gracias a ti también, Eric.

Allá voy, Judit... a por mi norte.

Judit ha desaparecido. Ni una nota, ni una pista. Es la segunda vez que le permito escapar. Ahora no tengo ni idea de por dónde seguir. Despliego el mapa sobre el capó del coche, estudio las cruces que el reverendo Stevenson señaló sobre él. Descubro varias en Kansas City. No me había fijado antes... ¿Vivirá todavía Yael? Puesto que no se me ocurre cómo encontrar mi norte... ¿Qué tal sería conocer el de mi padre?

Conduzco en dirección a la autopista de Isaías para abandonar, quizá para siempre, Minneapolis; cuando unas luces rojas centellean en mi retrovisor. Es un coche de policía que ordena que me detenga. Aparco a un lado y observo por el espejo cómo un agente se acerca a mi ventanilla. Es Joe.

—Me han dicho en la pensión que te largas.

Pierdo la vista a través del parabrisas, contemplo los coches que circulan por el asfalto al que se ha pegado mi destino.

—¿A dónde vas?

—A Kansas.

—¿Está allí Judit?

Me encojo de hombros y levanto la mirada hacia Joe.

—Ya... si lo supieras tampoco me lo dirías.

Se quita las gafas de espejo y aparecen unos ojos llenos de tristeza. Me da pena ese hombre, tan grande que podría contener todo un norte dentro de él, pero que también lo ha perdido.

—Creo que tenemos el mismo norte, Joe...

—¿Qué dices?

—Escucha, si la encuentro, te haré saber dónde está. ¿De acuerdo?

El policía baja la vista, la punta de su bota juguetea con la gravilla de la carretera, vuelve a ponerse las gafas y, mientras asiente, también pierde la mirada en la autopista.

—Sólo dile que yo tampoco —cambia el inglés por un torpe español— sabría que la primafera durara un segundo. Ella comprenderá.



—Eso es una canción de Sabina.

Asiente.

—A ella le gusta.

Ninguno mira a la cara del otro. Tan sólo confirmo con un movimiento de cabeza. El policía se retira y detiene el tráfico para dejarme salir. Joe mengua en el reflejo de mi retrovisor. Sólo ahora, cuando ya no distinguimos nuestros ojos, nos atrevemos a enfrentarlos. Elevo un brazo fuera de la ventanilla a modo de despedida; el grandullón ondea el suyo. No parece un mal tipo.

La I-35 y la I-80 se unen durante unas millas a la altura de Des Moines, Iowa. Isaías no alcanza el capítulo ochenta; me pregunto si la I-80 no gozará de fieles adeptos; me pregunto cómo verán esta cópula los santos evangelistas de *Light the Highway*. Hasta los iconos necesitan desfogarse. Puestos a rizar el rizo, el famoso versículo que anuncia la Ruta Santa es el ocho... y puestos a interpretar, el cero es la nada. ¿Se habrá dado cuenta de eso el reverendo Stevenson? ¿Fundaría la iglesia de la santa cópula de los caminos? Su cepillo se duplicaría. Si no lo hace, es porque no se le ha ocurrido; seguro que, rebuscando en la Biblia, se podrían encontrar buenos argumentos para convencer a los ingenuos deseosos de consuelo.

A la altura de Kansas City, decido tomar la salida de Antloch Rd., tan buena como cualquier otra, para detenerme en un motel de carretera. La recepcionista, una especie de mujerona neumática hinchada a presión, con una calabaza de las grandes por trasero, se rasca un sobaco y tuerce la boca cuando le pido un bungaló con vistas a la autopista. Se da cuenta de que soy extranjero e intenta interpretar mis palabras. ¿Quiere decir con vistas a la piscina?, pregunta. No, a la autopista. Entiendo... que no dé a la autopista, ¿verdad? Emito sílaba a sílaba, con la mejor pronunciación de la que soy capaz. Ahora se rasca la cabeza y arruga el ceño mientras me alcanza las llaves del número dieciocho. Al entrar, descorro las cortinas y observo a los coches cruzando de un lado a otro en su viaje de pureza.

Quizá Judit haya circulado sobre ese mismo asfalto hace poco...

Sin embargo, no creo que la encuentre en una ciudad como ésta, que, en realidad, son dos. Kansas city, Kansas y Kansas city, Misuri. Yo me he detenido en la primera; desde la que Yael escribió a mi padre. Han transcurrido muchos años, demasiados; pero, quién sabe, quizá todavía pueda encontrarla y recordar juntos a mi viejo.

Despliego el plano de la ciudad sobre la cama. La oronda recepcionista ha dibujado una equis sobre el lugar en el que nos encontramos. Busco la dirección escrita hace tanto tiempo en el sobre amarillento que permanecía olvidado en el fondo de mi maleta.

Abandono la bolsa sin deshacer sobre la cama y arranco de nuevo el Pontiac. Contando con que no vuelva a perderme, son unos veinte minutos de trayecto.

Sin que sirva de precedente, he tenido suerte: la casa que buscaba es un edificio de ladrillo rojo y dos alturas. Los marcos de las ventanas pintados en blanco. Un aldabón de hierro fundido cuelga de la puerta de color verde botella. Delante, una pequeña extensión de césped recién cortado. Golpeo dos veces y echo un vistazo alrededor. El resto de la calle muestra el mismo aspecto que la casa a la que acabo de llamar. Un chaval siega la hierba de al lado, sumergido en los auriculares de su Ipod. Un típico barrio americano de clase media. Me pongo a hacer cuentas mientras espero a que abran. Mi padre tendría ahora 89 años: calculando las posibilidades de que todavía se encuentre entre los vivos y que, además, continúe habitando la misma casa, me siento muy estúpido. Si cruzara tales probabilidades con las que tengo de encontrar a Judit en una ciudad que, en realidad, son dos, me daría cuenta de que me he convertido en un cazador de imposibles.

Oigo el ruido de la cerradura al abrirse, levanto la cabeza y observo la cara sonriente de un joven, con una hilera de hormiguillas desfilando bajo su nariz, que aguarda, interrogante, al otro lado. Hola, digo. Busco a Yael Picazo, digo esperando que me tome por un bromista o un colgado y me cierre en los morros o que, en el mejor de los casos, me indique amablemente que me he equivocado. Sin embargo, lo que hace es dejarme plantado frente a la puerta abierta y gritar hacia adentro. ¡Mamá. Aquí hay un tipo que pregunta por la bisabuela!

Espero unos segundos más y aparece una figura femenina secándose las manos con un trapo de cocina. Es alta y de pelo castaño, me sonrío con esa sonrisa tan americana, tan estándar, de perfecta ortodoncia.

—Dice mi hijo que busca usted a mi abuela.

—Busco a Yael Picazo. Vengo de la ciudad donde nació.

—Sí, sí... pero... ¿De qué la conoce?

Extraigo un sobre amarillo ocre de mi bolsa y lo extiendo hacia la enrojada mano de mi interlocutora que lo observa como quien contempla los recuerdos de su niñez. Conozco este nombre, dice señalando al de mi padre. Mi abuela me hablaba de él.

—Era mi padre.

—Pero no se quede ahí... pase, pase. Soy Jill. ¿Quiere tomar algo?

La entrada da acceso a un minúsculo hall que pronto se convierte en un amplio salón enmoquetado en color crema, con muebles desperdigados anárquicamente aquí y allá y un sofá frente al televisor que el adolescente que ha abierto la puerta, sentado en el suelo, utiliza como respaldo mientras devora una enorme tarrina de queso naranja y un paquete de galletas saladas sin apartar la vista de la pantalla del televisor. Su madre me acompaña a la cocina y, a pesar de mi negativa, me sirve una taza de café con la misma buena voluntad que la señora Stevenson y un sabor muy parecido.

—La abuela murió hace cinco meses.

Me quedo acariciando el sobre que todavía sostiene mi mano. No puedo evitar que la decepción se deslice por mi cara. Jill se incorpora, posa una mano sobre mi hombro y desaparece por unos instantes de la cocina. Vuelve en unos minutos, con un paquetito entre las manos. Lo coloca sobre la mesa y deshace con cuidado la cinta que mantiene unidos los sobres.

—De niña, me sentaba en su regazo a escucharla. Yo no entendía una palabra de español, pero, había algo en el tono de su voz, en la manera en que se le quebraba... Después de leerlas, me miraba, sonreía y me abrazaba tan fuerte que casi me cortaba la respiración. Años después, me pidió que fuera yo quien las guardara. A mi madre nunca le hicieron gracia estas cartas...

Guarda un instante de silencio con la vista fija en el suelo, toma un sorbo de café. Luego suspira y sonrío de nuevo. Supongo que es natural..., dice.

Tomo una de aquellas joyas de mi pasado con todo el cuidado que mi pulso tembloroso me permite. Reconozco la caligrafía de mi padre.

*Albacete a 24 de Junio de 1976.*

*Querida Yael.*

*Llanos y Hércules han ido a quemar los muebles viejos en la hoguera del barrio. No sé si tú te acordarás todavía de la noche de San Juan. Aprovecha estos momentos de soledad para escribirte unas letras y, de paso, pensar un poco en ti.*

*Ya tengo cincuenta y seis años, Yael. Quizá no lo recuerdes, hoy es mi cumpleaños. Parece que lúe ayer cuando encendíamos nuestras propias hogueras en los descampados de la*

*huerta de don Jesús. No necesitábamos esperar a la entrada del verano. En aquellos años, antes de la guerra, necesitábamos muy pocas cosas que no fuera jugar con los demás chiquillos y, cuando crecimos un poco, tan sólo estar juntos. Pero te decía que hoy cumpla cincuenta y seis. Ya van siendo años y sigo siendo el ferretero de Pedro Coca. Quizá mi vecino, el cocinero del que te hablé, me haya hecho replantearme ciertas cosas. Él está empeñado en hacerse famoso. A mí eso no me interesa, sin embargo, a veces tengo la sensación de no haber conseguido nada de lo que me propuse. Primero te perdí a ti y, desde entonces, todo ha sido buscar alternativas. El dibujo ya casi no me interesa. Aquí te envío el último que he bocetado. No es muy bueno, pero quería que lo tuvieras tú. Como ves, últimamente no te escribo demasiadas alegrías, espero no cansarte.*

*Por lo demás, todos estamos bien. La tienda marcha a buen ritmo y me gana la vida sin problemas. Aquí están cambiando mucho las cosas. ¿Nunca has pensado en volver?*

*No te olvida:*

*Laureano.*

Observo los trazos a lápiz sobre la segunda hoja de la carta. Es una joven delicada, de mirada triste. Yo ni siquiera sabía que mi padre dibujara con tal perfección. Es mi abuela, dice Jill. Era preciosa, ¿verdad? Él la dibujó tal y como la había recordado tantos años. Después ya no dibujó más, dice... Y yo me asombro de que alguien de Kansas City, Kansas, esté contándome episodios de la vida de mi padre que yo jamás había conocido.

El viejo nunca consiguió su norte; ni siquiera puso rumbo hacia él. La enorme ancla de dos puntas que fuimos mi madre y yo se lo impidió. Dejó diluirse a Yael, a su habilidad para el dibujo, a su vida entera, en la secreción corrosiva de una ferretería de barrio.

*Albacete a 24 de Junio de 1993.*

*Querida Yael es demasiado tarde para seguir soñando. Estoy viejo y, sin Llanos, perdido. Existe gente en este*

*mundo, como tú y yo, a la que no se le ha permitido el éxito.*

*Ver los sueños de los demás pasar por delante de ti; cómo ellos triunfaron y tú no lo conseguiste. Que veas que tu hijo anda tus mismos pasos. Que tu trabajo haya sido toda tu vida tu cárcel. Que tu ilusión, tan ilusa ella, no haga más que abofetearte mientras los demás disfrutan las tuyas. Tener que alegrarte constantemente, día tras día, año tras año, vida tras vida por los triunfos de tus amigos.*

*Tener que alegrarte. . .*

*En realidad, Yael, no te alegras. Pero has de simular que sí para no quedar como el cretino que eres. . .*

*No tener a quién quejarse porque, entonces, no eres más que un viejo llorón. Así que, mejor enfundarse el disfraz de la humildad y esperar un turno que sabes muy bien que ya no llegará.*

*Odiarte. . .*

*De eso se trata.*

*Sólo de eso.*

*De odiarte sin remedio, sin cura, sin esperanza.*

*Es mi última carta, Yael. No celebraré más mi cumpleaños escribiéndote. Sé que no podré evitarlo, pero recordarte sigue doliendo mucho. Y ya soy un anciano, Yael. Ya no soy tan fuerte como antes.*

*Ya no soporto el dolor. . .*

*Hemos de admitirlo. Nuestro sueño murió en aquella guerra.*

*Como tantos otros.*

*Adiós, querida Yael.*

*Laureano.*

Mi padre me duele en el pecho. Otra canción de mi desconocido amigo Eric me viene a la memoria: «Los ojos de mi padre». Repaso mentalmente su letra:

*Tan sólo un patoso en la carrera.  
¿Cómo llegué aquí? ¿Qué he hecho?  
¿Cuándo se alzarán mis esperanzas?  
¿Cómo lo conoceré?  
Cuando mire en los ojos de mi padre...*

Los ojos de mi padre.

¿Cómo te reconoceré ahora, padre? ¿Cómo te aguantaré la mirada en el cielo ahora que conozco la fuente de toda aquella tristeza?

—Ella voló a España al día siguiente de recibir esta carta.

—¿Se vieron?

—Nunca contó una palabra. Pero no regresó hasta hace dos años. El tiempo que hace que murió mi padre...

Recuerdo a aquella extraña viejecita que lloraba el día de su entierro, sola, en un rincón de la iglesia...

—¿Tienes una foto reciente?

Observo las arrugas que me miran desde un papel, sonrientes.

Me pregunto por qué fui tan estúpido de no haberle preguntado quién era, tan gilipollas y tan egoísta como para, aun aquel día, no dejar de pensar en mí. Como si mis problemas fueran los únicos que hayan existido en el mundo. Tuve a Yael a diez metros de mí y ni siquiera me planteé por qué lloraría tan desconsolada aquella anciana...

Aunque lo que de verdad cuenta es que ella se encontraba allí.

O sea que, al final... ¿Lo conseguiste, padre?

¿Pudiste disfrutar de tu norte?

Ahora es la felicidad la que se licúa en mi cara. Él nos había querido muchísimo, sin esperar nada. Se merecía una recompensa final.

Me alegro, padre...

En el mismo momento que guardo la carta, entra por la puerta un hombre alto, con mono azul y una gorra roja de los Kansas City Chiefs. Se sirve una taza de café. Hola, cariño, dice, y después, sonriente, me saluda a mí.

—Es Hércules, Marc Viene de España. ¡Es el hijo del viejo amor de mi abuela!

Marc estrecha mi mano con fuerza.

—Vaya, sí que viene de lejos. Supongo que se quedará a cenar.

—Claro, me encantaría saber más sobre el gran amor de la abuela Yael. ¿Le gusta la pasta, Hércules?

Me ofrecen el sitio en una de las cabeceras de la mesa. Frente a mí, Marc, duchado y vestido para cenar. A mi izquierda, Ryan, menea su bigotillo mientras mastica un pedazo de pan de molde con mantequilla. Y a mi derecha, Jill, revisa si todo está dispuesto sobre la mesa. Suelta ese pan, Ryan, dice. Junta sus manos y agradece a Dios por los alimentos que vamos a recibir y por haberme traído a su hogar.

Amén.

Observo a esas tres personas, tan unidas en la rutina, y recuerdo a Nina, y me veo a mí mismo, presidiendo la mesa de mi casa, con una joven a la derecha y mi compañera a la izquierda. Chonín y Mélani...

Y pienso que la vida, en realidad, no tiene cura; que hay que aceptarla como viene porque, de todas formas, no existen inyecciones para aplacarla.

Camino del motel, todavía me recorre de arriba abajo un efecto de paz y felicidad. Los Lannuzzi han conseguido que reviva una sensación que casi había olvidado. No he parado de observar los rasgos de Jill que, dos generaciones después, todavía conserva algunos del dibujo de Yael. Hemos hablado de ellos y ambos coincidíamos: fueron fieles y cariñosos con sus familias, nos quisieron más que a ninguna otra cosa en el mundo; pero jamás olvidaron el uno al otro...

Tal y como se prometieron.

Me he marchado con la promesa de volver al día siguiente y de contarles el resto de la historia que me ha traído hasta Kansas. Jill y Marc pertenecen a la iglesia metodista, pero ella se ha ofrecido a recorrer conmigo las parroquias marcadas por Stevenson. Al fin y al cabo, dice, a nadie le hace mal el sermón de un reverendo, aunque sea evangelista.

Yo no estaría tan seguro de eso.

Comenzamos temprano la búsqueda de las iglesias de *Light the Highway*. En las dos primeras, nada que no haya visto antes en tantos otros sitios. Una gran voluntad de hacer el bien, un deseo irreprimible de que Él se les manifieste del modo que sea... La I-35 es tan buena herramienta como cualquier otra.

En la tercera, llegamos justo a tiempo para el servicio. Entonces, el reverendo, que me recuerda a aquel otro con nombre de champú, me mira desde su púlpito, directo al fondo de mis globos oculares. Las cintas de su voz se enredan en mis oídos. Y yo le escucho; le escucho con la atención que no había puesto en ninguno de los otros.

—¡Levántate y resplandece porque llega tu luz y la gloria de Yavé despunta sobre ti!

Isaías, 60...

Alza en torno los ojos y contempla, todos se reúnen y vienen a ti, tus hijos llegan de lejos, y tus hijas son traídas en brazos.

... Al verlo te pondrás radiante, tu corazón se henchirá de emoción, porque a ti afluirán los tesoros del mar, las riquezas de las naciones llegarán a ti.

De un modo o de otro, ese hombre dirige sus palabras a mí, me está asegurando que mi hija será traída en brazos, que mi corazón volverá a estar radiante y henchido de emoción. Y yo...

Le creo porque necesito hacerlo.

De vuelta a casa de Jill, ambos guardamos silencio. Sólo recuerdo las palabras de Isaías. Me disculpo por no quedarme a cenar, no puedo esperar a llegar al motel para repasar la Biblia.

Sentado sobre la cama, tomo conciencia de ser muy estúpido por creer ciertas cosas; sin embargo, las manos me tiemblan mientras busco el capítulo de Isaías. Encuentro las frases que he evocado en la iglesia, palabra por palabra. ¿Por qué las he recordado cuando el reverendo se ha dirigido a mí? ¿Por qué precisamente éstas?

Mis músculos, mis nervios, mi cerebro necesitan un descanso. Cierro los ojos y revivo a Judit mordiendo el bocadillo de morcilla, a Chonín contándole al bombachos sus sueños; a mi madre repeinándome una mañana de domingo; a Mélani en su ecografía; a mi padre encerrado en uno de sus libros; a Juan Alberto contemplando la placa azul de su calle de Albacete; a Carol abofeteando la cara del director. Recuerdo el parque, el templete, el banco bajo los pinos donde besé a Judit, el hotel Los Llanos en una noche de bodas ebria.

Se enreda entre mis pensamientos Nicole...

Hacía días que no me ocurría.

Pienso en tuercas de rosca invertida, en destornilladores de punta magnética, en tacos de fuerza.

Antes de caer dormido, me da tiempo a echarlos a todos de menos y preguntarme qué hago en un país tan inmenso, solo, persiguiendo un norte imposible.

Al día siguiente, a la misma hora, vuelvo al servicio del mismo reverendo.



*Antes de estar de parto ha alumbrado ella, antes de sentir los dolores ha dado a luz un varón.*

Pronuncia de nuevo estas palabras sin apartar la vista de mí. Enviándome un mensaje que, aunque todavía no entiendo, ha conseguido capturar-me. Termina el servicio, la iglesia se vacía poco a poco y yo permanezco sentado, quieto, recorriendo con las pupilas las vetas de la madera del banco de enfrente. Entonces, Connery, el pastor, se sienta a mi lado. Me alegro de que haya vuelto, dice. Le esperaba hace algún tiempo, dice. Quiero que sepa que estoy dispuesto a ayudarle a encontrar el camino, dice...

Mientras lo escucho, imagino qué deben de sentir las cobras ante las flautas de los encantadores. Su voz es melodiosa y amable; acaricia al entrar en tu cerebro y consigue que se relajen los músculos que siempre me arrugan la frente.

Connery me habla de lo fácil que es abrazar a Dios, acaricia el lomo de su biblia y me dice que ahí están todas las respuestas, todo lo que necesito, incluido mi norte, incluida mi familia perdida, incluido yo mismo...

Levanto la vista y lo miro, clavo mis dos estanques desbordados en él. Tomo la Biblia que me ofrece, acaricio sus tapas de piel suave y desgastada. Por un momento, creo en él, en su divinidad...

—¿Cómo sabe todo eso de mí?

—El reverendo Stevenson me avisó de que pasaría por aquí. Debo decir que le describió con precisión, aunque hubiera bastado que mencionara la tristeza de su gesto... Me dijo que usted estaba muy necesitado de hallar la Palabra de Dios y volver a casa con Ella...

Los surcos de agua de mi cara se convierten en ramblas secas.

Así que, se trata de eso... Bajo la vista a las gastadas tapas de piel marrón, aprieto los labios. Aquí dentro, digo mientras sacudo el libro, no sé lo que habrá... Pero eso, digo señalando a su cabeza, rebosa mierda, reverendo.

Me levanto, intentando contener la rabia y las ganas de patear los bancos, de aporrearme la cabeza por haber sido tan gilipollas.

Connery permanece sentado. Bajo el quicio de la salida, vuelvo la cabeza hacia él. El asombro no le ha permitido cerrar la boca todavía. Quizá Connery también sea un alma cándida y Stevenson lo haya intentado aprovechar...

Quizá.

Es el momento de permitir al pasado que vuelva a su lugar, de recoger los trastos, de dejar de vivir mirando hacia atrás.

Es el momento de salvar a Judit.

Que el reverendo Connery conozca ciertas cosas de mí. Y que éstas se las haya contado Stevenson, sólo se puede explicar de un modo...

Judit ha hablado con él después de nuestra conversación.

Stevenson sabía que, tarde o temprano, yo pasaría por la cruz que él marcó en Kansas City. Estaba seguro de que él jamás podría inyectar su veneno en mi cerebro; pero si un desconocido me hablaba sobre todo lo perdido... si conseguía infundirme esperanzas. Sólo con un poquitín de sicología más falsa que la del doctor Alfonsín, yo hubiera regresado a La Mancha y Stevenson se hubiera quedado tranquilo, cepillándose a la reverenda de las buenas tetas y rezando juntos, de vez en cuando, ante las puertas del negocio de Nicole, pidiendo por las almas descarriadas.

Quizás también por ellos dos.

Mi madre jamás me había mirado con esos ojos tan tristes, tan culpables, tan ansiosos de indulgencia. La Voz de Albacete publicaba en primera página la detención de Fernando Fanjul, asturiano; que se hacía pasar por Alfonsín Baldini, doctor en siquiatria por la universidad de Buenos Aires. Todos los diplomas que admiré durante años, ese acento que me envolvía y me adormecía, esa seguridad que sentía en su diván, esa convicción en mis problemas con las fobias que empiezan por eme...

Todo falso.

Cuando mi padre volvió de la tienda, mi madre seguía llorando en el salón. Supongo que ella esperaba un ya te lo dije, un si me hubieras hecho caso, un no digas que no te lo advertí. Mi padre jamás creyó en mi terapeuta, ni en todas aquellas zarandajas. Sin embargo, después de leer la noticia, sólo apretó los labios y, sin pronunciar una palabra, abrazó a mi madre y luego a mí. Me acarició el pelo de arriba abajo, dándome a entender, sin abrir la boca, que todo se solucionaría.

Según los especialistas que revisaron a cada uno de sus pacientes, el doctor Alfonsín hizo un buen trabajo conmigo. Un buen trabajo para sus intereses, se entiende. Enredó tanto las hebras de mi cerebro que se aseguró de que pasaría el resto de mis días necesítandole. Los médicos de verdad trataron de deshacer los nudos. Aunque los despejaron bastante, se trataba de una tarea demasiado complicada como para conseguirlo por completo. Aquella estafa supuso un buen puñado de billetes de mil a mis padres, y un sinfín de manías y miedos para mí. ¿Entonces soy falófono?, pregunté al nuevo doctor. En realidad, dijo, nunca lo sabremos. Lo cierto es que se trata de un miedo que intentaremos ayudarte a superar, dijo.

Médicos...

El tequila y Nicole resultaron mucho más efectivos.

Jill se da cuenta de que la rabia desborda mis ojos. Se seca las manos y, haciendo uso de su innata dulzura, me pregunta qué ha ocurrido. Le cuento que vengo del servicio del reverendo Connery. Ella tuerce el gesto. Sé que no le gusta desde que lo conocimos. Hasta ahora, lo había achacado a que ella es metodista; pero no: Jill se preocupa por mí. Ella dice que, prácticamente, somos parientes. Me prepara una taza de café y me invita a sentarme a la mesa de la cocina. Extiende mantequilla de cacahuets sobre unas rebanadas de pan de molde, las deposita sobre un plato y las empuja hacia mí. Me quedo contemplando la capa marrón que empasta el pan. La cubro con otra de mermelada de fresa y continúo observándola. La rebanada que sostengo contiene más calorías que diez o doce botellines de leche. Pienso en qué ocurriría si Judit comiera tres de éstas. Si dejara de estar buena y volviera a ser la Moby Dick rubia que conocí.

Si Judit volviera a ser una vaca... ¿Seguiría Joe tras ella?

Si Judit regresara a sus antiguas aficiones... ¿Se olvidaría de la I-35 y regresaría a Albacete conmigo?

Muerdo la rebanada y Jill se muestra satisfecha. Ha conseguido inocularme paz sin pronunciar una palabra. No quiere saber nada que yo no quiera contar. Y es por eso que empiezo a traducirle la canción de Chonín, escucha con atención la historia de Juan Alberto, ríe con las adicciones de Judit, bufa de rabia con la estafa de Alfonsín, se asombra y ruboriza con mi fobia principal y la manera en que el tequila y Nicole la aplacan; seca sus ojos tras hablarle de Nina y Mélani; me toma de la mano cuando le explico que perdí mi norte hace mucho tiempo.

Después, por fin el silencio. Me abraza, me besa la mejilla, coge las llaves del coche y dice: vámonos.

—¿A dónde?

—A encontrar tu norte de una vez. Aunque tengamos que recorrer todas las iglesias evangelistas de Kansas. Deja que me cambie y nos vamos.

Me quedo solo en la cocina, observando los pequeños detalles que una familia proporciona a un lugar como ése: los imanes y las incontables fotos del frigorífico, las pequeñas figuritas de la repisa, el olor de las flores de Jill que entra por la ventana. Desde que he comenzado este viaje, me he cruzado con un montón de gente buena. En realidad, he tenido la suerte de no cruzarme con nadie malo. Stevenson... ¿quién no es débil? ¿A quién no le asusta perder lo que posee? Los reverendos evangelistas, en realidad, creen estar haciendo el bien a sus feligreses. Puede que se equivoquen. No seré yo quien me atreva a asegurarlo, puede que su interpretación de la Biblia no sea la más adecuada, pero... ¿A quién hacen mal? ¿A Nicole y su gremio? Creo que ellos pueden soportar esos inconvenientes.

Éste, como todos, es un país lleno de gente buena y algunos echados a perder.

Jill se presenta sonriente ante mí, esperando a que me mueva. Me incorporo, agarro el paquete de pan, el tarro de crema de cacahuets y el de mermelada, y me lo llevo todo.

—¿Tienes hambre?

—Es mi arma de ataque.

Recorremos las iglesias marcadas en mi mapa. De cruz en cruz. Jill habla y gesticula con cada uno de los reverendos, muestra la foto de Judit Aunque niegan conocerla, ella insiste, les pide que se fijen bien, que hagan memoria. Ninguno la reconoce. Entonces, Jill entra en la tienda de artículos religiosos anexos a la última de las iglesias visitadas y vuelve con una guía de templos evangelistas en Kansas City. Recorre pacientemente las calles de las dos ciudades, pasando de un estado a otro hasta que ya ha oscurecido.

Marc espera sentado frente al televisor, con la enorme tarrina de queso naranja y las cracker a su lado. Nos saluda con una sonrisa y un movimiento de cabeza. Parece que nada pueda inmutarlo. Jill se acerca a besar a su marido, luego lanza otro con la mano, a través de la ventana a su hijo, que habla con una chica de su edad en la acera. Hoy, cena fría, dice. Hemos estados muy ocupados, dice.

Nadie protesta.

Marc atiende a las noticias y yo observo a Ryan gesticular ante su amiga. El desfile de hormigas intenta convertirse en una sonrisa sin conseguirlo. La chica parece disculparse, se les ve cohibidos. Los dos lanzan fugaces miradas hacia el interior, como temiendo que alguien pueda escucharlos. Una mampara de incomodidad se interpone entre ellos. Los dos desean que el encuentro termine, ninguno de ellos se decide a darlo por concluido. Imagino el valor que Ryan ha estado acumulando para este momento. La de veces que ha imaginado cómo sería. La de excusas que habrá hilado en su cabeza por si el asunto no salía como él esperaba. Tal y como al final parece haber sucedido. El muchacho está pasando un mal trago. Sé que es algo que todos tenemos que experimentar, pero no me resisto a echar una mano. Salgo al jardín, contemplo las copas de los árboles mientras enciendo un cigarro. Después, hago como si acabara de descubrir que ellos siguen ahí. Me acerco. Hola, digo. Qué hay, dicen. ¿Vives por aquí? Pregunto a la chica. Dos casas más allá. Demasiado cerca, Ryan va a pasar una mala temporada. Arrojo el cigarro al asfalto. Bueno, Ryan, creo que deberíamos echar una mano dentro, digo. Ella aprovecha para salir del aprieto y largarse. Los dos observamos sus jóvenes andares coquetos. Es un buen cuerpo, pero no tanto como para conseguir que tenga que ponerme a imaginar montones de chatarra. Echo el brazo por el hombro de Ryan sin apartar la vista del trasero contoneante que se aleja. Él se sorprende ante la muestra de familiaridad. No te preocupes, Ryan... digo. Ella no es tu norte y, por suerte, tienes una edad en la que ya utilizáis la hipocresía. Puede que el muchacho crea que me he vuelto loco mientras yo continúo hablando. Mañana, en el colegio, haréis como que esto no ha sucedido y, dentro de unos años, lo creeréis de verdad. Sé que, en este momento, esto no consuela, digo. Así que, lo mejor será que entremos dentro y nos tomemos dos enormes vasos de leche y unos sándwiches de mantequilla de cacahuets. Mañana será otro día, digo.

—¿Te ocurre algo, hijo? Tienes muy mala cara.

La pregunta de una madre preocupada. No podría llegar en peor momento. No es nada, digo. He intentado encestar y... ¡casi lo consigo en su cabeza! El baloncesto no es lo mío, digo. Todos reímos, Ryan un poco forzado, pero apoya mi disculpa frotándose el cogote. Enfrentamos las miradas, le guiño un ojo y, poniéndole la mano en el hombro, lo animo a sentarse a la mesa.

Una semana de cenas frías después, mi coche espera aparcado frente a la puerta de los Lannuzzi. Jill comienza a pronunciar una disculpa por no

haberme sido de utilidad. Poso las yemas de mis dedos sobre sus labios para que no continúe. Tengo mucho que agradecerte, digo. Que agradeceros a los tres... Me habéis acogido como a un hermano, digo. Extraigo los sobres amarillos de mi bolsa y los extiendo hacia la nieta de Yael. Ella los observa y los acaricia.

—No puedo aceptarlas, son de tu padre...

—No se me ocurre mejor sitio para ellas, Jill. Permitámosles que, al menos de esta forma, vuelvan a estar juntos.

Ella los toma y los aprieta contra su pecho; después, me abraza a mí. Mantén el contacto, dice. Marc termina de llenar el depósito del limpiaparabrisas y espera junto al coche. Choco los cinco con Ryan que me dedica una sonrisa cómplice. Les doy las gracias de nuevo, y subo al Pontiac.

—¡Espera un momento! —grita Jill.

Corre al interior de la casa, Ryan, Marc y yo aguardamos expectantes. A los pocos minutos, regresa con un enorme paquete de pan de molde y unos tarros de crema de cacahuets y mermelada.

—Olvidas tu arsenal.

Reímos.

Mantén el contacto, repite, y se aparta levemente para permitirme maniobrar.

Hace cinco días que llegué a Laredo, Texas. He alcanzado el final de la I-35 y sigo sin encontrar a Judit.

En Laredo, el cielo es tan azul como el manchego, aunque aquí, a pesar de la época, se huele el calor. El primer lugar que visité fue la Iglesia de la Sagrada Biblia e Iglesia del Cruce de Carreteras. Casi nada. Es cierto que se trata de una congregación Luterana, pero una iglesia con tal nombre, a menos de una milla de la I-35... tenía que intentarlo. No obstante, no conseguí nada más que un amable recibimiento, una Biblia prestada y un montón de consejos que, quizá, algún día debería seguir.

El viejo Pontiac Bonneville empezó a dar muestras de fatiga a la altura de Wichita, tres horas después de dejar a Jill, Ryan y Marc despidiéndome, brazo en alto, a las puertas de su casa. Aproveché el parón en el taller para continuar con la búsqueda. Mi compañero de capota negra y yo ya empezábamos a acusar el cansancio que provoca un viaje sin rumbo, el desgaste del asfalto sobre sus neumáticos y mi alma, el hastío de contenedores de barco con moqueta. No así el aislamiento. Desde que emprendí este viaje, me he sentido menos solo que durante los muchos años que subsistí en el panteón de mi antigua vida.

A pesar de la fatiga, recorrí las congregaciones marcadas, incluso alguna más que se cruzaba en mi camino. Entraba a cada una de aquellas factorías de rezos, me sentaba en una de las hileras y esperaba, sin más, a que una melena rubia destacara entre el resto. Sólo una vez, en Oklahoma, creí haberla encontrado entre unos supuestos pecadores que enjuagaban sus almas junto a uno de los accesos a la I-35.

Pero tampoco era ella.

Observé el círculo de oradores, recordando a esos otros que tanto me sorprendieron al principio del viaje. Es curioso cómo la normalidad se apodera de todas las cosas por medio de la rutina; ya los contemplaba como mirando la televisión sin verla. Tras las súplicas casi desesperadas a Dios por

un mundo más puro, fui invitado a protestar con pancartas frente a un lupanar cercano a la Ruta Santa. Una hilera de consignas en tinta negra sujetas por finos palos volvió a mi mente. La cicatriz de mi cráneo se estremeció cuando reviví en mi retina los bates de béisbol. Los recuerdos me incitaron a aceptar y pronto me encontré, banderola en mano, entre un corro de gente que gritaba arengas contra la perversión del sexo. Yo, mientras daba vueltas con mi cartel que proclamaba que la castidad es la vida, recordaba el local de Nicole. Y recordaba que también dentro de aquel sitio se respiraba la vida, se rozaba la vida, se sentía la vida y se bebía la vida.

Tequila, Nicole...

Una terraza y un sol de otoño joven...

Los espejos indiscretos de la Suite Romántica...

Aquella noche me despertó la imagen semidesnuda de Nicole robándole resplandor al sol en la terraza del Pink Drink. Evoqué la suntuosidad de los bosques ocres, dos hamacas al sol; un millón de ardientes geiseres de tequila y Sprite encendiendo mi ánimo y abonando mi valor; una habitación inundada de reflejos amantes. Todo aquello se apoderó de mi memoria al mismo tiempo, irrumpió en mi cerebro sin pedir permiso, sin prevenirme, sin darme tiempo a levantar las defensas. Alarmado, me abalancé sobre el chorro de agua fría antes de que mi histeria despertara a todo el motel. Al llegar al baño, antes de abrir el grifo, me descubrí en el espejo. El reflejo y yo nos clavamos las miradas. No percibí angustia en él, ni miedo... ni siquiera unos ligeros temblores. Bajé los ojos y comprobé que el recuerdo de Nicole continuaba vivo bajo la tela de mi pantalón. Mi corazón quiso saltar. Tragué saliva. Todo mi cuerpo continuaba paralizado.

Sin embargo, no me vi obligado a pensar en conductos de aguas fecales, ni en batidos de huevos putrefactos, ni en gargajos espumosos y espesos...

Todo seguía tranquilo en mi interior.

Volví a cruzar la vista con la del reflejo; él esbozó un principio de sonrisa. Los dos dirigimos nuestra mano a la cintura del pantalón con la precaución de quien alimenta a una fiera. Despacio, comenzamos a deslizar la prenda que cubría nuestros miedos hacia abajo y, pronto, sorteamos lo que tanto nos atemorizaba sortear...

Cada uno observábamos el recuerdo onírico de Nicole activo en el cuerpo del otro. Invidiosos por la curiosidad, observando algo que no habíamos podido contemplar antes, sorprendidos ante su reacción al roce de unos dedos también fisgones.

Sonreí a mi reflejo, él me sonrió a mí.



Experimenté el placer de la caricia sin pánico; la placidez de la autoternura; la paz que proporcionaba sentirme, al fin, completo; un todo en cuya desnudez no sobraba un solo milímetro de piel. La confianza de verme, tocarme y aceptarme. La felicidad de no rechazarme...

Puede que sea la única persona en el mundo que ha dejado de ser virgen sin serlo, a los cuarenta y cuatro años, a solas, en algún lugar indeterminado de Oklahoma City.

Pero es cierto que aquella fue la primera noche en que de verdad lo sentí.

Supe a qué se refería Nicole cuando me pidió disfrutar de mí en lugar del no yo que despertaba el tequila. La primera vez que gocé del sexo —mentiría si dijera que a solas porque, la verdad, es que Nicole me había ayudado de nuevo—. Después, caí en un apacible estado de relajación, sonriente, complacido; reviviendo de nuevo al ángel de ojos verdes.

E imaginé pétalos de flores sobre su cuerpo desnudo; imaginé ríos de vino espumoso inundando el canal de sus pechos; imaginé frutas del bosque entre sus labios acogedores.

Y con una calma feliz que no consideraba posible, caí dormido, aferrado a la causa de todos mis miedos.

**Motorfobia:** Persistente, anormal e injustificado miedo a los automóviles. Empieza por eme. Yo conduzco el viejo Pontiac Bonneville de Juan Alberto.

**Metiofobia:** Persistente, anormal e injustificado miedo al alcohol... Empieza por eme. Gracias al tequila conocí de verdad a Nicole.

**Melofobia:** Persistente, anormal e injustificado miedo a la música. Empieza por eme. Escuchando a Eric Clapton he podido descubrir que mi padre, al final, sí que halló su norte...

**Mitofobia:** Persistente, anormal e injustificado miedo a las mentiras, los mitos, los cuentos, o las falsas afirmaciones. Me he pasado la vida confiando más en las mentiras de un farsante que en los médicos de verdad...

El doctor Alfonsín ha muerto.

Por fin.

Nunca es tarde para volver a ser persona.

Oklahoma City y la I-35 fueron como la gran caja de un mago; con un orificio de entrada al norte por el que se introduce una inocente paloma y otro de salida al sur por el que aparece la bella ayudante. Entré siendo el yo que siempre había conocido y salí transformado en el que siempre debí ser.

Antes de abandonar la ciudad, busqué una papelería en la que vendieran sobres ocres; en una cuartilla, redacté una sola frase: «Querida Jill: creo que te alegrará saber que el falso argentino ha muerto»; después, escribí otra carta para Ryan en la que era algo más explícito con respecto a lo que acababa de sucederme y le pedía que esperara, que pronto llegaría su momento. Cerré todo y lo introduje en el buzón de correos del motel y, silbando, arranqué el viejo Pontiac y puse rumbo a Texas.

De repente, conduciendo en dirección a Dallas, caí en la cuenta de que no había pensado en mi norte, recordé a Judit y me pregunté si de verdad era ella lo que siempre había buscado o, simplemente, el lugar en el que me sentía seguro. En realidad nunca me planteé cuál sería el norte de Judit. ¿Por qué tantas obsesiones? ¿Ella también buscaba sin encontrar? Estaba seguro que juntos podíamos hallarlo, que nuestros nortes podrían unirse en uno. Pero... ¿debía dejarla huir de mí como había hecho hasta ahora? ¿Debía convencerla de que me dejara asentarla?

Observé el asiento a mi lado, donde una bolsa de pan reseco y una crema de cacahuets que, por la acción del sol, había tomado un color muy sospechoso esperaban su oportunidad. Sonreí, abrí la ventanilla, dejé que el aire templado de Texas acariciara mi cuero cabelludo, y arrojé a la cuneta todo el arsenal; después, aumenté el volumen de la radio y me dejé llevar por el viejo amigo azul. Ni siquiera pensé en detenerme en Dallas, deseaba llegar al final. Conduje hasta que, por fin, la ruta del profeta se detenía frente a México, muy cerca del llamado Rincón del Diablo.

El remate de la I-35.

No sé por qué reparé en ese lugar. Supongo que es un nombre demasiado llamativo como para pasar desapercibido. Simplemente, lo descubrí mientras buscaba cruces en mi mapa alrededor del final (o principio, según se mire) de la I-35. Supuse que un lugar así, debía de ser buen sitio para ir a rezar, para conjurar al maligno y alejarlo de la Ruta Santa. Por otra parte, acababa de llegar al último punto del mapa y seguía sin encontrarla. No se me ocurría nada mejor en lo que gastar todo el tiempo de que disponía.

Sin embargo, no reparé en que el nombre vendría dado por algo y que los devotos de la I-35 no tenían por qué ir a combatir unos kilómetros más allá de la vena que los unía.

El Rincón del Diablo resulta ser uno de esos lugares que no quieres visitar cuando, como ahora, mengua la luz: una manzana de hierbajos sin urbanizar, a unos metros del Río Grande. Detengo el coche en Santa Cleotilde Av. Junto a la única torre que se levanta allí: el falo de ese paraje rudo, machote, de pelo

rizado y rasposo en el vientre. Paseo un poco por unos senderos de recreo que parten de Pedregal St. y se adentran unos cincuenta metros entre árboles en dirección al río. Ya que he llegado hasta aquí, me apetece ver México al otro lado. No encuentro ni rastro de fieles evangelistas rezando contra quien dio nombre al lugar, pero sí a un par de tipos que lo honran con toda dignidad.

Uno de ellos se me coloca por detrás, con sigilo depredador, amenazándome con un enorme cuchillo a la altura de la nuez y un saludo poco amable: «No te muevas, pendejo».

—Tranquilo... no pienso hacerlo —digo en inglés.

Él no responde, sólo mantiene el filo amenazador mientras su compinche busca en cada uno de mis bolsillos. La cartera, la documentación, el mapa señalado por Stevenson. Cuando llega a la foto de Judit, deja a la luz unos dientes podridos en una sonrisa de lasciva felicidad. Qué linda chamaquita, dice. ¿Qué no le darías tú lo suyo, wey?, le dice al compañero pensando que no lo entiendo. ¿No la montaríamos mejor que este gringo maricón, compadre? Ríen. Se frota la fotografía contra la entrepierna, la introduce dentro de su pantalón y, después, se alejan con todo el botín.

—¡La foto no! —grito.

Los dos ríen y continúan su camino sin prestarme atención.

—La foto no la queréis para nada, amigos. Vamos, ¿por qué no me la devolvéis? —vuelvo a gritar, esta vez en español.

Se dan la vuelta, y me observan. ¡Carajo!, dice el más alto, ¡un gachupín! ¿A qué tanto interés por la foto de esta gringa? Bajo la mirada. Intento pensar qué contestación sería la adecuada para apaciguar a esos tipos. No se me ocurre nada. El del cuchillo llega a mi altura con la foto en la mano.

—Es mi norte —contesto.

Los dos se miran desconcertados.

El primer golpe, por pillarme desprevenido, es el que más duele. Después vienen otro montón de puñetazos en la boca, con la cabeza agarrada por los pelos. De patadas en las costillas y en el estómago. Llega un momento en que las risas y las voces comienzan a alejarse, en que los golpes se sienten como leves puntazos. He alcanzado el sur de la I-35, buscando mi norte, y he encontrado el lugar donde el diablo se entretiene con sus sádicos juegos; su rincón. La pequeña gorda de ojos azules se presenta ante mí entre rodillazo y rodillazo. Chonín espera al lado, cogida a la mano de una niña que no conozco, pero a la que mi padre y mi madre acarician el pelo. Me sonrían, aguardan pacientes mientras yo me retuerzo en el suelo, sangrando. Los golpes cesan, Judit comienza a alejarse, sin dejar de mirarme y Nina extiende

las manos, invitándome. Mis padres y mi hija también me brindan sus brazos, dispuestos a recibirme, a pasar el resto de la eternidad juntos. Quiero dejarme llevar por ellos, lo deseo con todo mi ánimo. Mi pequeña Moby Dick rubia se aleja cada vez más. Extiende un brazo hacia un lado y aparece Nicole, con un enorme géiser de tequila en la mano. Ninguna de ellas habla, tampoco muestran gesto alguno, tan sólo caminan de espaldas, sin quitarme la vista de encima. No se despiden, sólo se hacen más y más pequeñas hasta que desaparecen. Vuelvo la vista hacia Nina, hacia mi hija y mis padres, pero todo se oscurece más y más, y ellos desaparecen poco a poco detrás de toda la negrura al mismo ritmo en el que yo empiezo a dejar de recibir señales de dolor desde todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo.

De repente, la nada...

La luz del túnel es donde todos ellos se juntan, donde unen toda la energía con la que me han ayudado a llegar hasta aquí y se genera un gran resplandor que me convierte en una simple polilla.

Me acerco poco a poco al resplandor, atravesando la oscuridad sin miedo, sabiendo que no hay nada que temer, que mi camino está señalado. Y, al llegar al umbral de la luz, abro de nuevo los ojos y descubro la cara del reverendo Stevenson mirándome con preocupación. Los dolores regresan a cada uno de mis músculos. Recorro la estancia con lo único que soy capaz de mover: las pupilas. Reconozco una habitación de hospital, reconozco a Stevenson, aunque no comprendo qué hace allí.

Me doy cuenta de que sigo vivo.

Intento articular alguna palabra y, entonces, el reverendo se percata de que he vuelto en mí. Intenta calmarme con leves susurros. Me pide que no hable, que descanse. Pulsa un timbre y una enfermera enseguida aparece por la puerta con una jeringuilla que inyecta en el gotero.

Regresa la oscuridad...

—Y Yavé me dijo: «Vete otra vez, ama a una mujer infiel y adúltera, como ama Yavé a los hijos de Israel, mientras ellos se vuelven a otros dioses y gustan de las tortas de uva».

—Oseas...

Los dolores se han vuelto mucho más llevaderos. El cerebro reacciona a los versículos que Stevenson murmura. La luz del sol proyecta haces de luz que atraviesan la habitación e iluminan diminutas motas de polvo en suspensión.

—¡Has despertado! ¿Cómo te encuentras?

—¿Qué hace usted aquí, reverendo...? ¿Dónde estamos?

—En Laredo. La policía llamó a todas las iglesias marcadas en tu mapa hasta que dieron conmigo. Vine inmediatamente y te identifiqué. Después, me quedé a cuidar de un enfermo. La señora Stevenson te manda sus mejores deseos.

—¿Por qué esos versículos?

El reverendo se ruboriza. Sus ojos, avergonzados, me ruegan que no le pida explicaciones que ya conozco.

—¿Sabes lo que es comprender las debilidades de los demás? Me hubiera gustado que alguna vez en mi vida los demás hubieran comprendido mis debilidades.

—No te das cuenta de lo que es vivir una mentira —continúa—. Conocí a Maggie en la escuela primaria, nos hicimos novios en la secundaria, y le pedí que se casara conmigo el día de nuestra graduación. Toda una vida juntos, Hércules. Maggie es una persona dulce e ingenua. Por nada del mundo querría causarle ningún mal. Si ella llegara a saber... No puedo abandonarla. Se perdería antes de encontrar un camino a seguir. Sería su fin... Hace dos años, conocí a Mary Jane. Ella es distinta, impetuosa, con iniciativa. En realidad, sospecho que fue ella la que me pescó a mí, aunque pretenda que fue al contrario. Yo jamás había conocido a alguien como Mary Jane. Activista, decidida, sabiendo lo que quiere y cómo conseguirlo. Y, además... tan sexualmente atractiva... Perdí la cabeza por ella, lo reconozco. Y ya no la he vuelto a encontrar. Desde entonces vivo una mentira que soy incapaz de abandonar. Leo y releo la Biblia, intentando encontrar el pasaje que me ofrezca una esperanza de salvación. A veces, en días de optimismo, creo encontrar alguno. La mayor parte del tiempo, la búsqueda es infructuosa. Sé que ya estoy condenado, amigo, que no existe modo humano de evitar que la ira de Dios caiga sobre mí. Cuando apareciste, pensé que había llegado, que Él te envió para acabar con mi pecado. Hasta que Judit me habló de ti... Entonces me di cuenta que eras tan digno de compasión como yo. Y recé por ti.

—¿Judit le habló de mí?

—Yo no soy tan mala persona como crees. Yo...

—¿Por qué huyó de usted?

—¿Huir de mí? ¿De dónde has sacado eso? Judit sólo se alejó cuando conoció mi... pecado. Ella es para mí como una hija y me tomaba por santo. La decepcioné y se alejó. Después de verte frente al Pink Drink, habló conmigo para saber por qué te había llevado allí. Gracias a ti, ahora, hemos recuperado el contacto. Hablamos de vez en cuando.

—¿Sabe dónde encontrarla?

El reverendo duda, clava su mirada triste en mí. Poso mi mano sobre la suya; él se preocupa porque la goma del gotero no se obstruya. Al final, decide hablar.

—La llamé para contarle lo que te ocurrió. Vino a verte cuando aún estabas inconsciente. Dijo que quería pasar unos días en Corpus Christi para ver los pelícanos y pensar.

Mi viejo mapa me espera sobre la mesa. Caigo en la cuenta de que el Pontiac debió de quedarse abandonado en aquel lugar. Muy probablemente, ya no tenga coche. El reverendo lee en mis ojos.

—Ese viejo trasto que conduces te espera en el aparcamiento de la iglesia del reverendo Gomes. Ha tenido la amabilidad de alojarme y permitirme officiar algunos servicios durante mi estancia.

Mi mano todavía descansa sobre la suya. Mis dedos muestran gratitud a los suyos. Las palabras no son necesarias: la mirada vidriosa de Stevenson me dice que comprende.

Yo, ahora, también le comprendo.

Dos semanas después, escucho atento al reverendo Stevenson en la iglesia de Gomes. Habla de la importancia de rezar, de la importancia de perdonar, de la importancia de comprender... Lee los versículos de Oseas que repasaba cuando desperté en el hospital.

Por una vez, comprendo a uno de estos pastores. Para muchos de ellos se trata de un trabajo difícil. Nos piden a todos que no pequemos, que sigamos el ejemplo de Jesús; pero ellos mismos no son capaces de hacerlo todo el tiempo.

Muchos se torturan por ello.

Después del oficio, hablo en la puerta con los dos reverendos. Me despido de ellos y les agradezco todo lo que han hecho por mí. Me siento de nuevo con fuerzas para emprender un corto viaje de tres horas a Corpus Christi. La policía recuperó mi cartera; por fortuna, sólo faltaba el dinero; la documentación y las tarjetas seguían dentro.

Gomes estrecha mi mano primero, me desea suerte. Después, Stevenson, la abarca con las dos suyas. Dios es misericordioso, digo. No nos torturemos nosotros mucho más de lo que lo haría él, digo sin apartar la vista de los ojos de Stevenson. Él comprende, aprieta sus dedos con más fuerza.

—Encuétrala. Y dile que la quiero.

—Lo haré.



Llevo casi tres horas conduciendo por una carretera secundaria, alejándome de la I-35, en dirección este, bajo una acuarela de algodones de vapor de agua sobre fondo azul. Sólo el cielo manchego puede compararse al que contemplo en estos momentos. La brisa transporta el olor del mar mientras me adentro por las calles de Corpus Christi hacia la costa. Un labio partido me recuerda que, esta vez, será mejor cuidar bien dónde me meto. Busco un alojamiento decente, cerca de la playa, donde la gente sólo acuda a pescar, a navegar, a tomar el sol... A pasarlo bien. Atravieso Port Arkansas. La hoguera de fuego y nubes del cielo me retienen cautivo. Jamás había contemplado semejante espectáculo, nunca pensé que un atardecer pudiera guardar tanta belleza. Aparco el coche y me tiendo sobre la arena. Las olas del mar mecen la congoja que me produce el paisaje. Todo es armonioso, perfecto; un enorme vientre materno donde uno no puede sentirse mejor. Los colores del fuego, empiezan a tornar a malvas y morados y, por fin, cae con calma el telón de la oscuridad; el espectáculo se despide hasta la siguiente función. No lo dudo, elijo el motel cercano. No quiero perderme ni una sola de las siguientes representaciones.

Esta vez, no dispongo de un mapa lleno de crucecitas y, por tanto, carezco de planes. No he establecido un orden de búsqueda, ni rutas por las calles. Sólo paseo por la playa, ni siquiera pienso; contemplo el cielo, huelo la brisa, saboreo el mar, acaricio la arena. De vez en cuando, me detengo a observar a los bañistas. Viejos, maduros, jóvenes. Algunas parejas disfrutan de tanta vida que tienen alrededor, de sus cuerpos jóvenes y hambrientos. Los miro y sonrío. Envidio un poco la manera en la que gozan de su juventud, ésa en la que yo no pude hacerlo. Pero me siento feliz al descubrirlos escondidos tras alguna duna, devorando sus pocos años con avidez.

Y no pienso en grasa de automoción, ni en charcos de gasolina sucia, ni en olor de neumáticos quemados...

Ni siquiera recuerdo al doctor Alfonsín, ya no lo necesito y, a veces, mi risa delata mi presencia cerca de los amantes. Algunos me toman por un mirón, otros, se cubren y disimulan avergonzados. No se imaginan que me proporcionan una felicidad muy distinta a la del goce de su sexo.

Una semana después, descubro un embarcadero de madera al fondo de la playa. Me dirijo hacia él, dispuesto a esperar allí la función de la tarde. Cuando piso las primeras tablas, distingo un par de figuras al fondo. Amortiguo mis pasos, me acerco un poco más para poder observarlas con nitidez. Me detengo unos metros antes, no quiero asustarlos. Son dos fantásticos ejemplares de pelícano café. Se atusan las plumas con sus enormes picos. Permanezco paralizado para no espantarlos, con la boca abierta. Observo su comportamiento, su despreocupación, su manera de otear el horizonte, su seguridad...

Claro, ellos saben perfectamente dónde se encuentra su norte. Entonces, otros pasos provocan unos tenues quejidos en las maderas del suelo. Sólo espero que, quien quiera que sea, no los espante. No aparto la vista de las aves, no me interesan los paseantes playeros. Cuando los crujidos se oyen prácticamente a mi altura, se detienen. Sigo sin hacer caso a otra cosa que no sean los dos pelícanos.

—Son preciosos, ¿verdad?

Reconozco ese español achiclado. Sigo sin volver la cabeza, pero esa voz suave ha dibujado en mi mente unos enormes ojos azules y una camiseta amarilla a punto de estallar.

—Has vuelto a encontrarme...

En realidad, casi me avergüenza reconocerlo, esta vez aún no la había buscado. Judit era la única persona ante la que mis miedos, los miedos del doctor Alfonsín cabría decir, se aplacaban. Sin embargo, llegué a Corpus Christi libre de ellos... No había querido reconocerlo ante mí mismo, pero, en el fondo, me planteaba si Judit, de verdad, era el norte que buscaba, si no lo habría sido más la búsqueda que la meta.

Vuelvo la cabeza y veo a la radiante nueva Judit. Su melena rubia, sus ojos que roban protagonismo al mar, su sonrisa, su piel blanca, levemente enrojecida por el sol. Su nariz pelada...

La abrazo con toda la fuerza de una larga persecución, con el ánimo de mi juventud perdida. Ella me abraza a mí. Los dos permanecemos así, hasta que oímos el batir de alas de los dos pelícanos que vuelan hacia el horizonte. Los observamos en silencio, hasta que se convierten en dos puntitos casi indistinguibles.

—Los pelícanos de mi padre... Siempre regresan.

—Ellos saben dónde dirigirse.

—Ojalá lo supiéramos todos.

—¿Por qué volviste a huir de mí?

Judit eleva una de sus manos y escupe sobre ella, luego la extiende hacia mí. Sonríe de aquella manera que lo hacía en Albacete. Yo imito su gesto. Nuestras salivas se mezclan en las palmas de nuestras manos. Entonces reparo en el libro que sostiene en la otra. Una sobrecubierta azul bastante desgastada, letras blancas sobre ella. «Martín Vigil. Una comuna en Madrid».

—¿Sabías que me encontrarías aquí?

—Llamé a Stevenson para saber cómo seguías. Me dijo que vendrías, pero no sabía que te encontraría. Sólo acudo aquí de vez en cuando, a leer y recordar.

Extiendo la mano, ella me acerca el libro. Lo hojeo y observo que Judit lo ha llenado de marcas. Leo un par de ellas al azar:

«Cuando pienso en mi pasado campesino tengo la sensación de haber visto una película y en ella un mundo extraño a mí, sugestivo, remoto e irreal».

«Pero no vino nunca, o no supo encontrarme, o no quiso. ¿Qué queda de los niños en los hombres?».

—Nunca pensé en Martín Vigil como literatura para pensar.

—En todos sitios puedes encontrar analogías...

—No sé lo que queda de aquel Hércules en mí. Ni de mi pequeña morsa rubia en ti. No sé si no he venido antes a buscarte porque no quise, porque no supe o, simplemente, porque no me atreví. En realidad, todos estos años, sólo he sido un egocéntrico que pensaba en ti como mi salvación. Siempre fue así. Aprendí a andar con asidero y nunca fui capaz de soltarme. Ni siquiera cuando me lo quitaron a la fuerza: ahí estuvo Chonín para tomar el relevo.

Judit amplía su sonrisa, se levanta, y me extiende la mano.

—¡Ven!

Me lleva por la costa a toda prisa, hasta un grupo de construcciones para turistas. Espera aquí, dice. Se adentra en lo que parece una heladería y al cabo de unos minutos vuelve con dos enormes merengues sonrosados en las manos. Me ofrece uno de ellos y paseamos por la orilla del mar mientras los degustamos.

Nos detenemos a contemplar el paisaje. La nariz de Judit se ha manchado de merengue. Se la limpio con la yema del dedo y lo saboreo con mi lengua. Entonces, Judit vuelve a mancharse la nariz a propósito y sonríe de nuevo.

Nuestras salivas se vuelven a mezclar.

Esta vez como aquel beso...

Sin manos.

Por fin.

El sofá de Judit es estrecho, aún así, sobra la mitad. Nuestros cuerpos son incapaces de separarse. Recuperan décadas y kilómetros de distancia. Se acarician, se recuerdan, se reencuentran. Sólo ha habido un beso, que todavía dura. Nuestras bocas saborean la saliva hermana. Acaricio los pechos de Judit, consciente de mi propia excitación, pero lo único en lo que pienso es en la lengua de Judit, en el pezón de Judit, en las piernas de Judit... Y no tengo miedo, como siempre supe que ocurriría con ella, y sé que ya no volveré a temer; por fin sé dónde se encuentra mi norte y, lo que es más importante, cómo encontrarlo.

—¿Qué hay de la pureza de la I-35? —bromeo.

Me arrepiento de mis palabras nada más sentir la tirantez del cuerpo de Judit. Por un momento, temo que vuelva a huir. Se aparta, se sienta, se baja la blusa, sus ojos se pierden en el trozo de cielo que se cuelga por la ventana.

—Creo que no hay mala excusa para rezar. No creo que Dios esté pendiente sólo de quién circula por esa autopista...

—¿Eso significa que vas a dejar de recorrerla de arriba abajo. Que voy a poder dejar de seguirte?

—¿En serio quieres dejar de seguirme?

—Lo que deseo es estar a tu lado —digo, e intento volver a abrazarla. Acariciarla de nuevo.

—Sí... estas tres persecuciones han sido divertidas.

Tres persecuciones...

Para mí, hasta ahora, había sido como un prolongado acecho, pero es cierto que la he encontrado tres veces. He buscado y he localizado a Judit tres veces... Como las tres morcillas, los tres botellines de leche...

—¿Quieres huir de nuevo?

—He cruzado el país de norte a sur... Me gustaría recorrerlo de oeste a este. Llevo un tiempo planeándolo. Recorreré la I-80. Después... descansaré.

—Judit...

No lo puedo creer... Judit se ha convertido en una adicta a mis persecuciones.

Te perseguiré como esos pelícanos a su puntito azul, digo; hasta donde sea necesario, mientras desees que lo haga, digo. Ella me abraza y acaricia mi

pelo; intenta leer dentro de mis ojos. Está bien..., dice, y cae dormida sobre mi pecho como si alguien hubiera pulsado el interruptor que la desconecta.

Pero he percibido la duda que colmaba su asentimiento y no consigo conciliar el sueño.

En realidad, ¿Judit desea que la persiga, lo necesita? Unas semanas atrás hubiera creído que, tras el tercer encuentro, ella se hubiera aficionado a ellos. Ahora, con el doctor Alfonsín enterrado, me cuesta tanto creer en sus adicciones como en mis fobias. ¿Por qué se alejó de la I-35 para venir a ver los pelícanos?

¿Ella también busca su norte?

Y, de ser así... ¿Cuál es?

Despierto muy avanzada la tarde. Judit ya no duerme a mi lado. Sólo encuentro unas llaves, mi mapa con una cruz nueva en San Francisco, y unas notas con instrucciones para liquidar con su casero.

Se ha ido.

De nuevo ha huido de mí.

Supongo que, a estas horas, se dirige al oeste.

Busco en mi mapa el punto de inicio de la I-80. Al otro lado del país, en San Francisco. Calculo que me quedan por delante dos mil millas de recuerdos. Espero que el Pontiac continúe tan dispuesto como hasta ahora.

Conduzco con la mente puesta en Judit; son demasiados años de separación como para conocerla realmente, como para ser capaz de intuir nada acerca de qué norte puede estar buscando.

—¿Qué nombre es Judit? —le pregunté una vez.

—Judit, hija de Merarí, hijo de Ox, de José, de Ociel, de Helcías, de Ananías, de Gedeón, de Rafain, de Ajitob, de Elías, de Jelquías, de Eliab, de Natanael, de Salamiel, de Sarasadai, de Israel, —contestó y volvió a morder el bocadillo de morcilla.

—Ah...

Así era Judit. Sus actos insólitos, sus contestaciones inesperadas, sus puñetazos sorpresa... Juan Alberto siempre quiso ser excéntrico. Dicen que los padres proyectan sus frustraciones sobre los hijos. Creo que el cocinero realizó un buen trabajo con Judit. Puede que Mélani tuviera suerte de que a mí no me diera tiempo a hacer lo mismo con ella...

Aunque me hubiera gustado.

Cruzo la I-35 en dirección Oeste a la altura de San Antonio. La dejo atrás, recordando que, al norte, Nicole seguirá dirigiendo el Pink Drink ante las protestas de Stevenson y Mary Jane. Al sur, algún matorral del Rincón del Diablo se habrá alimentado de mi sangre descompuesta y, ahora, ya formo parte de aquel lugar, como la formo de un burdel en Willow River, de una pensión japonesa en Minnesota, del entrañable hogar de Yael en Kansas. Yo, que sólo fui un despojo en un piso vacío de Albacete, he estallado y me he desperdigado de norte a sur en el nuevo mundo.

Y, ahora, me dispongo a hacerlo de oeste a este.

La autopista cruza un desierto pardo con El Paso al fondo. Es un lugar árido, inhóspito. El sol cae oblicuo entre el morro del Pontiac y la ventanilla, haciendo inútil el parasol. No sé las horas que llevo conduciendo. Guiño los ojos para poder seguir. Entonces, creo verlo. Es redondo como una canica y azul como este cielo de Texas. Lo distingo al otro lado del capó del coche, compitiendo con los rayos solares. Piso el freno y salgo de la calzada, me detengo junto a unos matorrales. Busco en el mapa la dirección en que circulo: noroeste. El sol marca el oeste...

El punto azul...

¡Puedo ver el norte!

Recuerdo a Nina embarazada y distingo claramente un enorme punto azul, pienso en mi padre perdido en sus pensamientos y veo el puntito azul; dibujo en mi memoria el Pink Drink y veo un puntito azul, Stevenson y Mary Jane en el coche se convierten en un punto azul, Joe es un punto azul, miro a Jill y su familia en Kansas y veo un puntito azul, recuerdo el enorme falo de Minneapolis e, incluso allí, veo un puntito azul.

Hasta en el Rincón del Diablo soy capaz de ver un puntito azul...

Sé que es imposible, lo sé; pero esa perla cian frente a mis ojos me convierte en polilla. Las piernas empiezan a flojearme, me apoyo sobre el coche sin dejar de mirar al norte. El viejo Pontiac va a dejar de serme útil, no existe una carretera en la dirección que debo avanzar. He de ir a pie, el puntito continua ahí, esperando, indicándome el camino a seguir.

No hay otra salida.

Sé que no la hay...

Un hilillo de agua recorre la comisura de mis labios. Su sabor dulce alivia la aridez de mi garganta, ayuda a que la lengua se me despegue del paladar, a que mis labios se suavicen y dejen de escocerme. Abro los ojos. Descubro frente a mi cara una cantimplora inclinada, sujeta por un hombre robusto, con un sombrero vaquero, una camisa caqui de la que cuelga una brillante placa dorada. Los cristales de espejo desde los que me mira proyectan mi reflejo tumbado junto a unos hierbajos secos, levemente incorporado sobre su brazo izquierdo. Distingo mi pasaporte en el bolsillo de su camisa. Ladeo la cabeza: ha desaparecido; sólo veo al viejo Pontiac Bonneville aparcado a unas decenas de metros.

El punto azul se ha esfumado...

—Este no es lugar para andar sin agua —dice el policía en un español mestizo y meloso—. ¿Se encuentra mejor? ¿Necesita un médico?

Niego con la cabeza.

—Ha tenido suerte. Si hubiera pasado ahí unas horas más ahora estaría llamando por radio a los forenses.

Intento incorporarme. Las piernas todavía no responden bien.

—¿Tiene dónde alojarse?

—No... no pensaba detenerme hasta San Francisco.

—Hay dieciocho horas de viaje a San Francisco. Será mejor que descanse antes. No puedo permitirle manejar así. Le acompañaré a un motel decente y será mejor que descanse allí un buen montón de horas antes de darme más trabajo. Llamaré a una grúa para que le lleven el coche.

La bañera del bungalow está fabricada a la medida de los cuerpos más grandes de este país. Y eso quiere decir que, fácilmente, cabrían tres como yo. Dejo caer el agua caliente, el vapor se extiende poco a poco por el baño, adhiriéndose a los azulejos, al espejo, al aire. Un volcán de espuma emerge debajo del chorro. Me sumerjo y un calor apacible y húmedo acaricia mis músculos hasta aflojarlos. Relajo cuerpo y mente y pienso en la perla azul. La vi. Quizá el cansancio y la sed me provocaran alguna alucinación; sin embargo, aquel punto azul estaba ahí, delante de mí, indicándome el norte. Quizá fuera el norte magnético, quizá el geográfico, o... quizá se tratara de mi propio norte y el de nadie más...

Quién sabe si no llegué volando hasta aquellos hierbajos secos donde me encontró el policía.

Quién podría negar que, por un momento, me convertí en pelícano...

La I-80 parte desde aproximadamente Division St., poco antes del famoso puente sobre la bahía de San Francisco. Comienzo de nuevo la búsqueda desde el lado oeste del puente. Un Starbucks Coffee es un lugar tan bueno como cualquier otro y, de paso, me despejo un poco. Desde este café del Embarcadero se puede distinguir la grandiosidad del puente extendiéndose hasta Yerba Buena Island, al sur de Treasure Island (la isla del tesoro). La tarde empieza a caer, yo me dirijo al norte en busca del cofre escondido. No encuentro el oro, pero me doy de bruces con un inmenso rubí lleno de tonos que van desde el malva, al anaranjado. El perfil de los rascacielos se recorta



contra la bóveda celeste y miles de ventanas iluminadas compiten con el espectáculo de la huida del sol.

Es imposible que Judit ande lejos de aquí.

Paseando por sus calles, descubro una placa donde explica que esta isla fue construida con arena de la bahía entre el 36 y el 37. Me resulta increíble que el hombre sea capaz de estas proezas. Mi abuelo liándose a tiros con el vecino y estos tíos robándole sitio al mar...

Giro trescientos sesenta grados para abarcar todo lo que mi cerebro pueda retener.

La encuentro antes de los ciento ochenta.

Creo que, últimamente, me encuentra ella a mí.

Sus preciosos ojos azules sonríen junto al resto de su cara. Hola, dice. Hola, contesto. Has tardado poco, dice. Ha sido suerte, contesto. ¿Y ahora qué?, pregunta. ¿Te apetece un filete?, contesto.

—¿Filetes? ¿Te has dado cuenta cuánto mar tienes a tu alrededor? Ven.

Tira de mi mano como del hermano pequeño que, en realidad, siempre fui. Conozco un restaurante chino donde puedes comer el mejor pescado de toda la Costa Oeste, dice mientras hace gincana con los otros coches sobre el puente. Y yo contemplo desde el otro lado del enorme asiento, sin abrir la boca, esa seguridad tan suya, tan de mi ballena rubia...

Pero Judit ya no es mi pequeña Moby Dick.

Ni yo el héroe que la salvó de inanición.

Lo que nunca imaginé fue que el norte pudiera cambiar de sitio...

—¿Tú sabes quién fue Judit?

La pequeña morsa rubia meneaba un moflete hinchado como un globo, intentando reducir el pan y la morcilla.

—Sí... la hija de un montón de gente.

—¿Sabes qué hizo?

—Ni idea...

—Salvó a su pueblo. Se hizo pasar por una fresca, se ligó al rey enemigo, lo emborrachó y le cortó la cabeza. Luego la colocó en lo alto de las murallas y todo su ejército se largó cagado de miedo.

—Ah...

—Hay que tener cuidado con las Judit, Hércules...

Que se lo digan a Chonín.

Todos los días ocupábamos un rincón del patio apartado del jaleo de los demás, donde, a ser posible, no llegaran los acordes del «Me lo dijo Pérez». Poco a poco, nos fueron dejando en paz, excepto Chonín, a la que le costaba mucho resignarse a no pasar el relevo del tarugo. Judit me contaba estas historias que, poquito a poco, me calaban hondo y dejaban dentro un poso que se iría convirtiendo en una especie de oráculo.

—Yo, un día, también salvaré a mi pueblo, ya verás.

—¿A los ingleses?

—No, hombre, a...

Chonín, una vez despachado el almuerzo, se acercaba a nosotros blandiendo su tarugo. Los dos la observábamos.

—... A los que son como nosotros. Un día cuelgo la cabeza de uno de esos de la portería.

—¿La de Chonín?

Judit se levantó hacia ella. La gorda del prurito detuvo su marcha, quizá esperando ya el puñetazo en los morros, sin haber empezado siquiera a

chincharnos. Pero Judit le pasó el brazo por los hombros y me dirigió una enorme sonrisa.

—¡No hombre! ¿Es que no te enteras? Ella es de los nuestros.

Chonín siempre fue una de los nuestros, aunque se resistiera a darse cuenta. Sin embargo, aquella muestra de camaradería, aquella solidaridad que nunca había experimentado, consiguió que jamás volviera a inventar una letra de canción ligera para nosotros.

Se acabaron los soniquetes y los puñetazos en los morros.

Me pregunto por qué tantos hoteles de este país disponen una biblia en la mesita. Repaso el Libro de Judit, con los recuerdos enredándose entre las letras.

«Salió aprisa y entregó la cabeza de Holfernes a su doncella, quien metió en las alforjas de las provisiones. Entonces salieron ambas a la oración, como de costumbre. Atravesaron el campo, bordearon el valle, faldearon la montaña de Betulia y llegaron a las puertas de la ciudad».

Hojeo de nuevo el Libro, rápidamente, buscando algún pasaje al azar. Las hojas se abren en Isaías, curiosamente, en el capítulo treinta y cinco. No ha sido casualidad, una cartulina satinada esperaba ahí guardada. Es una fotografía. Me invade una morbosa curiosidad, un repentino interés por descubrir qué desconocido ocupó antes esta habitación; quiénes han dejado aquí parte de su existencia.

La media sonrisa morbosa se convierte en melancólica al descubrir al otro lado del papel la hermosa sonrisa azul de Judit abrazada a la enorme de Joe. Los dos permanecen atentos a la cámara al lado de una autopista, delante de un cartel de fondo verde con grandes letras en blanco reflectante: I-35.

Me fijo en las páginas sobre las que dormitaba la fotografía, subrayado a lápiz el pasaje de Isaías. Vuelvo a la primera página. Encuentro allí una clara ortografía de hombre.

Love.

Joe.

Resulta que es la Biblia de Judit, no del hotel. Vuelvo a contemplar la instantánea.

Love...

En realidad, se les ve en los ojos.

¿Qué lees?, pregunta Judit secándose el pelo en la puerta del baño. Me quedo contemplándola, la luz halógena del espejo provoca un aura que rodea todo su albornoz blanco. No aparenta la edad que tiene, es como si, para

seguir con sus buenos hábitos, hubiera decidido ir al revés que los demás; y, cuanto más tiempo transcurre, mejor aspecto tiene.

Sigue siendo rara, sigue siendo rubia...

Aunque ya no es gorda.

Ya no es mi pequeña ballena rubia, mi pequeña Moby Dick, mi pequeña morsa de pelo de paja...

Ella, con esa pinta, se hubiera convertido en una de las protagonistas del grupo de los chicos guays. Puede que el bombachos hubiera ganado unos puntos de popularidad ante el rebaño; pero Chonín se hubiera quedado sola entonces; seguramente ni siquiera habría estado a punto de tener una hija.

No... esta no es mi Judit...

—He de irme...

—¿Qué ocurre?

Blando la Biblia ante ella.

—Los designios del señor... ya sabes.

Me dirijo hacia la puerta de la habitación. Judit permanece inmóvil en el quicio del baño, sin saber qué decir. Abro la puerta y la oigo detrás.

—Creí que habías encontrado tu norte...

Sonrío, cierro la puerta, me acerco de nuevo a ella, levanto la palma de mi mano, observo sus líneas... Escupo sobre ella y la extiendo hacia mi amiga. Judit me imita y unimos nuestras salivas de nuevo. La beso en la cara; ella la ladea; sus labios buscan los míos, como si se sintieran decepcionados porque esperaban ser ellos los besados.

—Lo he hecho, hermana... Lo has conseguido: has salvado a tu pueblo.

Nos abrazamos, como aquel día en la estación de Albacete. La única diferencia es que, ahora, puedo abarcarla entera.

—Olvidé que tenía un mensaje para ti. Joe me pidió que te dijera que él tampoco sabía que la primavera durara sólo un segundo.

Ella toma asiento en la silla junto al escritorio, se pierde en el paisaje al otro lado de la ventana.

—Es tarde —vuelvo a decir desde la puerta—. No huyas aún, esperemos unos días. Tenemos tiempo.

Judit asiente en silencio, sin mirarme. Me marchó y la dejo inmersa en sus pensamientos.

No tengo donde alojarme, aparco el coche frente a la bahía, alterno mi vista entre el grandioso paisaje artificial y el teléfono público, fumando un

cigarro tras otro... No me decido, pero sé que, de todos modos, es lo que voy a hacer. Mi hermana de saliva me ha rescatado. Ahora me toca a mí. Me acerco a la isla de luz que provoca la farola sobre la cabina. Descuelgo, extraigo un papel arrugado de mi bolsillo...

—¿Joe? Perdona la hora... ¿Cuánto tardarías en llegar a San Francisco?

Cinco paquetes de tabaco.

Eso es lo que Joe tarda en pisar el aeropuerto de San Francisco.

Lo espero en la terminal de llegadas. Todavía no estoy convencido de lo que hago, aunque sé que, de todos modos, voy a hacerlo. Joe sabrá cuidar de Judit mucho mejor que yo. Y ella lo prefiere así. Lo ignora, pero algo dentro de sí sabe que lo que digo es cierto. Pude ver los ojos de Joe cuando Judit desapareció, descubrí un brillo especial en los de ella cuando me estaba arrestando; el gesto torcido cuando el policía declaró el asco que le producía vernos chocar las manos llenas de saliva...

Esos dos todavía no habían llegado a sus nortes... pero se encontraban a rumbo. No hubieran tardado en arribar si no hubiera sido por el inoportuno iceberg que se cruzó en su camino.

Fui el culpable de enfriar aquello que Judit había encontrado, de que se alejara de su norte. La pequeña morsa de ojos azules, todavía después de tantos años, no podía evitar el cuidar de mí, de su hermano de saliva, del pequeño capitán Trueno que la salvó de inanición entregándole su perrito caliente manchego y arriesgándose a ser descubierto por la caterva guay.

Judit siempre me protegió...

Pero jamás me amó...

Yo siempre añoré la seguridad que sentía a su lado...

Y lo confundí con amor...

Ahora que todo ha pasado, que el doctor Alfonsín ha muerto, que he conocido a quien creía conocer y que resultó ser alguien muy distinto a mi padre... Ahora que me he dado cuenta de lo afortunado que fui con Nina y de que Mélani hubiera sido, que en realidad fue, un regalo del cielo.

Ahora que por fin vivo...

Ahora debo reparar las ruinas de toda esta batalla.

Distingo a Joe andar por el pasillo entre la gente, con una maleta en la mano y su sombrero de piel con orejeras en la otra. Supongo que mi llamada no le ha dejado demasiado tiempo para pensar sobre el clima de California. Me extiende su enorme mano. Nunca creí que llamarías, dice. Eres un tío legal, dice.

Llevando al grandullón en el coche entiendo por qué en este país los hacen tan grandes. Pongo rumbo a la bahía de nuevo. El sol empieza a asomar al otro lado.

—Te explicaré lo que has de hacer —digo sin apartar la vista de la carretera—. Es fácil... con tres veces bastará, digo.

Joe entra a la habitación y me encuentra observando la palma de mi mano todavía húmeda.

—Dios... no eres mal tipo, pero eres asqueroso —dice—. Al tío de la recepción no le has caído muy bien...

—Ese sí que es asqueroso.

—¿Por qué crees que ha elegido este pueblo de mierda?

Me encojo de hombros. Beowave es un pueblo tan bueno o tan malo como cualquier otro. La moqueta azul se hunde bajo el peso del policía, que permanece de pie abrazando unas cuantas bolsas de supermercado.

—He ido a hacer la compra. Ésta es la definitiva... quiero que sea una velada romántica. Mira, he comprado vino espumoso.

Levanto la vista. Joe muestra orgulloso una infame botella con tapón de aluminio. El sol, antes de desaparecer detrás de las rocosas, acuchilla el polvo en suspensión a través de los cristales de la ventana.

—¿Qué te pasa? Desde Reno no has hecho más que fumar y parece que te hayas vuelto mudo.

Reno...

Nos alojábamos en un motel, en el cruce de Virginia St. con la quinta. Un buen lugar para divertirnos una vez hubiéramos encontrado a Judit. Joe quería compartir con ella algo que recordar más allá de habitaciones cutres y asfalto. El policía eligió ese motel cuando vio que las otras tres esquinas las ocupaban un circo permanente, un casino, una joyería tan grande como un Mac Donalds y un casino. Pensaba recorrer una ruta turística con ella, empezando por el circo; continuando, en sentido contrario a las agujas del reloj, por el casino y, antes de volver al motel, la joyería. El gigantón sabía que sólo era la segunda vez que la encontrábamos. En San Francisco ya habían salido solos a divertirse un rato después de «salvarme». Además, aquella joyería era como

un imán para el cariño del grandullón. No pudo resistir llevarla, comprarle un anillo y, aprovechando que estábamos en Nevada, proponerle un matrimonio exprés. Ella aceptó el brillante y rechazó la boda sólo de momento. Pero Joe ya conocía la estrategia. No le importó.

Él y yo sabíamos que bastarían tres veces...

Descubrir aquel anillo luciendo en el dedo de Judit acentuó unos sentimientos que ya había comenzado a experimentar cuando dimos con ella en San Francisco y los vi abrazados por la cintura, sonriéndose el uno al otro, antes de alejarme para dejarlos a solas. Yo avisé a Joe, le había explicado el plan, sabía que terminarían juntos... ¿A qué aquella opresión? Judit no era mi norte. ¿Por qué no alegrarme de la felicidad de mi vieja hermana de saliva?

No pude evitar un comportamiento mohíno. Me alejé de ellos y deambulé por la ciudad. No soy capaz de recordar ningún pensamiento; sólo encendía un pitillo tras otro, sin fijarme en otra cosa que no fuera dónde iba a apoyar el siguiente paso. Recorrí calles, crucé pasos de peatones, deambulé por vías desconocidas.

Sin saber cómo, me vi sentado en la primera fila de un garito lleno de maromos expectantes con las manos repletas de billetes de dólar. Un millón de focos multicolor centelleaban alrededor de la pista que se extendía frente a mí, sobre la que habían dispuesto una silla y una barra vertical de metal niquelado. Mi entendimiento volvió a activarse y fijé la vista en la morena que ocupaba el escenario en actitud lasciva mientras acercaba sus labios a la barra.

Todo muy conscientemente alegórico.

Atendí a los movimientos de la mulata que abrazaba el falo de aluminio con una de sus piernas; el agua cayendo fina sobre una camiseta blanca cada vez más transparente; mis compañeros de grada aplaudían y callaban a partes iguales con excitación babosa, billetes en mano, preparados para introducirlos en la alcancía de un tanga que apenas cubría la única parte de la muchacha que nunca veríamos. Me fijé en unos movimientos de cadera que casi invitaban a saltar al escenario; en aquellos pechos quirúrgicos, firmes y gelatinosos; en la invitación de sus ojos clavándose en los míos; en aquellas dos hileras blancas detrás de sus labios de cereza, apenas separadas por una leve sección de lengua sonrosada, hipnotizadora, sinuosa como una cobra. Rebusqué en mi bolsillo e introduje en su tanga el primer billete que encontré. La chica debió de pensar que, por veinte dólares, bien me merecía un ratito más a su lado, me guiñó un ojo y continuó el *show* frente a mí. La recompensa por no ser tan tacaño como el resto de babosos... Sus manos



fueron elevando la camiseta mojada, sus ojos no se apartaban de los míos, su boca lanzaba falsas invitaciones a la mía. Ante tanta petición, yo no podía resistirme a añadir un billete más en el hilo que ataba la pequeña pero infinita distancia que separaba nuestras fantasías, las de todos nosotros, de la fría realidad. La camiseta desapareció, sus pechos se liberaron a muy pocos centímetros de mí.

Sin dejar de mirarlos, me sorprendí a mí mismo pensando en latas oxidadas, en cristales rotos, en ruinas apestando a orín...

La insistencia de la morena no cesaba, había descubierto los billetes de veinte que aún me quedaban en el bolsillo.

La presión en mi pantalón se acentuaba.

Y yo imaginaba váteres atascados, imaginaba fragmentos de papel higiénico usados, imaginaba excrementos desperdigados...

Las piernas de la estríper flexionándose frente a mí...

Uñas recién cortadas... pañuelos pegajosos... compresas usadas...

La estríper corrió como un gatito espantado detrás de las cortinas del escenario. Un par de matones vestidos de negro con auriculares color carne en una de las orejas me levantaron como a un pequeño cubo de basura. Yo continuaba gritando y retorciéndome como un endemoniado. Únicamente dos golpes en las costillas consiguieron silenciarme. Y eso sólo porque pararon la circulación del aire en mis pulmones. Los gorilas me tiraron al lado de unos contenedores y me quedé allí quieto, acurrucado, sollozando. Las lágrimas empapaban mis manos.

Poco después, recuperé la respiración, me incorporé, sacudí un poco la suciedad de mi ropa y comencé a arrastrar los pies de vuelta al motel. De camino, paré en una farmacia a comprar un enorme tubo de pastillas para dormir y en una licorería a por una botella de tequila.

El doctor Alfonsín había resucitado y yo debía recuperar todo mi arsenal defensivo...

No puedo explicarle a Joe que tendría que recuperar mi norte. No quiero recuperarlo. Esta vez no. Ya les he perjudicado bastante.

Me llevo otra pastilla a la lengua y la empujo con un trago de tequila. Enciendo otro pitillo.

Joe me observa sin pronunciar una palabra, con el afecto que hemos adquirido el uno por el otro; se mordisquea el labio inferior y niega con la cabeza. Pero su ilusión es más fuerte que su piedad; sale hacia su bungalow a prepararlo todo. Judit se hospeda a unas pocas millas, todavía tengo que conducir hasta allí y traerla al cuarto de Joe. El protocolo es importante. Después de esta noche, todo habrá terminado. El policía no ve el momento de volver a Minneapolis con ella. Me ha contado todos sus planes de boda, sus planes de vida... sus planes de felicidad. He escuchado durante cientos de kilómetros cómo Judit no ponía pegajos; cómo, cada vez se unían más; cómo ella le había prometido que, después de «salvarme», volvería con él.

Desde lo de Reno... me da igual.

Se da la vuelta bajo el marco de la puerta. Yo empiezo a incorporarme para cumplir con mi tarea. Escucha..., dice, ya no hace falta que la traigas tú. Ella entenderá, dice.

Muestro mi conformidad con un gesto y me dejo caer de nuevo sobre la cama.

—Dile que estoy bien... Miéntele. Si no, ella no se librará de mí jamás. Dile que vuelvo a España. Dile que soy más feliz que nunca.

Joe regresa a mi lado en silencio, apoya una mano en mi hombro y lo oprime. Siento la presión del afecto de esos dedos enormes.

—Una última cosa, Joe...

El grandullón atiende en silencio.

—Llévala a ver a su padre.

Asiente y vuelve a apretar. Levanto la vista y le guiño un ojo. Ha sido divertido..., digo.

Sale de la habitación. Apago la colilla sobre el cenicero y enciendo otro. Observo el tubo de pastillas; distingo dentro de él a Nina, la cara borrosa de un bebé, a mis padres. Todos ellos me miran desde esas píldoras. Los echo de menos...

Mi verdadero norte desapareció hace años.

Y yo he de ir tras él. Ya no hay vuelta atrás.

Un pueblo casi fantasma es el mejor sitio en el que podríamos haber pensado para traerla. La iglesia más cercana, se encuentra a unas quince millas al sur, el cementerio, a alrededor de cuarenta al este.

No es mal sitio para una boda...

O para un entierro.

Vací el tubo en mi boca; desbordo el vaso con el tequila; me trago hasta la última gota sin respirar; enciendo un último pitillo.

Y descanso tendido sobre la enorme colcha azul.

Al fin un respiro...

A la montaña de manteca de la recepción no le va a hacer mucha gracia. Puedo imaginármelo escupiendo tabaco cuando abra la puerta.

Distingo entre las nieblas del sueño a Joe y Judit, abrazándose el uno al otro, brindando con un vino espumoso de botella de tapón de rosca, compartiendo su felicidad. Los destellos del anillo se clavan en mis pupilas. Joe detiene su mirada fraternal en mí; extiende el brazo, señalándome una dirección. Sonrío...

Es el norte.

Sed felices, deseo al aire de mi cuarto. Sé que ellos pueden oírme.

Todo es reconfortante, tranquilo, silencioso como no podría ser de otro modo: al fin la paz; el final del camino; el norte... No puedo ver nada, aunque siento que unas manos toman la mía por la muñeca. Quizá sea Nina, que ha llegado para hacer de guía, para ayudarme a empezar de nuevo, para presentarme por fin a Mélani.

¿Sabrás mi nombre, Mélani, aquí en el cielo? ¿Me conocerás?

Charlaré un rato con mi padre, le contaré que conocí a Jill; seguro que mi madre, Yael y él ahora son buenos amigos. Aquí sí. Aquí podremos disfrutar todos juntos; recuperar el tiempo perdido, todo lo que nos quedó por vivir. Ahora lo conseguiremos, unidos. Aquí ya no deben de existir los celos, ni las rencillas...

Ni el sexo.

Es como si todavía tuviera cuerpo y alguien deslizara una esponja por él. Nina me prepara para los demás. Apenas se escuchan unos pasos amortiguados y unos zumbidos que se activan y cesan enseguida. A veces, una leve tos, unos siseos. Nina me ha soltado y ahora empiezo a sentir un dolor puntiagudo en el antebrazo. En este lugar también existe el dolor. El estómago parece despertar con un incendio dentro de él y la garganta me abrasa como si tragara lija. El olor es dulzón, aséptico, suave y constante. Huele a medicina y alcohol, a aire acondicionado, a silencio por favor.

No puede ser...

Consigo despegar un párpado. Todo es borroso al principio; distingo un pequeño monitor, un punto verde lo cruza saltando a espasmos regulares. Miro alrededor y todo son aparatos semejantes, camas semejantes, muertos semejantes...

Cierro de nuevo los ojos. Esta vez tampoco lo he conseguido. No quiero ver el resto. Querría no volver a abrirlos. Los sollozos provocan que la garganta me rasque aún más. Debí haber comprado un tubo de pastillas más grande, haber bebido más tequila, haberme hecho con un revólver...

Una mano seca mis lágrimas con una gasa. Ahora ya sé que no es Nina, que no son ni mi padre ni mi madre, ni Yael. Que no conoceré a Mélani. Abro de nuevo los ojos y veo una figura con una túnica azul, un gorro azul, una mascarilla azul, y unos enormes ojos azules que me observan tristes. Detrás, una montaña también azul se rasca la cabeza nervioso, sin saber muy bien dónde dejar descansar sus enormes manazas, sin decidir dónde posar su mirada. Hola, Hércules, dice, menudo susto nos has dado, dice. Indeciso, toma por la cintura a Judit.

Una enfermera les indica que es hora de que se marchen. Judit se inclina sobre mí, besa mi frente. Iremos a verte a la habitación, dice. Nosotros cuidaremos de ti. ¿Te acuerdas de quien fue Judit, verdad? Ella siempre salva a los suyos, dice.

Desde la ventana de mi cuarto puedo contemplar el paisaje llano y helado de Nevada. El doctor me ha recomendado pequeños paseos, que comience a ser yo de nuevo, ha dicho. A ser yo... ¿Se habrá preguntado por qué estoy aquí? No me apetece levantarme de la cama; no me apetece comer; no me apetece ver la televisión. No me apetece ser yo... Me contento con el panorama blanco del exterior.

Judit aparece por la puerta con un ramo de flores multicolor. Para que me alegren la vista y el olfato, dice. Después, se sienta a mi lado, me mira a los ojos sonriendo, sin pronunciar una sola palabra más. Levanta su mano y escupe en ella, después estrecha la mía. Me besa en la cara. Nos quedamos los dos así un rato.

—Siento haber puesto tu vida patas arriba...

—Casi lo consigues, la verdad... Pero has conseguido algo mucho mejor. Has asentado a tu loca hermanita de saliva.

El anillo brilla sobre la mano que estrecha la mía. Lo observo detenidamente.

—Es un buen tío.

—Lo es... Gracias por ayudarlo.

—En realidad, lo hice por ti.

Vuelve a besarme la cara.

—No lo hagas más, o ya no podrás parar... —bromeo.

—Siempre creíste en eso de las tres veces, ¿verdad? Joe me contó la estrategia que le preparaste para que me quedara con él. ¿Sabes por qué continuamos los tres desde San Francisco?

Levanto la mirada para atender. La invito a que continúe.

—Fue por ti. Pensamos que te sentirías mejor, que volverías a España convencido de que me habías salvado. De que te habías salvado a ti.

—Los tres bocadillos de morcilla, los tres botellines de leche, los tres puñetazos a Chonín. Las tres huidas... Todo aquello no me lo he inventado yo.

—No... todo empezó cuando éramos unos críos. Entonces creíamos aquella historia de las tres veces... Ese impostor te hizo mucho daño...

Los ojos se me inundan de nuevo. El nudo de la garganta apenas me permite emitir un sonido.

—¿Y la huida a San Francisco? ¿Y los pelícanos? ¿Y Corpus Christi?

—Lo que ocurrió en Corpus Christi fue un error mío. No debí permitir que sucediera. Apareciste en Willow River en mal momento, Hércules. Mi vida se desmoronaba. Stevenson, mi padre, Joe, el movimiento de la I-35. Mi cabeza era como un vaso de batidora con todo aquello dentro; me bloqueé, me costaba tomar decisiones; me dejaba llevar... Y, de pronto, descubro el coche de mi padre en el aparcamiento de la iglesia y apareces tú en aquel burdel. Un torrente de imágenes desbordó el vaso. Contigo volvían los tiempos de Albacete, mis padres y yo todavía juntos... No podía soportarlo y tuve que desaparecer. No quería que me encontraras, Hércules. Ya tenía bastante conmigo misma. Sin embargo, lo hiciste. En Corpus Christi, después de contemplar juntos a los pelícanos, recordé los tiempos de Albacete. Añoré la niñez... Me dejé llevar a donde nunca debí haber llegado.

—Pero huiste a recorrer la I-80... Te habías enganchado al juego...

—En realidad, sí que huí, pero cuando apareciste con Joe, él me contó tus planes. Decidimos que lo mejor sería llevar a cabo tu proyecto. Joe me encontraría tres veces y, después... Ya sabes lo que vino después.

—Los dos descansaríamos...

Judit asiente. Una enfermera avisa de que se acaba la hora de las visitas. Mi vieja Moby Dick rubia recoge su bolso y se despide de mí con un beso. La detengo por el brazo antes de que se aleje.

—¿Qué te ocurrió con tu padre?

—Ya sabes cómo es... Siempre quiso convertirse en un tío raro. Nunca se dio cuenta de que su gran extravagancia consistía en eso mismo, en su deseo. Pero cuando resultó que la atípica de verdad era su hija... No le gustó que adelgazara, no le gustó que me hiciera evangelista, no le gustó que me dedicara a acosar lupanares. En fin, no le gustó en lo que me había

convertido. Simplemente nos distanciamos después de discutir hasta lo insoportable.

—Te echa de menos.

—Lo sé —dice—. Iremos a verlo en cuanto salgas de aquí.

Aflojo el puño que la retiene. Las dos manos se acarician al separarse. Su suave melena rubia vuela cuando se da la vuelta. Vuelve a sonreírme desde la puerta.

—Da recuerdos a Joe.

—Mañana podrás dárselos tú.

De nuevo a solas en la habitación, contemplo otra vez el paisaje. En Nevada, los anocheceres son como despedidas; fríos, solitarios; muy parecidos a los del invierno manchego. Me traen a la memoria las visitas vespertinas a la consulta del Doctor Alfonsín; la bombilla triste de la sala de espera, los asientos roídos por decenas de traseros de dueños incautos como mi madre, el pasillo tenebroso que llevaba a la consulta; la asistente de ojos cansados que me acompañaba; la sonrisa del impostor, el diván, el qué tal meloso y musical de su falso acento argentino; el olor del Winston apagado en un cenicero de cristal de roca. A mi madre extendiéndole unos billetes doblados antes de despedirnos... «Ya sabés, Hércules: la actitud es parte de la aptitud. No lo olvidés».

Sacudo la cabeza y enciendo el televisor. Un reverendo vocea consignas evangélicas desde la pantalla, mientras un número de cuenta sobreimpreso me invita a realizar un donativo.

Cambio de canal.

«Como un dolor de muelas», de Sabina suena en la radio del taxi. Contemplo la avenida de Pio XII por la ventanilla. He llegado a mi puerto...

Judit y Joe alquilaron un apartamento cerca del hospital. Uno con dos dormitorios. Llenaron el mío de flores y pegaron una pancarta de pared a pared del salón. Bienvenido a casa, decía. Prepararon una pequeña fiesta de recibimiento. Velas en la mesa; unos chuletones de vaca que sólo el grandullón sería capaz de comer entero; coca cola para beber; brownies con helado de vainilla de postre; y, para la sobremesa, música de Joaquín que el policía se esforzaba en escuchar aunque no entendiera. Ella cantaba las letras y yo traducía para que él entendiera.

Al terminar, los tres brindamos sin alcohol.

—Por los principios —dijo Judit.

—Por los principios —repetimos.

No me permitieron ayudarlos a recoger. Nosotros nos ocupamos de todo, dijo Joe. Yo me senté en el sillón mirando el teléfono de al lado. El aparato actuaba sobre mí como un imán, intentaba hablarme, me invitaba a utilizarlo, a cerrar heridas abiertas; a ayudar a quien tanto me había ayudado.

Levanté el auricular y ambos detuvieron sus quehaceres, observándome, con los platos en la mano, a medio camino de la cocina.

—¿Juan Alberto? Hércules... Bien, bien... En Nevada... Escucha, aquí hay alguien que quiere hablar contigo.

Extendí el brazo hacia unos enormes ojos azules confusos. Judit tomó el teléfono lentamente, empujando hacia abajo el nudo de su garganta; el pulso le temblaba casi tanto como la voz.

—¿Padre...?

—Joe —dije— fumemos un cigarro fuera.

Los dos salimos a disfrutar del gélido clima de la noche de Nevada. Dábamos saltitos entre calada y calada y nos frotábamos las manos para evitar



que se helaran. Después de tres pitillos, cercanos a la congelación, decidimos volver a entrar. Judit seguía al teléfono. Sonreía.

—Sí... aquí está... te lo paso.

Volví a escuchar la voz de mi paisano al otro lado.

—Escucha, Hércules. Vende ese viejo trasto y coged un avión. Tráela aquí cuanto antes.

El recepcionista del hotel de Beowave aceptó el viejo Pontiac como compensación por los estragos en la moqueta y la colcha. Incluso se ofreció a acercarnos al aeropuerto al día siguiente. Judit y Joe ocuparon el asiento trasero y yo no tuve más remedio que hacerle compañía delante.

—Así que, de Europa —escupitajo por la ventanilla—. Vino usted a palmarla muy lejos, —escupitajo.

—Sí...

—Ustedes los europeos están todos locos.

—No todos. Sólo los sicópatas...

—...

Escupitajo.

Juan Alberto nos esperaba en la terminal de Cleveland con flores en la mano y la ilusión en las pupilas. Se acercó a nosotros con pasos dubitativos y extendió el ramo a su hija. Judit lo tomó, se lo plantó a Joe en el pecho, que lo agarró con un gesto torpe y confuso; y saltó sobre su padre para abrazarlo. Las lágrimas resbalaban por la cara del viejo cocinero. Sus manos arrugadas, sobre la espalda de su hija, intentaban recuperar todas las caricias perdidas; borrar las discusiones pasadas; encontrar la absolución. Ella besaba sus mejillas una y otra vez. No pronunciaban una palabra, no había tiempo para hablar, ni un solo segundo más que perder. Joe y yo los observábamos a un par de metros, la vista a los ojos del grandullón e intuí en su garganta el mismo nudo que ocupaba la mía. Después, por fin se separaron. Judit secaba las lágrimas de su padre con caricias. Juan Alberto reparó en el anillo. Ella hizo un gesto al policía para que se acercara.

—Este es Joe, Padre...

Extendió su enorme zarpa hacia el cocinero. Éste agarró la mano, lo atrajo hacia sí y lo abrazó de puntillas, con toda la fuerza de que era capaz. Después me miró a mí, descubrí en su cara aquella sonrisa que olía a merengue de fresa y a los pinos del parque, la sonrisa de mi niñez, la de la ilusión de placa azul con letras blancas. También me rodeó con sus brazos.

—Gracias, gracias, gracias... —repetía a cada apretón.

Una vez en casa de Juan Alberto, preparó otra tortilla de patatas, fritas con mantequilla. Comimos sentados en el porche, con vistas a la costa. Juan Alberto volvió a contar la anécdota de los turistas de Cedar Point vomitando en la montaña rusa gracias a su atascaburras. A Joe se le saltaban las lágrimas por culpa de una risa que nos contagiaba a todos los demás hasta retorcernos. Hacía mucho que no reía así. Después, nos preguntó por nuestros planes. Judit y Joe lo tenían todo pensado. El policía podía contar con una plaza en Willow River y ella ayudaría en la iglesia de Stevenson. Aunque, dijo dirigiéndome la vista, se acabó ir a molestar a los clubes de carretera.

—¿Tú frecuentas esos sitios, Hércules? —preguntó Juan Alberto al advertir la mirada.

Entonces comencé la historia desde que salí de su casa con su Pontiac Bonneville azul de capota negra. Les hablé de la impresión que me causó el reverendo Johnson, de cómo me perdí en Willow River, a cinco minutos de mi destino. Obvié mi primer encuentro con Stevenson en el descampado. Les conté la primera vez que vi a Judit en el aparcamiento del Pink Drink; lo que sentía una pelota de béisbol. Les expliqué que un ángel de ojos verdes me salvó y cuidó de mí. Mencioné la terraza, el benévolo sol de otoño, los colores ocres del bosque. Desde mi emoción, sentí la suya, cuando les dije que aquél hubiera podido ser un buen norte; que tuve que marcharme porque no podía devolver todo lo que recibía. Volvieron a reír con la fiesta del dios de la fertilidad. Y todos nos llenamos de nostalgia cuando recordé las cartas de Yael a mi padre y les hablé de la entrañable familia de Jill. Temblamos al volver al Rincón del Diablo. Judit sonrió con ternura al describirles los cuidados de Stevenson, al oír mis palabras elogiosas hacia la misa de Gomes.

—Después, me fui a Corpus Christi...

Y guardé para mí el recuerdo del encuentro con Judit, el merengue en sus labios...

—... Y ya sabéis el resto.

—Puedes quedarte aquí el tiempo que quieras.

Apreté el hombro de Juan Alberto.

—Gracias... pero es hora de volver.

—¿Volver? —dijo Joe—. ¿Para qué? Aquí tienes tus amigos. Ahora somos tu familia.

—Para cerrar heridas, Joe... Para volver a mi lugar.

Dos días después, otra vez en el aeropuerto de Cleveland, me despedía de ellos. Hubiera deseado que el avión se retrasara para poder abrazarlos un poco más. Antes de coger la bolsa, me acerqué al policía. Él me sonreía desde su enorme estatura. Levanté la mano a la altura de mi cara y escupí sobre ella, luego se la ofrecí. El grandullón no pudo evitar contraer los labios y enseñar los dientes.

—Dios... eres asqueroso...

Después, él también escupió en su mano y la estrechó con la mía. Sin soltarlas, volvimos a abrazarnos. No te olvidaremos, pequeño cochino español..., dijo. Nada de más tonterías, ¿de acuerdo?, dijo...

—Tranquilo. Ya se me han gastado todas.

Se separó de mí, con su gesto socarrón.

—Ya... pero seguro que sabes conseguir nuevas.

Judit observaba nuestro abrazo a unos metros. La miré desde los brazos de Joe y extendí un brazo hacia ella para que se nos uniera.

Después, me dirigí hacia la puerta de embarque sin querer mirar atrás. Si lo hacía, quizá no fuera capaz de marcharme.

El taxi ha llegado a la estación de Chamartín. Pago y entro en dirección a las taquillas. Pronto descubro el paisaje manchego al otro lado del cristal; el cielo y el sol me obsequian con un millón de matices de fuego como bienvenida. Sonríe. Me alegro de estar en casa. Pronto cruzaré de nuevo el umbral del piso que ocupé tan poco tiempo. Esta vez no entraré con Nina, pero también será como la entrada a una nueva vida...

*Como si llegaran a buen puerto mis ansias,  
como si hubiera dónde hacerse fuerte,  
como si hubiera por fin destino para mis pasos,  
como si encontrara mi Verdad Primera.*

(De *Como un dolor de muelas* — Joaquín Sabina).

Han transcurrido once meses desde mi regreso. Hace dos, me llegó el Pontiac Bonneville desde Nevada. No fue difícil convencer al recepcionista: una transferencia de mil dólares limó todas nuestras asperezas. Mucho más complicado resultó el papeleo. Al final me ha costado casi lo que un vehículo de lujo; pero no se abandona a un viejo compañero como yo lo hice en aquel motel de mala muerte.

He vuelto a dar clases. Mis alumnos se divierten con las anécdotas de mi viaje. Seguramente, no creen una palabra de lo que les cuento, pero se mantienen atentos y aprenden. Son jóvenes, llenos de ilusión. Uno de ellos no ha nacido para el inglés; los demás se ríen cuando lee sus redacciones. Su acento es infame, pero sus historias son increíblemente buenas. Me lo imagino sentado a solas en su habitación, intentando hacer un buen trabajo, esforzándose por quedar bien. Es mi favorito. Supongo que me ha influido mucho el hecho de que vista pantalón corto durante el invierno. Este año he sorteado entre todos los alumnos un viaje a Estados Unidos, Juan Alberto ha aceptado hospedar a un estudiante durante el verano. Una inmersión lingüística que conseguirá que deje atrás el inglés de academia de todos los demás. Lo reconozco, he hecho trampas. Aunque él lo merece más que cualquiera.

Quiero ayudarle a encontrar su norte.

Llevo una vida ordenada, tranquila, plana. Pero no es gris. En ocasiones, pienso en Judit, en Joe, en Juan Alberto. De vez en cuando, hablo con ellos por teléfono. Les va bien.

Una vez al mes, mi amigo azul de capota negra me acompaña hasta el cementerio. Llevo flores a mis padres y a Nina y Mélani; les cuento cómo me va, cómo me siento.

Todos ellos me ayudan a sentirme menos solo.

A menudo recuerdo a Nicole y me pregunto cómo hubiese sido quedarme en el Pink Drink. Quizá me habría convertido en un alcohólico, aunque quiero pensar que el ángel de ojos verdes me hubiera salvado. No he vuelto a saber nada de ella; no me he atrevido a remover sensaciones con una llamada. Sin embargo, me resulta agradable evocarla. A veces, incluso excitante. En ocasiones, cierro los ojos y regreso a aquella terraza rodeada de bosques ocres. Sí... hubiera sido un buen norte, si lo hubiese descubierto en otras circunstancias.

Los sábados por la tarde, paseo por el parque. El tiempo lo suaviza todo. Ahora lo recorro y vuelvo a aquellos tiempos tormentosos con cierta melancolía. Siempre me acerco a Herco, compro un merengue de fresa, y lo degusto a lametones frente a la placa del paseo de Simón Abril, sonriendo ante las excentricidades de Juan Alberto.

La verdad es que los echo de menos.

Oigo un castellano chicloso a mi espalda, detengo la lengua dentro del merengue y la extraigo atónito.

—Esos cabrones han puesto Pedro delante de mis apellidos...

Sorprendido, me doy la vuelta; y es él. Encuentro a Juan Alberto, sin apartar la vista de «su» placa. Maldiciendo en inglés y en español contra el ayuntamiento. Después, baja los ojos, me mira, sonrío, contempla mi merengue como quien atiende a su pasado. Se lo ofrezco.

—¿Quieres?

—No... han ido a comprar para todos.

Giro la cabeza en dirección a la confitería. Por la puerta, aparece una pareja: un tipo enorme abrazado a una rubia de enormes iris azules que empuja un carrito de bebé. Los dos muy juntos, sin dejar que el aire corra entre ellos. Soy incapaz de volver a cerrar los labios, mi pulso me ametralla el pecho. Una cosa pequeña se mueve bajo la manta.

Joe remueve los mofletes a un lado y a otro; lentamente, levanta hacia sus labios su diestra; grande, firme, decidida; y lanza un enorme salivazo sobre la

palma. Después, la extiende hacia mí. Sonríe y agarro esa gran zarpa con toda la fuerza de que soy capaz.

—¿Cómo se llama?

Judit la saca del carrito y me la acerca. Yo la tomo en brazos y distingo en esa minúscula carita los ojos de su madre.

—Es Melanie —dice Joe mientras acaricia con un dedo el pequeño moflete sonriente y rodea mis hombros con la otra mano.

Melanie sonrío a los ojos de su padre y después a los míos. No sabía que una cara tan pequeña pudiera irradiar tanta luz.

No tengo brazos para abarcarlos a todos.

Tomo a Juan Alberto por los hombros; abro la puerta del gran socio azul de capota negra que me ha acompañado en todo este viaje y les invito a subir.

—Vamos —le digo al viejo cocinero—. Te invito a una tortilla de verdad.

Conduzco Simón Abril arriba. No sé si nos dirigimos hacia el norte, hada el sur, hada el este o hacia el oeste...

No importa.

El norte, ahora, me rodea por los cuatro costados.

Cualquier pelícano sentiría envidia de mí.



PABLO DE AGUILAR GONZÁLEZ (Albacete, 1963).

Después de salir de Albacete, pasar por Grafton (Ohio) y Madrid, llegó a Molina de Segura (Murcia), donde vive actualmente.

Trabaja como programador de aplicaciones informáticas para empresas desde 1986. Sus cuentos han sido galardonados en diversos premios literarios y han aparecido en varias antologías y publicaciones periódicas. La novela *Intersecciones* quedó entre los diez finalistas del II Premio Literario Volkswagen Qué Leer y está a punto de ser publicada por la editorial Inéditor.